

UNA Y MIL
VECES, SERÍAS
tú



SARAH RUSELL

UNA Y MIL
VECES, SERÍAS
tú

SARAH RUSELL

UNA Y MIL
VECES, SERÍAS

tú

SARAH RUSELL

Primera edición.

Una y mil veces, serías tú

©Sarah Rusell

©octubre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Una y mil veces, serías tú

©Sarah Rusell

©octubre, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Todos de pequeños soñamos con tener una profesión que nos apasione, y puede que ese sueño se haga o no realidad.

En mi caso debía decir que sí, que cumplí el sueño de dedicarme a lo que tanto me gustaba cuando apenas era una niña y cogía un cuaderno, un bolígrafo y perseguía a mis padres pidiéndoles que se hicieran pasar por deportistas, modelos, cantantes, actor o actriz famosos, y les hacía preguntas sobre sus carreras como si fuera una de las periodistas que veía en la televisión.

Sí, siempre había soñado con ser periodista y, tras cursar la carrera universitaria, comencé a ejercer como becaria en una revista digital donde me encargaba de pasar a limpio y maquetar para su publicación los artículos que un par de redactores escribían.

Tras un año me dieron mi propia columna, aunque era un lugar pequeño de la revista donde me encargaba de escribir recetas de cocina, pero bueno, algo era algo.

Cuando estaba a punto de cumplir mi segundo año trabajando allí, hablé con mi jefe para ver si podía darme algo más, no solo una receta de cocina cada tres días, pero lamentablemente ya tenía suficientes redactores que le daban bastante contenido.

Empecé a buscar empleo en otras revistas y periódicos, y me contrataron en un pequeño periódico local en una de las ciudades cercanas.

No es que fuera un gran ascenso, pero allí al menos me encargaba de redactar artículos de noticias locales y de la comunidad. Dos años después hicieron recorte de personal al adquirir el periódico otros dueños, y los últimos contratados fuimos despedidos con una generosa indemnización.

Tras aquello y después de muchos currículums y entrevistas, cuyas respuestas eran el mítico: “ya te llamaremos”, frase que por todos era sabido que en contadas ocasiones te llamaban, seis meses después me contrataron en uno

de los periódicos más importantes de mi ciudad, lugar en el que sigo hoy en día.

Solo que mi sueño de poder entrevistar a cantantes, modelos, deportistas y gente del mundo del cine o la televisión, incluso a alguno de mis colegas de profesión que recibían algún premio, o que acababan de escribir un libro que se había convertido en número uno de ventas en apenas unos días, aún no había llegado.

Seguía en el mismo cubículo de siempre, escribiendo sobre los mismos temas desde que me contrataron hacía ya un año y seis meses.

Y debía decir que si lo hicieron fue porque mi mejor amiga, fue quien entregó mi currículum y su jefe, quedó encantado con los artículos que había escrito o pasado a limpio para su edición a lo largo de esos años. También había que decir que en ese momento una de las redactoras se marchó porque su marido, periodista también de una importante cadena de televisión, se trasladó a los Estados Unidos para contar de primera mano todas esas noticias internacionales que tuvieran que ver con el país.

Tras este tiempo yo misma me había planteado dimitir y buscar otro empleo, sentía que me consumía en mi cubículo con esos artículos que mi jefa directa me encargaba.

Y, ojo, que no le quitaría mérito a cómo contaba lo fascinante que era la feria local donde los agricultores competían por ver quién tenía el calabacín más grande, o esos mercadillos donde la artesanía y otros productos típicos de la zona hacían las delicias de sus visitantes locales y extranjeros que pasaran allí sus vacaciones, ni tampoco de lo guapos y elegantes que se veían los cánidos bien acicalados con sus mejores galas y esas poses de reyes y reinas en los concursos de mascotas.

Solo que siempre había querido más, algo más importante que llevar a cabo en mi trabajo y mostrar esa valía que todos mis jefes e incluso compañero, decían que tenía.

A veces me preguntaba si no debí dedicarme a la enseñanza, como mis padres, Miguel y Julia, quienes a sus cincuenta y ocho años llevaban toda una vida dedicada a sus alumnos, y a día de hoy eran profesores en el mismo instituto en el que ellos, así como mi hermano mayor y yo, estudiamos.

Mi padre era profesor de matemáticas y mi madre, de literatura, ni qué decir tenía que tanto Julio, mi hermano, como yo, en esas asignaturas éramos la caña, ya que cualquier duda, teníamos a los mejores para responderlas en casa.

Julio también siguió los pasos de nuestros padres, pero él se decantó por la Educación Física, siempre le gustó el deporte y eso era un punto a su favor. No había profesor de gimnasia mejor que él, por no hablar de lo guapo y sexy que era. Y no, no lo decía solo porque fuera mi hermano.

Julio tenía el cabello negro de nuestros padres, al igual que yo, y, como yo, los ojos verdes de nuestra madre, solo

que, tanto en el físico como en su rostro, siempre había sido una versión joven de nuestro padre.

—Rocío, ¿tienes el artículo del mercadillo solidario?

Suspiré por lo bajo al escuchar a Elena, mi jefa directa, encargada de las noticias del corazón y de interés local, m departamento, esa que seguía diciéndome que no me veía preparada para artículos de un nivel más alto.

¿Cómo podía decir aquello, si nuestro jefe, el dueño y fundador del periódico, había leído artículos que yo había escrito sobre las peores catástrofes de nuestra comunidad?

—¿Rocío? —volvió a llamarme, esta vez con más impaciencia si es que eso era posible, añadiendo unas palmadas a la ecuación.

—Lo estoy acabando, Elena —dije con desgana, esa que ella me provocaba.

—¿Tanto se tarda en redactar eso? Por el amor de Dios, que es un mercadillo solidario, no un artículo sobre las trincheras en la guerra.

—Tengo fotos que adjuntar al artículo, destacar varias frases y palabras clave que harán de ese mercadillo solidario que seguirá en ese mismo sitio durante los próximos tres días, que la gente acuda para colaborar. Así que, disculpa si quiero ser un poquito solidaria poniendo mis palabras en negrita —estallé, ese día estallé.

—¿Y quieres que se te dé algo de más nivel? Con esa actitud, nunca lo conseguirás.

Y se fue, haciendo que esos tacones que tanto odiaba resonaran en aquella sala como si fueran martillos golpeando mi cabeza.

Eché un vistazo al cubículo de mi mejor amiga, Alejandra, quien sonrió mientras me guiñaba un ojo.

Adoraba a esa mujer, a quien conocí cuando no éramos más que un par de mocosas como nos llamaba su difunto padre, ese que la crio solo, tras la muerte de su madre en el parto. Tenía veintinueve años, uno más que yo, el cabello castaño y unos preciosos ojos color miel. También era diez centímetros más alta que yo, que al igual que mi madre, llevaba mi metro sesenta con gracia y alegría.

Alejandra era redactora de noticias del corazón, y siempre me tenía algún que otro cotilleo que contar antes de que el periódico sacara su edición.

Junto con nosotras en el periódico, además de mi jefa directa, trabajaban Maica, que era la secretaria del director, Roberto, redactor de noticias deportivas, Lorenzo, que se encargaba de las noticias internacionales, Andrés, el

encargado de las noticias nacionales, y Sofía, secretaria de los futuros dueños del periódico.

Futuros, sí, esa era la palabra, pues don Jesús, el fundador, tenía en mente jubilarse en un año justo, al cumplir los sesenta y cinco, dejando al mando de su amado periódico a Mario, su único hijo, y Alejo, su sobrino de quien se hizo cargo cuando los padres de este murieron.

Mario era el encargado del departamento de noticias deportivas, y Alejo, de las noticias internacionales. Don Jesús se encargaba de las nacionales, pero esas pasarían a ser de Alejo cuando ambos tomaran las riendas.

Y hablando de los reyes de Roma...

Salieron de sus despachos para irse a comer, dado que ya era la hora.

Como primos que eran se parecían, compartían algunos rasgos, pero mientras que Alejo tenía el cabello castaño con los ojos marrones, Mario era moreno de ojos azules.

Ambos eran altos, de metro ochenta, y lucían los trajes como modelos de Armani.

Me centré en el final del artículo, y quince minutos después lo tenía listo y maquetado para enviar a los compañeros de editorial. No me molesté en decírselo a Elena, puesto que cada artículo que se enviaba a edición, enviaba una copia de reenvío al correo del jefe de departamento en cuestión.

—¿Ya has terminado, corazón mío? —preguntó Alejandra, cuando estaba recogiendo mis cosas.

—Sí, hasta el próximo artículo que quiera asignarme la jefa.

—Deberías hablar con don Jesús,

—No serviría de nada —me encogí de hombros.

—Siempre me dices lo mismo, nunca lo has intentado, puede que él...

—No, Alejandra, no hablaré con él —me colgué el bolso y cogí las llaves del coche—. Me voy a casa, nos vemos a las cuatro.

Le di un beso en la mejilla y fui hacia el ascensor para bajar al aparcamiento subterráneo que tenía el edificio, allí aparcaba cada día mi precioso coche rojo, ese que mis padres me ayudaron a comprar cuando cumplí los veinte.

Tenía ya ocho años, pero seguía estando como nuevo.

Puse rumbo a casa mientras escuchaba la radio, estaba deseando llegar, charlar con mis padres y mi hermano, y olvidarme un poquito de mi jefa.

Al menos eso quería hasta que escuché el “¡ping!” de la entrada de un correo electrónico.

s

Suspiré, y cuando aparqué en la puerta de la casa de mis padres, donde acudía a comer cada viernes, como era el caso, eché un vistazo.

Era Elena, mi querida jefa, diciendo que tenía que acudir esa tarde a un concurso de loros.

Guardé el móvil de nuevo en el bolso y bajé del coche para coger aire.

—¡Ha llegado la niña de la casa! —anuncié como siempre tras entrar.

Fui hacia la cocina y de allí me llegaba ese olor al guiso que mi madre habría preparado la noche anterior. Solo con eso ya sentía que engordaba.

—Hola, cariño —mi padre me saludó con un abrazo y un beso en la coronilla, como siempre.

—Hola, papi.

—¿Ya está aquí la enana? —preguntó Julio, llenando el pasillo con su metro ochenta y cinco de cuerpo fibroso.

—Oye, que no todos tenemos la suerte de tener tu altura —protesté—. Pero no es para que me llames enana.

—Veintiocho años llamándotelo, hermanita, no voy a dejar de hacerlo ahora —me dio un beso en la frente y cogió la bebida de la nevera para llevarla al comedor.

—No hagas caso a tu hermano, hija —dijo mi madre, abrazándome—. Ya sabes que la esencia va en frasquitos pequeños.

—El veneno también, mamá —rio Julio.

—Veneno el que tienes tú, mira que seguir llamando enana a tu hermana.

—Es con cariño, que ella lo sabe —se excusó.

—Sí, sí que lo sé, y menos mal que te quiero que, si no...

—Nada, que no hay viernes que lleguen los niños a casa y tengamos la comida en paz —resopló ella.

—¿Niños? —gritamos los dos al unísono y con los ojos muy abiertos.

—Oh, oh —murmuró mi padre.

—A ver, aquí el niño ya tiene alguna que otra cana —señalé a mi hermano—, y pelos en los sobacos por no decir en otras zonas. Y yo, hace mucho que dejé de ser una niña, ¿o no recuerdas la primera y dolorosa regla, mamá?

—Vale, tiempo muerto —dijo mi hermano—. Hora de que los hombres de la casa regresemos al salón a hablar de deportes. No quiero escuchar nada de las reglas de mi hermana.

—Pues cuando seas padre y le baje la regla a tu hija, ya te tocará escucharlo.

—Faltan años para eso, puedes creermelo, hermanita.

—Desde luego, al paso que vas, no tendré nietos por tu parte en la vida —comentó mi madre.

Y así eran nuestros viernes, esos en los que me encantaba volver a la casa en la que crecí, disfrutando de los maravillosos guisos de mi madre.

Tras la comida y un café, me marché al trabajo.

—Sí, sí que lo sé, y menos mal que te quiero que, si no...

—Nada, que no hay viernes que lleguen los niños a casa y tengamos la comida en paz —resopló ella.

—¿Niños? —gritamos los dos al unísono y con los ojos muy abiertos.

—Oh, oh —murmuró mi padre.

—A ver, aquí el niño ya tiene alguna que otra cana —señalé a mi hermano—, y pelos en los sobacos por no decir en otras zonas. Y yo, hace mucho que dejé de ser una niña, ¿o no recuerdas la primera y dolorosa regla, mamá?

—Vale, tiempo muerto —dijo mi hermano—. Hora de que los hombres de la casa regresemos al salón a hablar de deportes. No quiero escuchar nada de las reglas de mi hermana.

—Pues cuando seas padre y le baje la regla a tu hija, ya te tocará escucharlo.

—Faltan años para eso, puedes crearme, hermanita.

—Desde luego, al paso que vas, no tendré nietos por tu parte en la vida —comentó mi madre.

Y así eran nuestros viernes, esos en los que me encantaba volver a la casa en la que crecí, disfrutando de los maravillosos guisos de mi madre.

Tras la comida y un café, me marché al trabajo.

Capítulo 2



Que me dieran las tantas en el trabajo no era nada nuevo, y más cuando mi jefa me encargaba un artículo a las dos y cuarto de la tarde y que tenía que salir en la edición del día siguiente, como era el caso.

Había ido directa de mi casa a la dirección donde tendría lugar el concurso de loros, esos que deleitaban a jueces y asistentes con sus parloteos, canciones, e incluso acrobacias. En serio, ver a esas majestuosas aves en vídeos de Internet montando en bicicleta, era una cosa, pero en vivo y en directo, otra.

Eran auténticos artistas en eso, bueno, en todas las habilidades que habían aprendido a lo largo de los años y que sus dueños les enseñaban.

—¿Quieres? —preguntó Alejandra, ofreciéndome su bolsa de patatas.

—No, gracias. Y no sé qué haces aquí todavía —dije sin dejar de teclear ni apartar la mirada de la pantalla.

—Veamos —comenzó a hablar mientras se llevaba una patata a la boca—. Eres mi mejor amiga desde que teníamos cuánto, ¿cinco y seis años? Es decir, más de dos décadas —volteó los ojos—. Y, ¿para qué están las amigas? Para hacerse compañía cuando la amargada de su jefa le da un encargo a la otra. En serio, Rocío, Elena necesita echar un polvo —se llevó otra patata a la boca.

—Creo que olvidas que desde que trabaja aquí, ha tenido algunos de esos con Alejo.

—Chica, este periódico es como la casa de Gran Hermano. ¿Quién no se ha liado con alguien de aquí? —volteó los ojos y la miré con ambas cejas elevadas— Vale, vale, a excepción de Santa Rocío. El resto, todos hemos tenido un *affaire* con un compañero. O con uno de los jefes.

—Don Jesús no se ha acostado con ninguna empleada.

—Mujer, el hombre juega en otra liga. Cualquiera de nosotras haría que tuviera un infarto y moriría.

—Vale, deja de hablar que así no acabaré nunca.

—Mañana hemos quedado para tomar una copa todos —volvió a decir tras unos minutos de silencio que yo agradecí.

—¿Con los del curro?

—No, con los de la iglesia —resopló—. En serio, Rocío, ¿dónde estás esta noche?

—Pues con Lupita, Juancho, Macarena, Dionisio y sus muelas, haciendo piruetas en mini bicicletas. ¿Puedes ; concederme quince minutos de absoluto silencio para que acabe con esto, por favor?

—Porque lo has pedido por favor, porque, lo que es el tonito...

/

—Mientras te quedes callada, me vale.

Continué con el artículo y ella estuvo callada, salvo por el ruido de su bolsa de patatas cada vez que cogía una, o de los dientes triturándolas.

Menos mal que la quería, y que gracias a ella, tenía un sueldo con el que pagar mi piso de alquiler, ese de una habitación, con salón y cocina tipo americano, y un cuarto de baño.

Quería comprarme algo, pero seguía ahorrando para la entrada y pedir un préstamo, no quería que mis padres pagaran todo al igual que mi hermano tampoco quiso.

Julio hizo como yo, se independizó con veinticinco años y tras pasar cuatro ahorrando y de alquiler en un piso pequeño, se compró uno de tres dormitorios.

Mi madre decía que lo había hecho con vistas para cuando se echara novia y quisiera formar una familia, vamos que, según sus cálculos, Julio tendría dos hijos.

Claro que en los planes de mi hermano no entraba sentar cabeza pronto, según decía, le gustaba repartir su amor con cuantas más mujeres mejor.

—Listo, acabé —dije enviando el artículo para que lo añadieran a la edición de la mañana siguiente.

—¿Eso quiere decir que podemos irnos a tomar unas copas? —preguntó.

—Solo porque me has traído una hamburguesa para cenar.

—Qué no haría yo por mi niña bonita —sonrió antes de darme un sonoro beso en la mejilla.

—Anda, vamos, que necesito salir de aquí hasta el lunes.

—¿Qué prefieres? Un vino en la terraza de la bodeguita de moda, o un mojito en la playa.

—Lo dejo a tu elección, sorpréndeme.

—No me digas eso, que sabes que capaz soy de coger el coche y acabamos pasando el fin de semana en otro sitio.

—Deja, deja, los fines de semana mejor los preparamos, no vaya a pasar como cuando fuimos a Almería de concierto, que fue tan improvisado, que dormimos malamente en el coche.

—Te quejarás, que te desperté con el desayuno en la cama —rio.

—Llamar desayuno a un café que sabía a agua sucia y una magdalena más dura que una piedra, es tener mucho valor, Alejandra —resoplé.

—Venga, que ya sé yo que con una copita, se te pasa.

Salimos de las oficinas y tras coger el coche, acabamos en la bodeguita para tomar un vino.

Allí las mesas eran barricas de vino con cuatro taburetes altos donde acomodarse.

—Buenas tardes, chicas. ¿Qué os sirvo? —preguntó una de las camareras.

—Un par de copas de vino blanco —respondió Alejandra y ella asintió.

No tardó mi amiga en sacar el paquete de tabaco y encenderse un cigarrillo mientras echaba una ojeada a la terraza.

—Desde luego, esta terraza triunfa por las noches que da gusto —comentó.

—Normal, es que en veranito apetece salir y relajarse en un sitio así.

—¿Alejandra? —ambas miramos hacia la voz masculina que había pronunciado el nombre de mi amiga con un tono de sorpresa.

—¿Kike? ¡Ay, por favor! —gritó poniéndose en pie y, literalmente, lanzándose a los brazos de aquel hombre— Pero, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Tres años, y estás igual —sonrió él.

—¿Tres? Madre mía, sí que pasa el tiempo. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí?

—Cubriendo un evento de los famosos, ya sabes —se encogió de hombros—. Empresarios en su mayoría.

—Vaya, pues, me alegro de verte.

—Y yo.

—Ella es Rocío, mi mejor amiga, y también periodista. Rocío, Kike es un antiguo compañero de clases, no coincidiste con él. Nosotros volvimos a vernos en alguno de esos salseos del corazón.

—Hola —saludé.

—Encantado —me dio un par de besos.

—Madre mía, es que no me creo que estés aquí, delante de mí —ella no dejaba de sonreír—. ¿Qué tal tu chica?

—Bien, muy bien. Somos papás.

—¿En serio?

—Sí, de una nena que nos tiene locos a los dos. Acaba de cumplir un año.

—¿Tienes fotos?

—El móvil lleno —dijo él con una carcajada mientras lo sacaba del bolsillo.

Pasamos quince minutos viendo fotos de su hija y hablando con él, se quedaba durante toda la semana a cubrir aquel evento y acordaron verse para recordar viejos tiempos antes de que regresara con sus compañeros que lo esperaban en una de las mesas.

—No me lo puedo creer, qué rápido va la vida —comentó Alejandra tras dar un sorbo a su copa—. Veintinueve años y ya tiene una hija.

—¿Tuviste algo con él? —pregunté y se sonrojó un poco al tiempo que sonreía.

—Algo, sí, podríamos llamarlo así.

—¿Y qué pasó? No recuerdo que me hablaras de él.

—La vida, nuestros trabajos, sus viajes. Eso pasó. Y cuando se cambió de ciudad conoció a esa chica, me alegré por él, de verdad que sí, y ahora que es papá, mucho más.

—Pero esa chica podrías haber sido tú. Esa niña podría ser tuya. Y no me digas que no se te ha pasado por la cabeza.

—Ya sabes cómo es el amor, Rocío, a veces no se puede tener a la persona que se quiere porque no está de que as sea. Ya me llegará el lobo que me mire, me escuche y me coma mejor —hizo un guiño y me eché a reír.

Era única, para soltar frasecitas con doble sentido, era única.

Nos dieron las doce de la noche allí charlando y tomando vino, y nos despedimos hasta la noche siguiente.

—No me lo puedo creer, qué rápido va la vida —comentó Alejandra tras dar un sorbo a su copa—. Veintinueve años y ya tiene una hija.

—¿Tuviste algo con él? —pregunté y se sonrojó un poco al tiempo que sonreía.

—Algo, sí, podríamos llamarlo así.

—¿Y qué pasó? No recuerdo que me hablaras de él.

—La vida, nuestros trabajos, sus viajes. Eso pasó. Y cuando se cambió de ciudad conoció a esa chica, me alegré por él, de verdad que sí, y ahora que es papá, mucho más.

—Pero esa chica podrías haber sido tú. Esa niña podría ser tuya. Y no me digas que no se te ha pasado por la cabeza.

—Ya sabes cómo es el amor, Rocío, a veces no se puede tener a la persona que se quiere porque no está de que así sea. Ya me llegará el lobo que me mire, me escuche y me coma mejor —hizo un guiño y me eché a reír.

Era única, para soltar frasecitas con doble sentido, era única.

Nos dieron las doce de la noche allí charlando y tomando vino, y nos despedimos hasta la noche siguiente.

Capítulo 3



Sábado, día de limpieza y compra.

Tras un café bien cargado con leche y azúcar, algo que necesitaba después de la noche de copas a la que me había arrastrado Alejandra, me puse manos a la obra para acicalar mi pisito, lavar ropa y después de una ducha, bajar al super que tenía en la misma calle.

Y sí, lo hice con vistas cuando alquilé el piso, porque como era uno de esos que cerraba a las diez de la noche, cuando me tocaba quedarme hasta tarde en casa podía pasar por algo ya preparado para la cena.

Aunque también vivía a veces de los tápers que mi madre me daba, igual que a mi hermano.

Y hablando de mi madre, ahí estaba llamando.

—Hija, que si te vienes a comer hoy a casa, que tu hermano dijo que le apetecía una paellita, y ya sabes, yo hecho arroz a la cacerola y...

—Sí, sí, que te ha salido paellita para tres casas —reí, a sabiendas de que así era ella, nos dejaba libres y nuestro espacio, pero quería que estuviésemos bien alimentados y cocinaba para darnos esos tápers antes mencionados—. Guardo la compra y voy.

—Pues aquí te esperamos, cariño.

Colgué, coloqué todo, y me fui para casa de mis padres.

Nada más entrar vi a hermano dejando la bolsa de deporte en el suelo.

—¿Vienes del gimnasio? —pregunté.

—Sí, pero tranquila, que me he duchado.

—Qué valor el tuyo, pegarte una tunda de ejercicios para ahora apretarte una paella entre pecho y espalda — volteé los ojos.

—El ejercicio me dio hambre, qué puedo decir —sonrió.

Ayudamos a mi padre a poner la mesa y no tardó en aparecer mi madre con la paella en las manos. Aquello olía que alimentada, de verdad que sí, y tenía una pinta...

Ella con las raciones en los platos no es que fuera generosa, no, es que pensaba que cuando no comíamos en su casa, Julio y yo pasábamos más hambre que una garrapata en una maceta, que de ahí poca sustancia iba a sacar el bicho.

Así que nos llenaba los platos como si no hubiera un mañana.

—Vale, mamá, que de aquí salgo rodando —dije esperando que no echara más, pero bonita era la señora Julia, que, si no ponía un poquito más, no fuésemos a quedarnos con hambre, no quedaba tranquila.

—Nos ceba como a pavos —murmuró mi hermano.

—Que te he oído, niño, que no estoy sorda.

—No, no, ya lo veo. Pero no me echés más, que al final el que va a rodar seré yo.

—Ay que ver, yo preocupada porque no coméis bien, y vosotros, protestando.

—Es que no va a quedar para que nos llevemos un táper cada uno, mamá —reí.

—Sí que va a quedar hija, sí —contestó mi padre—. ¿No has visto la paellera? Es la más grande del juego que tenemos.

Mi madre volteó los ojos y al fin se sentó después de haber servido a todos, momento en el que preguntó qué tal me había ido la semana en el periódico.

Les conté todo y, como era normal, hubo suspiros, alguna que otra queja, y comentarios del tipo: “tú vales más que para hacer fotos a los loros”.

No me cabía duda, pero no iba a enfrentarme a un posible despido por hablar con el jefe.

Finalmente pasamos la atención a Julio, quien dijo que tenía planeado llevar a sus alumnos a pasar el viernes siguiente de acampada todo el fin de semana a modo de despedida del curso, ese que ya acababa en unos días.

Y así, entre charla y paella, pasamos el día.

Después del café y una charla en la que volvieron con el tema de mi trabajo y al igual que Alejandra, me aconsejaron que hablara con mi jefe sobre las asignaciones que me daba Elena, regresé a casa a eso de las siete, justo para prepararme y salir de copas con los compañeros.

Ese día me vine arriba, y tras descartar los habituales pantalones vaqueros o de vestir con los que acudía al trabajo, me decidí por un vestido blanco entallado que realzaba mi figura.

El favorito de mi madre, ese con el que decía que me veía como un ángel celestial.

Pero por lo blanco, porque el vestido era más bien corto y de escote generoso y tirante ancho.

Unas sandalias negras con el bolso a juego, el cabello recogido en una coleta alta, maquillaje que realzaba el color de mis ojos y los labios rojos, y estaba lista para quemar la pista.

No tardé en llegar al restaurante donde habían quedado para cenar, y en cuanto entré, vi la melena rojo fuego de Maica, la secretaria de nuestro jefe, sentada en una de las mesas del fondo junto al resto.

—Madre mía, esta noche se han escapado todos los ángeles de *Victoria's Secret* —dijo Roberto al verme llegar.

—Se te van a salir los ojos, Robertito —rio Alejandra.

Roberto era un encanto, además de guapo. Uno de esos rubios de ojos marrones que cuando sonreía, te entraba un tembleque en las piernas.

—Hola, chicos —saludé y fui besando a todos ellos.

—Desde luego, con ese vestido estás que te sales, niña —me dijo Sofía, nuestra rubia de ojos verdes favorita.

—Pues es lo primero que he cogido del armario —reí.

—Esta noche me pido a Rocío como pareja —informó Andrés, que con sus ojos grises y el cabello negro, llamaba la atención de muchas de las mujeres que nos rodeaban.

—¿Ya me dejas por ella? Desde luego, qué poco me ha durado ser tu chica esta noche —resopló Alejandra.

—Ya sabes que puedo con las dos, muñeca —le hizo un guiño y ella sonrió al tiempo que negaba.

Aquello no lo dudaba nadie, puesto que Andrés había comentado que, en alguna ocasión, tuvo el placer de participar en un trío, y no le importaba hacerlo cuando se lo proponían.

—Entonces, si tú te quedas con ellas, eso nos deja a Roberto y a mí con Maica y Sofía —intervino Lorenzo, el último de los redactores, un moreno de ojos marrones como el chocolate caliente—. ¿Quién me quiere a mí?

—Pues quién te va a querer, tontito, cualquiera de las dos. Si ya las has probado a ambas —comentó Roberto.

—A ver, que no soy el único. Que aquí el que más y el que menos, se ha ido a la cama con alguna de vosotras —respondió encogiéndose de hombros.

—Menos con santa Rocío, que ella no ha sucumbido a los encantos de ninguno de vosotros —le recordó Alejandra.

—Se hace la dura, pero en el fondo quiere algo con los tres —dijo Andrés, pasándome el brazo por los hombros.

—Que no, que no, que ella está esperando al hombre de su vida.

—¿Tan raro sería, Alejandra? —arqueé la ceja sonriendo.

—Sabes que no, cariño. Que te lo mereces, que después de: “*ya tú sabe*” —dijo con ese acento cubano imitando a mi ex—, solo quiero lo mejor para ti.

—Todos —añadió Andrés acariciándome la mejilla—. Todos queremos lo mejor para ti.

—A ver si ahora me vais a hacer llorar, panda de bobos —reí.

—Nada de lágrimas esta noche, a no ser que sean de risa —advirtió Maica.

—Venga, ¿qué pedimos? ¿Unas raciones y vino? —propuso Lorenzo.

—Mucho vino, por favor —pedí—. Necesito olvidarme de que tengo una jefa endiabladamente mala conmigo.

—No sé cómo la aguantas, de verdad —dijo Maica—. ¿Hasta cuándo va a tenerte con esos artículos tan, sin sustancia?

—Pues hasta que me toque a mí el santo moño y le diga cuatro cosas.

—Alejandra, tú no vas a decirle nada.

—Llevas un año y medio con esos artículos para los que podían contratar un par de becarios. No te valora, Rocío, esa mujer no te valora —movía la cabeza de un lado a otro mientras negaba.

Sabía que Elena no me valoraba, pero ir a hablar con don Jesús me daba cierto respeto, no fueran a ponerme de patitas en la calle por una queja de ese tipo.

La cena transcurrió de lo más amena, y para cuando llegó el momento de la copas ya llevábamos todos un buen puntito por el vino.

Nos fuimos a uno de los locales de moda y allí se nos fue de las manos, al punto de que acabamos bailando y riendo entre copa y copa.

—¿Aquellos son Alejo y Mario? —preguntó Lorenzo en un momento de la noche.

—Sí, los mismos —dijo Andrés.

Efectivamente, quienes acababan de entrar por la puerta eran nuestros jefes, esos que nunca, salvo alguna influencia cósmica y divina, salían a tomar una copa con nosotros.

1

—Vamos a invitarlos a una copa, chicos —propuso Roberto—. Que no se diga que somos unos malos empleados y no honramos a nuestros jefes supremos.

—Pues venga, ya que has propuesto tú la invitación, ráscate el bolsillo —contestó Lorenzo.

—Luego ajustamos, venga —dijo llamando a la camarera.

—Claro que sí, guapi, que te hacemos bizum —dejó caer Alejandra, volteando los ojos.

Me eché a reír y di un sorbo a mi copa.

En cuanto Lorenzo pidió un par de whiskies para nuestros jefes y la camarera se los sirvió, miraron hacia nuestra zona de la barra y sonrieron levantando ambos vasos.

—Pues ya hemos quedado bien —anunció Lorenzo.

—Sí, sí, en Navidades nos cae una botella más de cava en la cesta —bufó Sofía, y más risas llegaron.

La verdad era que no podíamos quejarnos de nuestros jefes, que incluso en nuestros cumpleaños tenían un detalle con nosotros, pero no es que no pudieran pagarse sus propias copas.

Continuamos con la noche y para cuando quisimos darnos cuenta, estábamos quedándonos solos en el local.

—Va a ser que —comenzó a decir Maica con cierta dificultad por las copas de más—, o nos vamos yendo, o nos ponen a lavar vasos.

—Sí, sí, vámonos que yo no siento los pies —dijo Alejandra.

—¿A quién se le ocurre ponerse esos tacones, *mi arma*? —soltó Lorenzo, haciéndonos reír.

—Si te parece, me pongo unas pantuflas —volteó los ojos—. Anda, Lorenzo de mi amor, llévame a caballito. Alehop.

Ni corta ni perezosa, mi mejor amiga dio un salto y se subió a la espalda de Lorenzo, que, muerto de risa, salió con ella hasta la calle.

Era por esas noches con mis compañeros por las que merecía la pena seguir en el trabajo que tenía. De lo contrario, y sabiendo que para Elena sería un alivio, me habría ido del periódico hacía tiempo.

En cuanto Lorenzo pidió un par de whiskies para nuestros jefes y la camarera se los sirvió, miraron hacia nuestra zona de la barra y sonrieron levantando ambos vasos.

—Pues ya hemos quedado bien —anunció Lorenzo.

—Sí, sí, en Navidades nos cae una botella más de cava en la cesta —bufó Sofía, y más risas llegaron.

La verdad era que no podíamos quejarnos de nuestros jefes, que incluso en nuestros cumpleaños tenían un detalle con nosotros, pero no es que no pudieran pagarse sus propias copas.

Continuamos con la noche y para cuando quisimos darnos cuenta, estábamos quedándonos solos en el local.

—Va a ser que —comenzó a decir Maica con cierta dificultad por las copas de más—, o nos vamos yendo, o nos ponen a lavar vasos.

—Sí, sí, vámonos que yo no siento los pies —dijo Alejandra.

—¿A quién se le ocurre ponerse esos tacones, *mi arma*? —soltó Lorenzo, haciéndonos reír.

—Si te parece, me pongo unas pantuflas —volteó los ojos—. Anda, Lorenzo de mi amor, llévame a caballito. Alehop.

Ni corta ni perezosa, mi mejor amiga dio un salto y se subió a la espalda de Lorenzo, que, muerto de risa, salió con ella hasta la calle.

Era por esas noches con mis compañeros por las que merecía la pena seguir en el trabajo que tenía. De lo contrario, y sabiendo que para Elena sería un alivio, me habría ido del periódico hacía tiempo.

Capítulo 4



Ese domingo se me presentaba tranquilo, por lo que además de darme el lujo de levantarme a las doce de la mañana, teniendo en cuenta que la noche con los del trabajo se nos fue de las manos y acabamos tomando chocolate con churros a las cuatro de la mañana y llegué a casa a las cinco y media, me hice unas croquetas de pollo que mi madre me había dado en un táper el día anterior junto con una ensalada para comer.

Iba a pasarme el día en casa, en el sofá, disfrutando de una de mis series favoritas, en un maratón de capítulos acompañados de palomitas, helado y algunas chocolatinas que tenía en la cocina para esas tardes de relax.

Y a ello me disponía a las cuatro de la tarde, a empezar con esa maratón, cuando sonó mi teléfono y vi el nombre de Alejandra en la pantalla.

—¿Ya eres persona? —pregunté sonriendo.

—Por Dios, qué resaca tengo —contestó con la voz algo rasposa.

—¿Te acabas de levantar?

—Culpable de todos los cargos, señorita —dijo y escuché cómo se dejaba caer en el sofá.

—¿Y soy lo primero en lo que piensas? Qué bonito, y qué romántico.

—Qué petarda eres. Me ha despertado nuestra jefa.

—No se habla de la discípula de Satán los fines de semana —le recordé.

—¿Discípula? Esa mujer podría ser su hermana gemela. Me ha llamado para decirme que el futuro exmarido de la modelo alemana, ha sido visto en nuestra ciudad con otra mujer. Me ha dado hasta el nombre del hotel y quiere

que me cuele allí esta tarde.

—Porque necesita el artículo para la edición de mañana por la mañana, ¿a que sí? —Volteé los ojos.

—Sí —suspiró.

—Pues sírvete bien de café para espabilarte, y que sea leve tu tarde de vigilancia.

—Dime que mañana me llevarás bollitos de crema a la oficina, por favor.

—Una caja entera para ti sola —reí.

—Gracias amiga, no sabes cuánto te quiero ahora mismo. Adiós.

—Adiós, preciosa.

Sonreí al colgar mientras pensaba en Elena, esa mujer no vivía más que para fastidiarnos a las dos.

Era nuestro trabajo, sí, y en cualquier momento podía saltar la noticia que requiriera nuestra presencia, o, más bien, la de Alejandra, pero eso no quitaba que tuviera un poquito de humanidad y no exigir ciertas cosas.

Cogí el mando y di al *play*, dispuesta a pasarme el resto de la tarde viendo la televisión, y así fue.

Al menos hasta que a las ocho me mandó un mensaje mi hermano Julio.

Julio: *¿Estás en casa, hermanita?*

Malo, cuando me llamaba hermanita y acababa la frase con un emoji de esos con cara de no haber roto un plato, e que quería algo.

Rocío: *Ajá, dándome un festín de dulce con el que mamá sufriría por mi salud dental y porque podría producirme una diabetes. ¿Qué quieres, hermanito?*

Julio: *Necesito hablar, creo que la he cagado.*

Rocío: *¿Qué has hecho? No me digas que has matado a alguien y necesitas esconder el cuerpo, porque mis brazos para excavar no son tan fuertes como los tuyos.*

Julio: *Qué boba eres. Anoche me enrollé con alguien, y ahora me doy cuenta de que igual no fue la mejor de mis noches.*

Rocío: *¿Yo conozco a ese alguien? Chico, hay que sacarte las palabras con pinzas. ¿Quién es?*

Julio: *Mi ex.*

Aquello no es que fuera una cagada, no, era la madre de todas las cagadas por parte de mi hermano.

Su ex, esa a la que había dejado un año y medio atrás, era una profesora del mismo instituto que daba clase de inglés a los de primero curso.

La verdad que cuando Julio nos dijo que estaba saliendo con alguien no podíamos creerlo, y mucho menos cuando nos contó que llevaban seis meses juntos. Él, que siempre fue un hombre de esos de cero compromisos. Pero aquella mujer que tenía mi edad, era un encanto y mis padres la adoraban.

Aun habiendo dejado la relación con su hijo, ellos seguían mimándola y queriéndola como siempre desde que la conocieron en su primer día de trabajo en el centro. Por eso fue tan doloroso para ellos que rompieran, y es que según dijo mi hermano, se vio saturado, sentía que no tenía esa libertad de cuando estaba soltero y decidió romper antes de que todo fuera mucho más serio.

Que se hubiera acostado con ella, era algo que jamás se me habría pasado por la cabeza.

Rocío: *Estoy en casa, tengo vino y helado, remedios perfectos para el mal de amores y las cagadas varias por el sexo.*

Julio: *Estoy allí en media hora.*

Al final se presentaba la noche más interesante de lo que había estado la tarde con esos líos de la serie de televisión.

° Cuando sonó el telefonillo abrí y dejé la puerta entreabierta, fui a la cocina por el vino y las copas y en cuanto entró mi hermano, me llegó un olor inconfundible.

—¿Pizza? Madre mía, pues sí que debes estar jodido, hermanito —le di un beso en la mejilla.

No respondió, tan solo me dedicó una sonrisa mientras íbamos al salón.

Colocamos las pizzas y el vino en la mesa y empezamos a comer. Yo no dije nada, no hice preguntas, le daba a mi hermano el espacio que sabía que necesitaba en ese momento.

—La he cagado —dijo después de veinte minutos en silencio viendo las noticias.

—¿Qué pasó?

—Me la encontré en un pub, estaba allí con algunas de sus amigas. La saludé como todos los días en el trabajo y ahí quedó la cosa, hasta que vi a unos tíos acercándose a ellas.

—Julio, son mujeres solteras, pueden hablar, bailar, beber y reír con quien quieran —volteé los ojos.

—Lo sé, pero cuando vi a aquel tipo en plan pesado con ella, me hirvió la sangre. Ella no quería, se le veía en la cara, y por más que me decía que se las arreglaría sola y que no tenía que meterme, no dejaba de mirar. No soy un capullo y no quisiera que le hicieran daño.

—Un poco tarde, hermano, que la dejaste con el corazón roto.

—Vale, no quiero que otro imbécil como yo. le haga daño, ¿mejor así?

—Mucho mejor, pero, por favor, continúa —le pedí moviendo la mano para que siguiera hablando.

—En el momento en el que ella me miró como si me pidiera ayuda, mandé mi autocontrol a la mierda y fui a por el tipo. Casi se lo tengo que despegar como una puta lapa, en serio, qué manera de agarrarla.

—¿Y después? ¿Cómo os eso llevó a la cama?

—Porque la besé, como el maldito cavernícola que reclama a su mujer delante de los demás hombres.

—Oh —me quedé en shock, porque nunca pensé que mi hermano diría aquellas palabras.

—Después de eso nos miramos, y vi el fuego en sus ojos, Rocío, el mismo que había visto durante seis meses.

—¿Y qué más?

—Le pregunté si en su cama o en la mía, se humedeció los labios, mordisqueó el inferior de ese modo que me volvía loco, y dijo que en la mía. Puedes imaginar el resto.

i —Oh, sí que puedo. Sexo salvaje, gritos, gemidos, intensos orgasmos y un amanecer incómodo —reí.

—Un amanecer de mierda, porque cuando me desperté, ella no estaba. Solo dejó una nota, Rocío, una puta nota.

—Qué interesante, ¿y qué decía?

—Lo de anoche estuvo bien, pero no puede volver a pasar.

—Y eso ha hecho mella en tu ego, típico —volteé los ojos.

—No, hermanita, no es por eso.

—¿Entonces?

—No puede volver a pasar porque ella está con alguien desde hace unos meses —me contó, dato que yo no sabía y no tenía ni idea de si era del conocimiento de mis padres—. Y lo que me jode es que...

—Espera, ¡aún la sigues queriendo! —exclamé llevándome la mano al pecho con un jadeo— Julio, estás enamorado de ella.

—Hasta las putas trancas como el primer día —suspiró dejándose caer en el respaldo del sofá mientras se pasaba las manos por el pelo.

—¿Y por qué la dejaste?

—Ya lo sabes.

—Por idiota, vamos —resoplé.

—No, porque el compromiso me ahogaba. Joder, Rocío, sabes que siempre he sido más de ir de mujer en mujer, no de una sola.

—Y así te va. Si no la has olvidado, lucha por ella.

—No puedo hacerle eso, pensará que son celos o qué sé yo.

—¿No estás celoso, entonces?

—No, no lo estoy, eso lo tengo claro. Pero maldita sea si no me jode pensar que por imbécil, ella está con otro.

—Ay, el amor —suspiré mientras me ponía en pie—. ¿Helado de menta y chocolate o vainilla y nueces?

—Trae de los dos.

—Eres guay como hombre deprimido por amor —reí.

—Si le cuentas esto a alguien, yo contaré lo de tu pequeño incidente —dijo haciendo el gesto de las comillas— con tus pantalones y esos globos de agua que te estallaron encima.

—Oye, que fue así —protesté.

—Claro, claro, que no te hiciste pis por el miedo —rio.

—Serás... —le tiré un trozo del borde de la pizza a la cabeza, pero el jodido tenía buenos reflejos y lo cogió con la mano para llevárselo a la boca.

Algo me decía que esa noche sería larga, puesto que era la primera vez que veía a mi hermano así, derrotado y sin saber qué hacer por recuperar el amor de una mujer.

—Ay, el amor —suspiré mientras me ponía en pie—. ¿Helado de menta y chocolate o vainilla y nueces?

—Trae de los dos.

—Eres guay como hombre deprimido por amor —reí.

—Si le cuentas esto a alguien, yo contaré lo de tu pequeño incidente —dijo haciendo el gesto de las comillas— con tus pantalones y esos globos de agua que te estallaron encima.

—Oye, que fue así —protesté.

—Claro, claro, que no te hiciste pis por el miedo —rió.

—Serás... —le tiré un trozo del borde de la pizza a la cabeza, pero el jodido tenía buenos reflejos y lo cogió con la mano para llevárselo a la boca.

Algo me decía que esa noche sería larga, puesto que era la primera vez que veía a mi hermano así, derrotado y sin saber qué hacer por recuperar el amor de una mujer.

Capítulo 5



Aquel lunes no empezó bien, lo supe nada más ver en mi bandeja de entrada un correo de Elena.

Ya me tenía asignado un artículo desde bien temprano, una feria de ganadería en un pueblo a media hora de allí.

A veces pensaba que esa mujer se dedicaba a buscar en Internet todas las ferias locales y demás eventos que tuvieran lugar en nuestra comunidad para enviarme, porque no creía que los alcaldes de los pueblos fueran llamando a todos los periódicos de la comunidad para hacerles partícipes de esos eventos.

Mis sospechas se confirmaron cuando, al presentarme allí como redactora del periódico para el que trabajaba, la alcaldesa por poco se desmaya.

Sin duda alguna no contaban con que un periódico de la importancia del mío estuviera allí, un lunes a las nueve y media de la mañana, para pasar varias horas con aquellos ganaderos y ganaderas que competían por mostrar sus mejores teneros, vacas, toros, ovejas, corderos y cabras.

Al menos tuve una magnífica acogida, donde me agasajaron con los mejores productos elaborados por ellos.

Eran las diez y media cuando me llamó Alejandra, y me paré en un puesto donde ofrecían tostadas con su mejor queso y la mermelada casera que una de las mujeres preparaba.

—Dime —respondí mientras tomaba algunas notas en mi cuaderno.

—¿Dónde estás? ¿Estás enferma?

—En una feria de ganado —respondí, dado que con las prisas, no le mandé un mensaje para avisarla.

—¿Estás rodeada de fornidos y sudorosos ganaderos, con camisas de cuadros y pantalones vaqueros que se ciñen

a sus turgentes glúteos?

—En alguna especie de sueño erótico, supongo que sí, estaría allí. Pero no, aquí no hay ganaderos así. Tenemos, entre muchos otros, al simpático Ramiro, un hombre que según la alcaldesa del pueblo nunca pierde la sonrisa. Pero es más bien bajo y rechoncho, por no hablar de que no es que peine canas, es que no tiene nada que peinar —suspiré.

—Yo acabo de terminar el artículo del exmarido de la modelo, y ya me manda para otra excursión.

—Alejandra, te recuerdo que tus excursiones son mucho más emocionantes que las mías.

—Oye, pues a mí me encantaría estar allí ahora mismo rodeada de vaquitas y corderitos.

—No niego que estos últimos son de lo más achuchables, como el de Norit, pero... No, sin duda no querías.

Seguimos hablando hasta que me dijo que iba a entrar en el coche, y cuando colgué, me centré en esa feria.

Pasé el resto de la mañana fotografiando y entrevistando a los ganaderos y ganaderas, siendo testigo directo del concurso de belleza entre las mejores vacas.

Al final se hizo con el primer premio Rosita, una vaca marrón con el pecho más claro. Yo no terminaba de entender qué estándares regían esos concursos, y no los entendería, tan solo me limité a anotar las bases en mi cuaderno y a seguir paseando por sus puestos hasta las dos, momento en el que terminaría mi jornada.

Iba paseando por entre los diferente recintos donde mantenían a los animalitos, cuando escuché un grito que venía desde atrás.

Ni tiempo me dio a girarme para ver qué pasaba, cuando, de repente, sentí un golpe en el culo que me hizo dar un par de pasos y acabar de rodillas contra el suelo.

—¡Ay, la muchacha! —gritó una mujer, a quien vi acercarse corriendo.

Y escuché un balido a mi lado, me giré y había una cabra allí mirándome como si fuera una intrusa.

—¿Te has hecho daño, niña? —me preguntó una señora mayor, debía de ser una de las abuelas del pueblo, que me ayudó a levantarme— Tremendo topetazo te ha dado Encarnita.

Así que la cabra que quiso hacerme besar el suelo como el Papa, se llamaba Encarnita.

—No se preocupe, señora, estoy bien. No me lo esperaba, eso sí.

—Virgen de la Macarena, para una vez que vienen de la ciudad a hacer un reportaje para el periódico, y casi tenemos que llevarte a urgencias —dijo la alcaldesa, toda apurada.

—Tranquila, estoy bien, de verdad —sonreí, porque por suerte no me había raspado las rodillas ni las manos, eso sí, el culo me iba a doler al sentarme durante una semana.

—Encarnita hija, que eres una cabra, lo tuyo es saltar por los prados, no embestir como un toro —la reprendió la señora mayor—. Ven, que doy un remedio para el golpe —me dijo, y la seguí hasta el puesto que ella tenía, donde con la leche de sus cabras, entre ellas Encarnita, hacía un requesón buenísimo.

La señora, que se llamaba Paquita, me dio una pomada que usaba su nieto para los moratones, y se lo agradecí, solo que no me veía yo poniéndome en el culo la pomada, aunque si aliviaba, pues sería cuestión de intentarlo.

—Me da que he enfadado a Encarnita, porque me sigue y me mira mucho —reí.

—No, niña, no es eso —rio Paquita—. Es que es muy curiosa, y en cuanto ve un forastero, sale a saludar.

—Pues como a todos les dé el mismo recibimiento, no va a ganar usted para pomadas, Paquita.

—Me veo fabricando pomada en vez de mi famoso requesón —volvió a reír.

¹ Al final eché un buen rato con Paquita, a quien entrevisté e hice algunas fotos con sus cabras, en especial a Encarnita, que al final hasta le iba a coger cariño.

Y según se acercaba la hora de irme, me daba cuenta de que aquel había sido un día bastante divertido. Ya fuera por Encarnita, por Paquita o por el conjunto de todos aquellos lugareños que me habían recibido con los brazos abiertos, la mañana terminó mucho mejor de lo que había empezado.

Regresé y tras aparcar el coche en mi plaza del periódico, fui a la cafetería que había al final de la calle a tomarme un café bien cargado y un Donut, había aprovechado para comer algo en la feria.

² Y mientras estaba allí vi entrar a Alejo y Mario, con sus trajes y su porte elegante.

Alejo era el más serio de los dos, apenas lo había visto sonreír durante el tiempo que llevaba trabajando en el periódico, mientras que Mario, era mucho más guasón y dicharachero.

Siempre tenía alguna broma que hacer con los redactores, incluso con su padre lo había visto bromeando, mientras que Alejo parecía ser el hombre de las cero sonrisas.

Como si supiera que alguien lo observaba, miró hacia mi mesa y yo volví a concentrarme en el cuaderno, releiendo mis notas y marcando esas frases y palabras importantes a destacar en el artículo cuando estuviera redactado.

Sabía que no acabaría a la hora en la que tenía que salir, pero ya era algo a lo que estaba acostumbrada.

¿Saciada la necesidad de cafeína en mi organismo, fui al periódico y ocupé mi adorado cubículo, ese en el que pasé las siguientes horas redactando el artículo sobre la fascinante feria de ganadería del pueblo vecino, y cómo la joven Rosita, una vaca marrón de un año, se había hecho con la corona de la reina de la belleza al final del certamen.

Sin olvidarme de la curiosa Encarnita, culpable de que me doliera el culo y tuviera un buen moratón en una nalga.

Empezaba a odiar a Elena y a veces imaginaba diferentes modos de tortura para ella.

—¿Cómo va ese artículo, Rocío? —preguntó cuando ya se marchaba, con esa sonrisa petulante en los labios.

De sobra sabía que tenía aún para rato allí, que por mucho que yo entrara a trabajar de nueve a dos y de cuatro a siete, cuando a ella se le metía en la cabeza que no me iría a mi hora, no me iba.

—Ultimando —dije sin mirarla.

—Bien, porque sale en...

—La edición de mañana, lo sé —suspiré.

—Niña, deberías estar agradecida de tener un trabajo y un sueldo con el pagar el techo en el que vives. ¿Sabes cuántos licenciados en periodismo matarían por estar en tu puesto? —casi grito, pero no le hice el menor caso. La escuché suspirar y por el rabillo del ojo vi que miraba su reloj de pulsera— En fin, me voy que no quiero llegar tarde a mi cita para cenar.

—No tendremos la suerte de que te atragantes con una aceituna —murmuré.

—¿Decías algo? —Se giró con la ceja arqueada.

s—Que disfrutes de la cena —sonreí.

—Oh, no dudes ni por un segundo que lo haré.

No, si yo dudarlo, no lo dudaba. Ya me gustaría haber podido salir a mi hora y no que me quedaría al menos una hora más terminando de maquetar.

Y me centré en acabar el artículo lo antes posibles, con tal de salir de la oficina, llegar a casa, darme una ducha y disfrutar de una copa de vino viendo la televisión.

¿

—No sabía que aún quedaba alguien.

—¡Ay, joder! —grité llevándome la mano al pecho, sobresaltada por la llegada de Alejo.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Pues casi se me sale el corazón por la boca.

—Creí que era el último en irme.

—Pues no, esa debo ser —me encogí de hombros.

—¿Qué te tiene tan ocupada? —preguntó apoyando la mano en el respaldo de la silla, echando un vistazo al artículo— ¿Una feria de ganado?

—Ajá.

—Un artículo de relleno o algo así que tenías que entregar.

—No, señor. Este es el tipo de artículos que yo suelo entregar.

—¿Disculpa? —Arqueó la ceja.

—Elena me asigna estos artículos desde que entré en el periódico, hace un año y medio.

—Si es una broma no tiene gracia.

—No lo es, señor. Este es mi trabajo.

Alejo frunció el ceño, se quedó mirándome durante unos segundos, que debía admitir se me hicieron eternos.

Los ojos de aquel hombre eran de esos curiosos, pero muy observadores, al punto de que a veces me preguntaba si sería capaz de leer la mente humana.

Su móvil empezó a sonar, rompiendo el silencio que nos rodeaba, y lo sacó del bolsillo sin dejar de mirarme.

Tan solo un segundo desvió esa mirada para echar un vistazo a la pantalla, y comenzó a alejarse mientras respondía.

—Estoy de camino, dame quince minutos.

Lo siguiente que escuché, fueron las puertas del ascensor cerrándose.

Bueno, no pensaba quejarme a ninguno de los jefes de los artículos que me eran asignados, pero tampoco me imaginaba que Alejo se sorprendería tanto al saberlo.

Fuera como fuese, no me importaba. Tal como dijo Elena, tenía un sueldo y entre mis necesidades básicas estaba la de comer todos los días, que por el momento de aire no me alimentaba.

Terminé de maquetar, revisé que estuviera todo correcto y en orden, y en cuanto lo envié a edición, recogí mis cosas y me marché.

Me parecía escuchar la ducha llamándome para que me dejara envolver por el agua antes de cenar.

—No lo es, señor. Este es mi trabajo.

Alejo frunció el ceño, se quedó mirándome durante unos segundos, que debía admitir se me hicieron eternos.

Los ojos de aquel hombre eran de esos curiosos, pero muy observadores, al punto de que a veces me preguntaba si sería capaz de leer la mente humana.

Su móvil empezó a sonar, rompiendo el silencio que nos rodeaba, y lo sacó del bolsillo sin dejar de mirarme.

Tan solo un segundo desvió esa mirada para echar un vistazo a la pantalla, y comenzó a alejarse mientras respondía.

—Estoy de camino, dame quince minutos.

Lo siguiente que escuché, fueron las puertas del ascensor cerrándose.

Bueno, no pensaba quejarme a ninguno de los jefes de los artículos que me eran asignados, pero tampoco me imaginaba que Alejo se sorprendería tanto al saberlo.

Fuera como fuese, no me importaba. Tal como dijo Elena, tenía un sueldo y entre mis necesidades básicas estaba la de comer todos los días, que por el momento de aire no me alimentaba.

Terminé de maquetar, revisé que estuviera todo correcto y en orden, y en cuanto lo envié a edición, recogí mis cosas y me marché.

Me parecía escuchar la ducha llamándome para que me dejara envolver por el agua antes de cenar.

Capítulo 6



La noche anterior me había quedado hasta tarde en casa preparando el artículo de hoy.

Sí, mi jefa tuvo la brillante idea de asignarme uno de sus maravillosos trabajos sobre un concurso de karaoke y, dado que me acosté cerca de las cuatro y media de la madrugada, me había quedado dormida.

Cuando quise darme cuenta eran las ocho y cuarto y sabía que no me daría tiempo ni a tomarme un café. Me vestí con lo primero que vi en el armario y salí de casa corriendo.

Apenas llegué a las oficinas un minuto antes de las nueve, y fui directa a la máquina de café por uno.

—Buenos días —dijo Alejandra, acercándose a mi cubículo justo cuando yo regresaba con mi café en la mano.

—Buenos días.

—Huy, qué carita. ¿No has dormido bien?

—Algo menos de cuatro horas.

—¿Saliste sin mí? Qué mala amiga eres —protestó.

—No salí, fui a un concurso de karaoke que debe ser la mar de interesante para nuestros lectores.

—Ah, un artículo entonces.

—Sí —suspiré sentándome en la silla mientras encendía el ordenador—. Y ya sabes, tenía que salir sí o sí en la edición de primera hora.

—Qué perra es —murmuró.

No tardamos en escuchar la risa de Elena, esa que apareció junto con Alejo y Mario, charlando, pero mucho más cerca del primero que del segundo. En cuanto pasó por mi cubículo, se detuvo.

—¿Enviaste el artículo? —preguntó, ni un buenos días nos dirigió.

—A las cuatro y cuarto lo tenían los de edición —respondí.

—No vi el e-mail en copia.

—Estarías dormida —murmuró Alejandra.

Elena frunció el ceño, si la había escuchado o no, no estaba segura. Quien sí lo había hecho fueron Mario y Alejo, y lo sabía porque el primero trataba de no reírse, mientras que el segundo la miraba con la ceja arqueada.

—¿Decías, Alejandra? —preguntó Elena.

—Que si alguien quiere un café —mi mejor amiga sonrió como si nada, pero Elena centró de nuevo su atención en mí.

—Tengo otro artículo para ti, Rocío, no pierdas de vista el correo.

Y sin decir nada más, se encaminó hacia su despacho.

—*Ni vi il imiil in quipi* —dijo Alejandra.

El carraspeo de Alejo hizo que ella se girara sobresaltada, y se le abrieron los ojos como platos.

—Eh...

—No digas nada —le cortó Alejo, levantando la mano—. ¿Otro artículo que te hizo quedarte aquí hasta tarde? —me preguntó.

—No, lo redacté en mi casa y lo envié.

—¿Dónde te mandó?

—Un concurso de karaoke.

—¿Disculpa? —Mario levantó ambas cejas, sin duda alguna, sorprendido— Llevas aquí más de un año, vi los artículos que habías escrito en otras revistas y periódicos, los que pasaste a limpio siendo becaria, y nada tienen que ver con un concurso de karaoke.

—Bienvenidos al mundo de, “Elena, asigna” —dijo Alejandra.

—Alejandra, por favor —le pedí.

—¿Por favor qué, Rocío? Llevas un año y medio soportando que esa mujer te asigne artículos ridículos. No voy a callarme como haces tú. Yo misma le mostré tu currículum a don Jesús al señor Mario.

—Joder, acabo de envejecer dos décadas —protestó el aludido—. ¿Por qué me llamas así?

—Bueno, es el jefe, hay que tenerle un mínimo de respeto.

—Respétame, nena, pero no me provoques un infarto —se llevó la mano al pecho.

—¿Me estás diciendo que llevas aquí un año y medio, y no has hecho otros artículos?

—Aparte de ferias, mercadillos, concursos de mascotas y eso que, si me lo permiten, debe ser lo más utilizado por nuestros lectores para las cáscaras de las patatas, no.

—Alejandra —suspiré mientras dejaba caer la cabeza en mis manos.

—Cariño, vales más que esto —dijo mi amigo.

—¿Podemos dejar el tema, por favor? Me duele la cabeza.

Ante el silencio de todos, los miré y las expresiones no podían ser más distintas.

Alejandra tenía el labio torcido en una mueca entre la pena y el enfado. Y mientras Mario me miraba con compasión, Alejo mantenía su semblante serio de siempre añadiendo el ceño fruncido.

—Buenos días —la voz del don Jesús nos llegó desde la entrada, todos saludamos y cuando pasó por mi cubículo, les pidió a su hijo y su sobrino que lo acompañaran al despacho.

Ambos asintieron y Alejo me miró durante algunos segundos más antes de marcharse, suspiré y abrí el correo.

—Rocío.

—No quiero hablar más del tema, Alejandra —dije sin apartar la mirada del ordenador.

—Vale, bueno. Salimos a desayunar después.

—Sí.

Asintió y se fue a su cubículo. No tardé en recibir el e-mail de Elena donde me asignaba un artículo para ir a entrevistar a un agricultor en uno de los pueblos vecinos y que había recolectado la calabaza más grande de los últimos diez años.

Suspiré, tomé nota de la dirección y del agricultor, y me preparé para irme.

—¿Dónde vas? —preguntó Alejandra con el ceño fruncido.

—A ver la calabaza más grande de la comunidad.

—Dios, esto es...

—Nos vemos esta tarde.

—¿Es que no vas a venir a comer?

—No.

—Pero, Rocío...

No me detuve, seguí caminando hacia el ascensor y fui al aparcamiento por el coche.

Tenía una hora de camino hasta llegar a la casa del agricultor, me llevaría otra hora y puede que un poco más en la visita y la entrevista, y una de vuelta.

Me daría tiempo a comer con ella, pero no quería, llevaba el portátil conmigo así que me detendría en el primer bar de carretera que encontrara en el camino de vuelta y me tomaría mi tiempo para comer y redactar el artículo con calma.

Para cuando llegué, en la casa me recibió la mujer del agricultor, y no dudó en acompañarme a las tierras en las que él andaba trabajando.

Aproveché aquel paseo para que ella me contara cosas, grabé nuestra conversación, hice algunas fotos del pueblo y cuando llegamos a las tierras, tomé varias también del agricultor dedicado a la faena diaria.

La calabaza en cuestión resultó ser mucho más grande de lo que pensaba, dado que tenía un diámetro de tres metros y pesaba diez kilos.

Se veía el orgullo en el rostro del agricultor, ese que me dijo que optaba a uno de esos premios Guinness y esperaba que nadie batiera su récord en lo que quedaba de año.

Me invitaron a un café y me enseñaron algunas de las hortalizas que solía recolectar en sus tierras. Tomates, calabacines, berenjenas y pimientos mucho más grandes que los que solían verse en el mercado.

Según me contó, aquellas tierras ya las trabajaba su abuelo y él recordaba haber visto tomates incluso más grande: que los suyos.

Para cuando me vine a dar cuenta de la hora, eran las doce y media, así que me despedí haciéndoles una foto con sus hortalizas de tamaño XXL, y me acabaron regalando una caja con varias de ellas.

Me despedí con una sonrisa y subí al coche pensando que, sí, los artículos podían llegar a ser tediosos y algo que probablemente no interesara a ninguno de nuestros lectores, salvo a quienes habían concedido esas entrevistas, pero la calidad de las personas que me encontraba en cada uno de ellos, era maravillosa.

Tras media hora de camino paré en un bar a comer, tal como planeaba, me senté con el portátil en una de las mesas y mientras degustaba aquel menú de comida casera, revisaba las notas para después pasar todo a un artículo decente.

Lo hice mientras me tomaba el café, y estaba tan concentrada tecleando allí entre el bullicio de quienes comían a esa hora, que me pedí un segundo café, incluso hubo un tercero.

e Una vez el artículo estuvo completo, lo envié a edición con copia a Elena, como siempre.

Puse rumbo de regreso a la ciudad a las tres y media, con el tiempo justo de llegar a la oficina a las cuatro. Solo que mi jefa tenía otros planes.

Parecía que ese miércoles quería darme más trabajo que el resto de días, y no sabía si era un castigo o

simplemente que había estado esperando durante un año entero aquel acontecimiento para que fuera yo quien me encargara de la trigésimo quinta feria del dulce en otro pueblo de la comunidad.

Pero era mi trabajo, y por mucho que me hirviera la sangre, no podía hacer nada contra mi jefa.

Le puse un mensaje a Alejandra para decirle que no volvía a la oficina, y no tardó en responder con un gif echando humo por las orejas.

Otro día que me tocaría hacer horas extras.

—Gracias, Elena —suspiré, resignada, guardando el móvil de nuevo en el bolso.

simplemente que había estado esperando durante un año entero aquel acontecimiento para que fuera yo quien me encargara de la trigésimo quinta feria del dulce en otro pueblo de la comunidad.

Pero era mi trabajo, y por mucho que me hirviera la sangre, no podía hacer nada contra mi jefa.

Le puse un mensaje a Alejandra para decirle que no volvía a la oficina, y no tardó en responder con un gif echando humo por las orejas.

Otro día que me tocaría hacer horas extras.

—Gracias, Elena —suspiré, resignada, guardando el móvil de nuevo en el bolso.

Capítulo 7



Llegué a las oficinas a las seis y media, por lo que me puse a pasar a limpio todo el artículo.

Alejandra había salido para vigilar el hotel en el que, al parecer, se alojaba el cantante de moda cuya novia le acusaba de haberle sido infiel, ese a quien querían pillar con las manos en la masa todos los periodistas del mundo.

Me preparé un café a las siete y media, y ya iban como ocho los que me tomaba en todo el día, así estaba, entre hiperactiva y con cero sueño.

Eran las ocho y cuarto cuando escuché pasos y algo me decía que se trataba de Alejo.

—¿Más horas extras? —preguntó.

—Si al menos me las pagaran —murmuré—. No me queda mucho, jefe.

—¿No las estás cobrando? —mierda, me había oído.

—Cierro en cuanto acabe —sonreí mirándole.

—Rocío, te he hecho una pregunta.

—Me ha escuchado, así que, ¿para qué responder?

—¿Por qué nunca has dicho nada?

—Porque no quiero que me despidan por una queja sin importancia.

—¿Sin importancia? No haces artículos a tu altura, no cobras las horas extras, por no hablar de que anoche te hice asistir a un concurso de karaoke y terminaste de redactarlo a las cuatro de la mañana.

—Cuatro y diez, pero, ¿quién cuenta los minutos? —Me encogí de hombros.

Se quedó callado y aproveché para poner el título y la foto principal del artículo, lo envié a edición, y estaba lista para irme a casa.

—¿Has terminado? —preguntó cuando me escuchó suspirar.

—Sí, ya me voy a casa.

—Vamos, te invito a cenar —dijo con las manos en los bolsillos y un leve gesto de cabeza señalando hacia el ascensor.

—No es necesario, señor Alejo.

—Si vuelves a llamarme así, tendremos un problema —murmuró demasiado cerca de mi rostro.

Y por un momento me quedé mirando ese par de ojos marrones que parecían querer ver en lo más profundo de mi alma.

—Tengo... Tengo que irme —dije.

—Pero tendrás que comer algo.

—Puedo comer en casa.

—Comer solo es aburrido —sonrió de medio lado—. No me gusta comer solo y Mario me ha dado plantón —se encogió de hombros.

—Ah, entonces, soy el segundo plato, ya veo —resoplé.

—Tú serías más un delicioso y apetecible postre —me hizo un guiño y juraría que en ese momento iba a desmayarme—. ¿Vamos? Conozco una pizzería italiana aquí cerca.

Tragué con cierta dificultad, lo vi alejarse hacia el ascensor y quise seguirlo, de verdad que sí, pero por algún extraño motivo no me respondían las piernas.

—¿Rocío? —me llamó.

—¿Eh? Sí, voy —dije cogiendo un cuaderno de mi escritorio como si me lo olvidara.

Fuimos hasta el aparcamiento y me hizo subir en su coche, aun habiéndole dicho que el mío estaba allí también. Se limitó a abrirme la puerta diciéndome que me acercaría después a recogerlo.

Suspiré, me senté en su deportivo, y me envolvió el aroma de su perfume, ese que tenía un leve toque a océano.

No tardamos más de diez minutos en llegar, aparcó cerca de la entrada y volvió a abrirme la puerta para que saliera.

—Todo un caballero, ¿eh? —sonreí.

—Siempre.

Entramos y, tras ser llevados a una mesa, pidió vino rosado y una pizza grande para compartir.

—Esta no es una pizzería de esas de franquicias conocidas —dije una vez volvimos a quedarnos solos.

El lugar era elegante, con paredes blancas y algunas fotos en blanco y negro decorándolas, todas de Italia. Algunas plantas daban un toque de color al lugar, donde el negro de la mantelería, así como el gris de las sillas y sofás, predominaban.

—No, es un restaurante italiano familiar, y las pizzas se hacen en el momento. El horno está justo allí —señaló hacia la izquierda y vi a un par de cocineros trabajando en las masas mientras que las llamas del horno crepitaban a sus espaldas.

—Con un sándwich habría tenido suficiente para mi cena —comenté y en ese momento nos sirvieron el vino.

—Estoy convencido de que la pizza te gustará mucho más que el sándwich —sonrió.

No se equivocó lo más mínimo.

La pizza no solo olía de maravilla, sino que con el primer bocado que di, me pareció que se me había escapado un gemido.

Si Alejo lo escuchó, no comentó nada al respecto, por no hablar de que seguía con su habitual rostro serio.

—¿Mejor que el sándwich? —interrogó tras las dos primeras porciones que me había comido.

—Mejor que las pizzas del supermercado —confesé y me pareció ver una leve sonrisa.

—Esta es la pizzería favorita de Mario, y mía también, desde hace como... ¿diez años? Tal vez más —dijo cogiendo su copa de vino para darle un sorbo.

—No me extraña, la pizza es deliciosa.

—Puedes llevarte un folleto, sirven a domicilio.

—No me digas más, sueles pedir comida para que te lleven a casa —sonreí.

—Y al periódico, sobre todo cuando tengo poco tiempo para salir a comer.

—Me llevaré el folleto, apuesto a que a mi hermano y a Alejandra, les encantarán estas pizzas.

—Así que tienes un hermano.

s—Sí, Julio, es cuatro años mayor que yo. Adora presentarse en mi casa con un par de pizzas para cenar —reí.

—Entonces sí, cuando pruebe estas, no querrá otras —de nuevo, una leve sonrisa—. ¿Qué pasa? ¿Tengo salsa de tomate en la mejilla o algo? —preguntó con el ceño fruncido mientras se limpiaba con la servilleta.

—No, no, es que... Bueno, se me hace raro verte sonreír.

—¿He sonreído? —Elevó ambas cejas y asentí.

—Dos veces. Apenas perceptibles, pero estaban ahí —señalé sus labios—. Y tú, no sonríes nunca, al menos en el periódico.

—No, allí ciertamente, apenas lo hago.

—¿Apenas? En un año y medio, nunca te he visto hacerlo.

—Eso es porque no entras en mi despacho, cuando estoy con Mario o con mi tío.

—Bueno, no eres mi jefe directo, así que, no tengo por qué entrar allí —me encogí de hombros.

Su móvil empezó a sonar y, tras ver el nombre de quien fuera que llamaba en la pantalla, se disculpó al tiempo que se levantaba y salía fuera a atender.

Yo me quedé allí terminando mi última porción de pizza, cuando Alejo regresó, estaba dando un sorbo al vino.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo con el ceño fruncido.

—Oh, tranquilo, claro —sonreí poniéndome en pie mientras él dejaba unos cuantos billetes en la mesa.

Me llevó de vuelta al aparcamiento y se marchó cuando subí a mi coche.

No esperaba que uno de los jefes me invitara a cenar, y mucho menos él, siendo sincera.

Alejo era el más serio, el menos cercano con los empleados por así decirlo, y hasta hacía solo unos días pensaba que no me prestaban apenas atención.

Alejandra me mandó un mensaje cuando entré en casa preguntando si ya había terminado de hacer lo que la malvada madrastra de Cenicienta me había pedido, y me eché a reír.

Rocío: *Sí, acabo de llegar a casa. Estuve cenando pizza con Alejo.*

Dejé el móvil en la mesita mientras me desnudaba y preparaba la ducha, donde me estuve relajando bajo el agua quince minutos.

Cuando regresé a la habitación tenía cinco llamadas perdidas de Alejandra, pero ningún mensaje, así que se las devolví.

—¡No puedes decirme que has cenado con Alejo, y no responder mis llamadas! —protestó.

—Estaba en la ducha.

—¿Dónde te has duchado? ¿En China? Por Dios, veinte minutos esperando que me contaras todo.

—No hay mucho que contar, Alejandra. Me vio trabajando en el artículo y cuando acabé, me invitó a cenar.

—¿Y?

—Me llevó a una pizzería italiana, donde por cierto las pizzas son deliciosas.

—Datos irrelevantes.

—¿Irrelevantes? Estoy segura de que tendrías un orgasmo si comieras esas pizzas. Yo creo que hasta he gemido, pero Alejo no dijo nada al respecto.

—No lo diría, pero quizás ese sonido fue lanzado directo a su entrepierna. ¿Te has fijado en ella?

—¿Qué? Por el amor de Dios, Alejandra, por supuesto que no le he mirado la entrepierna a nuestro jefe.

—Chica, eso es lo que deberías haber hecho.

—Madre mía —suspiré.

—Vale, ¿y qué más pasó?

—Nada, sonrió un par de veces...

—¿Alejo hizo qué?! —me interrumpió.

—Sonrió, Alejandra. Dos veces, de hecho.

—Santo Niño Jesús. ¿Ese hombre sabe hacer eso?

—Al parecer, lo hace en su despacho cuando está con Mario y con su tío.

—¿Y es bonita?

—¿El qué?

—Su sonrisa, Rocío, que no te centras.

—Ah, eso. Bueno, no es que fuera de esas enormes, fue apenas un gesto, pero seguro que, si sonriera más ampliamente, sería bonita.

—Así que te ha invitado a cenar.

—Solo creo que es porque le causé cierta lástima. Es la segunda vez que me ve esta semana trabajando después de mi hora, por no hablar de que anoche apenas dormí.

—Bueno, sea como sea, el jefe se ha acercado a ti. ¿Quién sabe? Quizás quiera tenerte en su sección —podía escuchar la risa en su voz—. Y a Elena le daría un disgusto.

—No adelantes acontecimientos, tal vez solo haya querido ser cordial. Oye, me voy a la cama, estoy agotada.

—Claro, sí, descansa. Mañana nos vemos. Te quiero.

—Y yo. Buenas noches, Alejandra.

—Buenas noches, cariño.

Colgué, me puse una de mis viejas camisetas para dormir, y me metí en la cama esperando caer en un sueño de esos profundos y reparadores, para empezar un nuevo día, mucho, mucho mejor.

—Así que te ha invitado a cenar.

—Solo creo que es porque le causé cierta lástima. Es la segunda vez que me ve esta semana trabajando después de mi hora, por no hablar de que anoche apenas dormí.

—Bueno, sea como sea, el jefe se ha acercado a ti. ¿Quién sabe? Quizás quiera tenerte en su sección —podía escuchar la risa en su voz—. Y a Elena le daría un disgusto.

—No adelantes acontecimientos, tal vez solo haya querido ser cordial. Oye, me voy a la cama, estoy agotada.

—Claro, sí, descansa. Mañana nos vemos. Te quiero.

—Y yo. Buenas noches, Alejandra.

—Buenas noches, cariño.

Colgué, me puse una de mis viejas camisetas para dormir, y me metí en la cama esperando caer en un sueño de esos profundos y reparadores, para empezar un nuevo día, mucho, mucho mejor.

Capítulo 8



Al fin viernes, ese ansiado día de la semana que todo el mundo esperaba para poder disfrutar de dos días de descanso.

Poco podía imaginar cuando entré en el periódico, que Elena me haría llamar a su despacho en el mismo momento en el que pasó por delante de mi cubículo.

Alejandra me miró con la ceja arqueada y me encogí de hombros. Ninguna de las dos entendíamos aquel tono con el que me había exigido, que no pedido, que fuera a hablar con ella.

—Y a esta, ¿qué le pasa? —preguntó Alejandra en un susurro cuando se acercó a mí.

—No tengo ni idea.

—Creo que no ha follado en los últimos días —volteó los ojos—. Eso, o anda estreñida.

—Por Dios, Alejandra —reí.

—¡¡Rocío!! —gritó Elena desde su despacho.

—Corre, antes de que la gemela de Satán te haga arder de manera espontánea —murmuró y volteé los ojos.

Llamé a la puerta de su despacho antes de entrar, estaba abierta y no contestó, se limitó a señalar una de las sillas colocadas ante su escritorio.

—¿Qué necesitas? —pregunté.

—Ayer tuve una desagradable reunión con los jefes —dijo mientras cruzaba las manos sobre el escritorio—. Me

dijeron que tienes quejas sobre los artículos que te asigno.

—Muchas veces lo he hablado contigo, Elena. Quiero algo más importante que un concurso de karaoke.

—Y siempre he dicho lo mismo, Rocío, cuando me demuestres que realmente puedes encargarte de algo más importante.

—¿Qué tengo que hacer para demostrarlo, según tú? Porque dudo mucho que otros redactores aceptaran un artículo a las ocho de la tarde para asistir a un concurso de karaoke donde se pasaría toda la noche, y después quedarse despierto hasta pasadas las cuatro de la madrugada redactándolo para enviar a edición.

—Pequeños sacrificios por tener un trabajo.

—Quiero algo más importante desde hace meses, y no me das la oportunidad.

o

—Tienes las asignaciones acordes a tus capacidades. No estás cualificada para algo más... importante, ni de mayor envergadura.

l

—Si fuera así, don Jesús no me habría contratado.

—Te recuerdo que estás en ese puesto porque Alejandra te propuso como redactora. Si por mí fuera, haría meses que no estarías en este periódico. Y ahora vete, te he enviado un correo con algunas entrevistas telefónicas que debes hacer hoy para el artículo de mañana.

Sin molestarse en mirarme, se centró en las carpetas esparcidas por su mesa, por lo que me levanté y fui a mi cubículo.

Alejandra me esperaba sentada en el suyo, con la pregunta silenciosa en los ojos, me encogí de hombros y le quité importancia al asunto con la mano. Sabía que no iba a quedarse tranquila por lo que cogí mi portátil, algunos marcadores, un par de bolígrafos y un cuaderno, y fui a encerrarme a una de las salas de reuniones donde había un teléfono desde el que podía llamar.

Toda la mañana pasé al teléfono hablando con los vecinos que estaban dispuestos a responder a mis preguntas, a ver si de ese modo alguien hacía algo por su barrio con respecto a la plaga de ratas que hacía semanas que estaban sufriendo.

Elena sí que podía ser una rata, de la peor calaña, además, y no sabía por qué la tenía tomada conmigo.

Tampoco entendía por qué Alejo habló con ella tras haberme visto dos días atrás haciendo horas extras, de nuevo.

Recordando las palabras de Elena, no era estúpida y sabía leer entre líneas, esa mujer quería despedirme y, en cuanto le diera el más mínimo motivo para ello, lo haría sin pensar.

Había otros periódicos, lo sabía, otros donde posiblemente valorarían más mi trabajo, esfuerzo y dedicación, y por mucho que se me hubiera pasado por la cabeza marcharme, no quería ir a otro sitio donde no estuviese Alejandra. Por no hablar de que de ese modo simplemente le estaría dando a Elena la victoria.

No iba a rendirme, tenía claro que en algún momento llegaría mi oportunidad, solo esperaba que no fuera cuando tuviera ochenta años.

Suspiré tras la última entrevista y regresé a mi cubículo. Alejandra tecleaba en su ordenador sin parar, concentrada, con los ojos puestos en la pantalla, alternando con el cuaderno de notas, y yo me puse a hacer lo mismo.

Para cuando llegó la hora de comer, y por suerte ya tenía el artículo montado para enviar a edición, don Jesús, nuestro director, dio un par de palmadas pidiendo que le prestáramos atención.

—Como sabéis, mañana asistimos a la entrega de premios del periodismo de nuestra comunidad —comenzó a decir—, y nos enorgullece saber que uno de nuestros redactores está entre los candidatos a recibir uno de los premios.

Todos miramos a Lorenzo, quien durante el último año había hablado de varias noticias internacionales, en muchos de los casos, haciéndose con la primicia de las mismas, por eso era uno de los candidatos.

—Don Jesús, acaba de hacer que me sonroje —dijo Lorenzo, provocando que todos riéramos.

Me fijé en Alejo, quien estaba bastante cerca de mi cubículo, y la leve sonrisa que había visto en la pizzería, estaba ahí de nuevo.

—Sobra decir que espero veros a todos allí mañana por la noche, donde, no tengo la menor duda, celebraremos el éxito de uno de los nuestros —continuó diciendo don Jesús—. Podéis tomaros la tarde libre —anunció—, todos, sin excepción.

Durante un breve segundo, don Jesús miró a Elena al mismo tiempo que Alejo me miraba a mí.

Cuando fruncí el ceño, él me sonrió de manera apenas imperceptible para el resto, pero yo podía verla.

Mientras todos recogían, Alejo se acercó a Lorenzo para charlar, Elena pasó por mi cubículo mirándome con la

cara seria, incluso me atrevería a decir que parecía bastante enfadada, y se fue sin despedirse de nadie.

—Te veré mañana en la entrega de premios, ¿verdad? —me sobresalté al escuchar a Alejo.

—Sí, claro, iré con los demás.

—Bien —asintió—. ¿Has hablado con Elena?

—Sí, no teníaís que haberle dicho...

—Solo fue un pequeño recordatorio de quién manda en el periódico, y que no tiene que desperdiciar el talento de ninguno de nuestros redactores.

—Alejo, ¿nos vamos? —lo llamó Mario.

—Hasta mañana —me hizo un guiño y cuando se marchó, solté todo el aire que retenía en mis pulmones.

—¿Hay alguien en el mundo a quien los trajes les sienten mejor que a ellos? —preguntó Alejandra mientras los observaba alejarse— Vaya hombres, yo les dejaba hacer conmigo lo que quisieran.

—Ay, por favor —volteé los ojos.

—Bueno, a uno más que a otro —rio.

—No quiero saberlo.

—¿Qué te ha dicho Elena esta mañana?

Mientras nos dirigíamos al aparcamiento en el ascensor, le conté nuestra conversación, esa en la que me dejó bastante claro que si quería, me ponía de patitas en la calle.

Después le dije por qué me había pasado casi toda la mañana encerrada en una de las salas, y resopló.

—No tengo tanta paciencia para esa mujer, en serio —dijo cuando llegamos a mi coche—. No entiendo sus motivos para querer despedirte, de verdad que no.

—Me tiene atravesada, eso es todo. Y no hice nada para que así fuera, pero...

—Pero nada. Ella no puede despedirte así, sin más.

—No, pero seguro que encontraría el modo. Me voy a casa de mis padres a comer, ¿te recojo mañana para ir a la entrega de premios?

—Nos vemos allí, iré en taxi, por si me paso con el vino —sonrió.

Negué mientras sonreía y nos despedimos con un abrazo.

En cuanto subí al coche me sentí un poco más aliviada de saber que, pasara lo que pasara, esa tarde Elena no me enviaría ningún trabajo.

Llegué a casa de mis padres y el olor al pollo asado me llegó desde la cocina.

—¡Yo quiero pechuga! —grité por el pasillo— Y mucho puré de patatas.

—¿Es que no comes en tu casa, hermanita? —rio Julio, al verme.

—Sí, pero el pollo que prepara nuestro padre, y el puré, me vuelven loca.

—De atar, diría yo.

—Hola, cariño —mi madre me abrazó y dio un par de besos.

—Hola.

Tras saludar a mi padre, entre Julio y yo terminamos de poner la mesa y nos sentamos a comer.

No faltaron las preguntas sobre cómo me iba en el periódico, les dije que seguía todo bien y, aunque no se quedaron muy convencidos, no se habló mucho más de ese tema.

—¿Qué planes tenéis para el fin de semana, chicos? —nos preguntó mi padre a Julio y a mí, mientras tomábamos el café.

—Yo voy mañana por la noche a la entrega de premios del periodismo de la comunidad —respondí.

—Yo saldré con mis amigos, cenaremos, tomaremos una copa, y de vuelta a casa.

—Cómo se nota que son jóvenes —sonrió mi madre.

—Anda, ni que vosotros fuerais un par de ancianos —protesté.

—No, hija, pero no estamos en los veinte —dijo mi padre.

—Estáis en la edad perfecta —le aseguré—. Podéis salir a cenar, ir al cine, incluso tomar una copa en alguno de los locales que hay destinados a ello, uno de esos tranquilos donde ponen música jazz en directo.

—Pues no suena mal —contestó mi madre—. ¿Y si nosotros también salimos mañana, Miguel?

—Además, ya no tenéis que cuidar de nosotros —les recordó Julio.

—Ventajas de que nos hayamos hecho mayores —reí.

—Vale, dime un local de esos al que pueda llevar a tu madre después de cenar —me pidió.

—En cuanto llegue a casa busco —le di un abrazo.

No es que mis padres no acostumbraran a salir, pero les costaba hacerlo. Siempre habían sido una pareja que salía a cenar y bailar antes de la llegada de los hijos, y por el hecho de cuidarnos se acostumbraron a quedarse en casa mientras nos cuidaban, pero en cuanto mi hermano les recordaba que ya no necesitábamos de sus cuidados, mi padre se animaba a pasar una noche fuera de casa con mi madre.

Después de otro café y más pastel de crema que nos sirvió mi madre, Julio y yo, nos despedimos de ellos.

Mi hermano tenía cita en el médico, así que quedamos en vernos el domingo por la noche para cenar en mi casa y que me contara sobre su ex. Le había dado su tiempo para que pensara en qué hacer y fue él quien me pidió que habláramos.

Regresé a mi casa y, tras ponerme lo más cómoda posible, me senté en el sofá a descansar y ver la tele antes de que llegara la hora de la cena, haciendo una lista mental de lo que tenía que hacer al día siguiente para acudir a la cena.

—Cómo se nota que son jóvenes —sonrió mi madre.

—Anda, ni que vosotros fuerais un par de ancianos —protesté.

—No, hija, pero no estamos en los veinte —dijo mi padre.

—Estáis en la edad perfecta —le aseguré—. Podéis salir a cenar, ir al cine, incluso tomar una copa en alguno de los locales que hay destinados a ello, uno de esos tranquilos donde ponen música jazz en directo.

—Pues no suena mal —contestó mi madre—. ¿Y si nosotros también salimos mañana, Miguel?

—Además, ya no tenéis que cuidar de nosotros —les recordó Julio.

—Ventajas de que nos hayamos hecho mayores —reí.

—Vale, dime un local de esos al que pueda llevar a tu madre después de cenar —me pidió.

—En cuanto llegue a casa busco —le di un abrazo.

No es que mis padres no acostumbraran a salir, pero les costaba hacerlo. Siempre habían sido una pareja que salía a cenar y bailar antes de la llegada de los hijos, y por el hecho de cuidarnos se acostumbraron a quedarse en casa mientras nos cuidaban, pero en cuanto mi hermano les recordaba que ya no necesitábamos de sus cuidados, mi padre se animaba a pasar una noche fuera de casa con mi madre.

Después de otro café y más pastel de crema que nos sirvió mi madre, Julio y yo, nos despedimos de ellos.

Mi hermano tenía cita en el médico, así que quedamos en vernos el domingo por la noche para cenar en mi casa y que me contara sobre su ex. Le había dado su tiempo para que pensara en qué hacer y fue él quien me pidió que habláramos.

Regresé a mi casa y, tras ponerme lo más cómoda posible, me senté en el sofá a descansar y ver la tele antes de que llegara la hora de la cena, haciendo una lista mental de lo que tenía que hacer al día siguiente para acudir a la cena.

Capítulo 9



Bajé del taxi cuando paró en la puerta del teatro donde tendría lugar la entrega de premios, y no tardé en ver a Alejandra allí, esperándome.

Llevaba un vestido rojo hasta los tobillos, entallado, sin tirantes, con escote en forma de corazón, y era imposible no verla.

—Me recuerdas a la Jessica Rabbitt —dije sonriendo cuando me acerqué a ella.

—Pues a ver si esta noche ligo, que el cuerpo me pide compañía en la cama.

—¿He oído cama? —preguntó Andrés que llegaba en ese momento.

—Tú siempre con la parabólica encendida —Alejandra volteó los ojos.

—Mujer, es que tu presencia hace estragos en mi persona —se encogió de hombros—. ¿Cuándo fue la última vez que tú y yo...?

—Si mal no recuerdo, en la cena de Navidad de la empresa.

—¿Tanto? Tenemos que ponerle remedio a eso, esta misma noche —aseguró Andrés, rodeando a Alejandra por la cintura.

Me eché a reír mientras lo seguía, hasta que noté que se me enganchaba un tacón en algún sitio y por poco me caigo de bruces contra el suelo.

—¡Ay, no! —grité manteniendo el equilibrio, y acabé agarrándome al primer brazo que toqué.

—Cuidado —la voz de Alejo, era la voz de mi jefe.

—Lo siento, no pretendía...

—No te disculpes, mujer. Era agarrarte a mi brazo, o acabar en el suelo —ahí estaba esa leve sonrisa.

—Gracias, entonces.

—¿Rocío? Ah, hola, jefes.

—Buenas noches, Alejandra —dijo Mario, a quien no había visto aún—. Estás... espectacular.

—Gracias —se sonrojó, mi mejor amiga se sonrojó ante un halago. Ver para creer—. ¿Vamos, Rocío? Los demás nos están esperando dentro.

—Sí, ya voy.

—Con cuidado, no vayas a tropezar de nuevo —sugirió Alejo, mirándome con ojos que me recordaban al chocolate—. Y, por cierto, te ves mejor que ella —murmuró en mi oído sin que nadie pudiera escucharlo, mientras sentía la grande y caliente palma de su mano en la parte baja de mi espalda.

—Adiós —fue cuanto pude contestar.

¿Cómo iba a verme yo mejor que Alejandra, si ella parecía una modelo?

Mi vestido era azul, entallado, de tirantes anchos y escote en v, nada exagerado.

Caminé junto a Alejandra y Andrés hasta la fila de asientos en las que nos esperaban los demás, ellos guapísimos con sus esmóquines, y ellas bellísimas con aquellos vestidos de gala.

¹ No tardaron en aparecer Alejo, Mario, don Jesús y Elena, esta última mirándome como si no fuera más que un insecto en la suela de su zapato.

La ignoré, pero no pude hacer lo mismo con Alejo, quien me observaba con atención poniéndome de lo más nerviosa.

Cuando todos los invitados ocuparon sus asientos, dio comienzo la ceremonia.

Uno tras otro, fueron entregando los premios a los periodistas, cámaras y reporteros de televisión, para después seguir con los de radio y, por último, el de la prensa escrita y digital.

—¿Será posible que estoy más nervioso que cuando participé en el recital de poesía del instituto? —murmuró Lorenzo, quien optaba a uno de los premios.

—¿Participaste en un recital de poesía? —preguntó Roberto.

—Sí, pero solo había que leerlas.

—Lástima no haber ido al mismo instituto—se quejó Andrés—. ¿Tienes fotos de ese día?

—No.

—Tranquilo, que hoy te vamos a hacer un montón cuando recibas el premio —comentó Sofía.

—¿Y si no gano yo?

—Voy al escenario y le quito el premio a quien sea, vamos. Te lo van a dar a ti, como Alejandra que me llamo.

—Ya ha salido la guerrera a la defensa —rio Maica.

—¿Por mis compañeros de trabajo? Lo que haga falta, cariño.

Sonreí, porque si de algo estaba segura, era de que Alejandra sería capaz de cualquier cosa por cada uno de nosotros.

—Es hora de entregar el premio al periodista que, durante el último año, no solo ha escrito artículos de sumo interés en cuestiones internacionales, sino que, en muchos de los casos, se internó en el foco de la noticia para contarla desde dentro —dijo la mujer que presentaba la gala.

—Ese eres tú, Lorencito, eres tú —dijo Alejandra emocionada y dando palmaditas.

—Son muchos los periodistas del mundo que nos cuentan la cara y la cruz de las noticias de otros países. Guerras, catástrofes climáticas, el modo en el que muchas de las personas que se han visto sin nada por cualquiera de ellas tiene que seguir adelante. Y es por eso que, con el acto de hoy, queremos reconocer a todos esos hombres y mujeres, que son capaces de dejar sus hogares y a sus seres queridos, para contarnos las noticias de primera mano. En esta ocasión, el premio es para... —abrió el sobre despacio y todos nos cogimos de la mano, esperando que

dijera el nombre de nuestro compañero —Lorenzo Alsacia.

Nuestros gritos resonaron en todo el teatro, por no hablar del modo en el que nos miraba todo el mundo mientras aplaudían y nosotros seguíamos abrazando a Lorenzo.

—Vamos, ve a por tu premio —le dije tras nuestro abrazo.

Lorenzo sonrió y mientras bajaba las escaleras para recogerlo, continuamos aplaudiendo y silbando a nuestro querido compañero.

—Felicidades, Lorenzo —le dijo la mujer, dándole un par de besos y entregándole el premio.

—Gracias —sonrió en el atril mirando el premio en sus manos—. No sé qué decir, además de eso —los invitados rieron—. Bueno sí, que este premio no es solo mío, sino también de todos mis compañeros. De Alejandra y Rocío dos redactoras con un talento innato para el periodismo.

—¡Guapo! —gritó Alejandra— ¡Viva la madre que te parió!

—Tú sí que eres guapa, Alejandra —respondió él, entre risas—. También a Maica y Sofía, las mejores secretarias del mundo, esas que son capaces de sacarte una sonrisa si te ven agobiado, con solo poner un café y un bollo en tu mesa —los invitados volvieron a reír—. Roberto y Andrés, quienes no me han fallado en estos años juntos en el periódico, y sé que nunca lo harán.

—Jamás, colega, ¡juntos hasta el final! —gritó Andrés.

—Mi padre solía decir que lo mejor de cada trabajo, era rodearse de aquellas personas que nos aportan, y no que nos restan, y mis compañeros me aportan cada día. Papá —dijo un poco más serio mirando al techo—, allá donde estés, este premio también es tuyo.

Yo acabé llorando mientras aplaudía, al igual que Maica y Sofía, Alejandra fingía que no, pero también se le caía alguna que otra lágrima.

Cuando Lorenzo regresó a nuestra mesa, me lancé a sus brazos y lloró en mi hombro.

' —Estaría muy orgulloso de ti —le dije.

. —Lo sé, y me jode que no haya podido verlo.

El padre de Lorenzo también era periodista, tenía solo cincuenta y dos años cuando falleció el año anterior.

Era periodista para una cadena de televisión, estaba cubriendo una noticia sobre algunos atentados sufridos en aquellas últimas semanas en Reino Unido, cuando un coche bomba hizo saltar por los aires el hotel en el que se alojaban varios periodistas de todo el mundo. No sobrevivió a las graves heridas por mucho que los médicos lo intentaron.

Le di un beso en la mejilla, nuestros compañeros lo abrazaron y palmearon la espalda, y volvió a sentarse.

La entrega de premios acabó apenas unos minutos después y nos llevaron a un gran salón donde nos deleitaron con canapés y bebidas, así como con música que hacía las delicias de los más atrevidos.

—¿Bailas?

,

La voz de Alejo a mi espalda estuvo a punto de provocar que me ahogara con el sorbo de vino. Estaba sola mientras mis compañeros y compañeras bailaban, y no esperaba tener compañía.

—No sé me da muy bien —acabé diciendo.

—Tranquila, solo tienes que dejarte llevar —respondió, quitándome la copa de la mano para dejarla en la mesa, mientras me cogía la otra.

Me llevó hasta el centro del salón donde otras parejas bailaban, colocó una mano en la parte baja de mi espalda al mismo tiempo que yo ponía la mía en su hombro, y entrelazó la otra para comenzar a bailar.

Fue deslizándose por allí tan despacio que casi no me parecía que estuviera bailando, era más como si flotara.

—No lo haces tan mal.

—Eso es porque me estás llevando tú, si dependiera de mis pasos, nos habríamos caído al menos tres veces —resoplé.

—Yo no habría permitido que te cayeras ni una sola.

Sonrió y le devolví el gesto. Me quedé mirando a todos lados menos a él, sus ojos me resultaban tan intimidantes.

—¿Te incomodo, Rocío? —preguntó.

—No, para nada.

—¿Entonces por qué no puedes mantenerme la mirada más de cinco minutos?

—Tal vez porque eres uno de mis jefes y eso impone.

—Así que soy un hombre imponente, es bueno saberlo.

—Yo no he dicho eso —fruncí el ceño y lo miré.

—Al menos me has mirado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Solo si es de fácil respuesta.

—¿Por qué me estás prestando atención últimamente?

—Desde que entraste a trabajar en el periódico, te he prestado atención. Otra cosa es que tú no lo hayas visto.

—No, ciertamente no lo vi —suspiré—. Aun así, ¿esto es porque hago horas extras y no me las pagáis? Porque puedo vivir con ello, en serio. Ni siquiera debisteis que decirle nada a Elena.

—Pero lo hicimos, y tanto mi primo, como mi tío y yo, esperamos que haya cambios al respecto.

—¿A partir de cuándo, exactamente? Porque ayer nada más darme la charla, me asignó un artículo sobre una plaga de ratas en un vecindario.

—Lo sé, y le dije que debía cambiar sus asignaciones, o yo mismo me encargaría de darte tus próximos trabajos.

—Eso me gustaría verlo, con lo testaruda que es Elena.

Eché un vistazo hacia donde estaba mi jefa, y la vi con el rostro serio, si estaba enfadada desde luego que no podía ocultarlo, y dado lo que me acababa de decir Alejo, sabía cuáles eran sus motivos.

Continuamos bailando y no podía pasar por alto el modo en el que mi jefe acariciaba mi espalda con el pulgar, pero no hablar de las veces que se inclinaba hasta mi cuello para susurrarme cualquier cosa.

—¿Quieres tomar una copa en la terraza? —me preguntó después de bailar algunas canciones, y asentí.

Fuimos hacia la barra por un par de copas de champán, Alejandra me miró con los ojos muy abiertos y el resto de compañeros sonriendo con la ceja arqueada. Estaba segura de que antes de que me fuera, mi mejor amiga me sometería a una entrevista del corazón.

En cuanto la brisa de la noche acarició mi rostro, suspiré con cierto alivio.

—Pienso lo mismo —dijo Alejo—. Estar en una sala llena de gente, hace que te quedes sin oxígeno.

—Un poco de aire fresco siempre viene bien —sonreí y nos quedamos junto a la barandilla.

—¿Qué te hizo querer ser periodista? —preguntó tras dar un sorbo a su copa.

—Quería serlo desde que era una niña, me gustaba ver las noticias con mis padres, y a los hombres y mujeres que preguntaban a los famosos en televisión.

—¿Te habría gustado ser reportera de televisión?

—No, eso no, me da vergüenza salir en la tele —reí—. Por eso preferí la prensa escrita.

—Mi padre era presentador de noticias.

—Lo sé, fue una noticia que conmocionó al país. Así lo decía siempre mi madre —Alejo asintió y se bebió la copa de un sorbo.

No pude evitar pasar la mano por su brazo a modo de consuelo, él miró ese punto que nos unía, me miró a mí, y el siguiente pasó tan rápido que no supe cómo reaccionar.

Alejo me rodeó por la cintura con el brazo, acercándose a su pecho, y sentí sus labios sobre los míos. Eran suaves, cálidos y carnosos, y cuando comenzó a abrirse paso lentamente con la lengua acariciándolos, queriendo entrar, me puse nerviosa.

^a No fue hasta que su otra mano sostuvo mi cuello con delicadeza mientras el pulgar me acariciaba la barbilla, que sentí que mi cuerpo se relajaba y le permití el acceso a mi boca.

^r Aquel beso fue, sin lugar a dudas, el mejor que me habían dado en años.

Rodeé los hombros de Alejo con un brazo, noté cómo me pegaba más a él, mientras mi cuerpo encajaba bajo el suyo de un modo que nunca creí posible.

Alejo era mi jefe, pero no por ello no me había fijado en él. No al punto de pensar que podría haber algo entre nosotros fuera de mis ensoñaciones, puesto que, como más de una mujer u hombre con ojos en la cara, debía admitir que había fantaseado con mi jefe.

Pero una cosa era fantasear y otra que estuviera ocurriendo de verdad, por lo que se me pasaron por la mente algunas preguntas.

¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué estaba pasando entre nosotros en ese momento?

—Alejo —murmuré cuando se apartó, con mi respiración entrecortada al igual que la suya, mientras mantenía la frente apoyada en la mía.

—Esto no es acoso laboral, y tampoco quiero que pienses que, si te acuestas conmigo, conseguirás mejores artículos —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Simplemente llevo demasiado tiempo sin poder dejar de pensar en ti.

Eso sí que no lo habría imaginado, ni en un millón de años.

Tragué para pasar el nudo que, de repente, se había formado en mi garganta.

—Ven a mi casa, Rocío —me pidió acariciándome la mejilla—. Quiero algo más que un beso.

^a De eso no tenía la menor duda, a juzgar por el bulto de su entrepierna que notaba en el muslo.

, En sus ojos veía el deseo y la pregunta implícita de si lo acompañaría.

¿Lo haría? ¿Iría a casa con mi jefe? Y después de que nos acostáramos...

¿Qué haría después?

Rodeé los hombros de Alejo con un brazo, noté cómo me pegaba más a él, mientras mi cuerpo encajaba bajo el suyo de un modo que nunca creí posible.

Alejo era mi jefe, pero no por ello no me había fijado en él. No al punto de pensar que podría haber algo entre nosotros fuera de mis ensoñaciones, puesto que, como más de una mujer u hombre con ojos en la cara, debía admitir que había fantaseado con mi jefe.

Pero una cosa era fantasear y otra que estuviera ocurriendo de verdad, por lo que se me pasaron por la mente algunas preguntas.

¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué estaba pasando entre nosotros en ese momento?

—Alejo —murmuré cuando se apartó, con mi respiración entrecortada al igual que la suya, mientras mantenía la frente apoyada en la mía.

—Esto no es acoso laboral, y tampoco quiero que pienses que, si te acuestas conmigo, conseguirás mejores artículos —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Simplemente llevo demasiado tiempo sin poder dejar de pensar en ti.

Eso sí que no lo habría imaginado, ni en un millón de años.

Tragué para pasar el nudo que, de repente, se había formado en mi garganta.

—Ven a mi casa, Rocío —me pidió acariciándome la mejilla—. Quiero algo más que un beso.

De eso no tenía la menor duda, a juzgar por el bulto de su entrepierna que notaba en el muslo.

En sus ojos veía el deseo y la pregunta implícita de si lo acompañaría.

¿Lo haría? ¿Iría a casa con mi jefe? Y después de que nos acostáramos...

¿Qué haría después?

Capítulo 10



¿Realmente estaba allí? ¿Había aceptado acompañar a mi jefe a su casa? ¿Cómo llegué a eso?

Oh, sí, por un beso de esos que provocaban el repentino vuelo de una bandada de mariposas en el estómago, acompañado de una leve caricia aquí y otra allá.

Alejo abre la puerta del garaje y, tras aparcar el coche, sale dejándome unos instantes para pensar. Aunque si me paraba a pensar realmente en lo que había hecho, podría arrepentirme y pedirle que me llevara a mi casa.

—¿Rocío? —mi nombre sale de su boca como si fuera una caricia.

Miro a Alejo, que está parado con mi puerta abierta y ni siquiera me había dado cuenta, y me tiende la mano.

—¿Vienes, o prefieres que te lleve a casa? —el solo hecho de que me haga esa pregunta, me estremece. ¿Será que está viendo la lucha interna que hay en mi cabeza? Cuando finalmente se agacha y su mano va hacia mi barbilla, sosteniéndola con dos dedos mientras la acaricia con el pulgar, lo veo sonreír de nuevo— No tiene que pasar nada que tú no quieras que pase, eso lo tenemos claro, ¿verdad?

No respondo de inmediato, simplemente trago el nudo que parece estar impidiéndome hablar. Finalmente asiento, él acorta la distancia con una nueva sonrisa, y me besa.

Cuando se incorpora de nuevo, lleva consigo mi mano entrelazada con la suya, me ayuda a salir del coche y tras cerrarlo, caminamos hacia una puerta que intuyo da a la casa.

—Bienvenida —dice tras abrirla y cederme el paso.

Paredes blancas, suelos grises, algunos cuadros, fotos de sus padres y de él cuando era niño y adolescente, muebles oscuros y un aroma a cítricos es lo que me recibe en el pasillo y el salón al que me lleva.

—¿Una copa? —pregunta acercándose al mueble bar.

—Sí, por favor.

—Ya creí que habías perdido la voz.

Sonrío, y al mismo tiempo me maldigo por no haber abierto la boca desde que en la terraza del teatro, acepté irme con él.

Está de espaldas a mí y me deleito observando cómo se mueve cada músculo, cómo se amolda la tela de la chaqueta a sus anchos hombros, a sus brazos, el modo en el que parece ondularse contra su espalda.

Cuando se gira con dos vasos en la mano veo que es whisky, solo que uno tiene menos cantidad que el otro, y es el que me ofrece.

Miro el líquido ambarino en mi mano, acerco el vaso a mis labios y los mojo un poco, no soy una gran fan del whisky, la verdad. Pero ese tiene un toque dulce, algo que no esperaba.

Doy un sobro y dejo que el líquido se deslice por mi garganta. El recuerdo que tenía de la única vez que probé el whisky, era esa sensación de quemazón, como si fuera a acabar ardiendo. Pero este, este no es así.

El sabor dulce se queda en mi paladar unos segundos y cuando retiro el vaso, paso la lengua por ellos retirando una pequeña gota de líquido.

—No quema —digo y Alejo suelta una carcajada.

—Por norma general, suelen ser un poco más fuertes, pero este es más suave, sí.

—Está bueno, y que yo diga eso, dado que no me gusta el whisky, es todo un cumplido.

—Lo tendré en cuenta. Ven, te mostraré la casa.

No duda en entrelazar nuestras manos de nuevo, y así me lleva por su acogedora casa. Si el salón era amplio, con un sofá en forma de L en el que podrían sentarse diez personas, y aquellas puertas que daban al pequeño jardín, la cocina no se quedaba atrás.

Azulejos blancos en las paredes y el mismo suelo gris, acompañados de unos elegantes muebles negros y

electrodomésticos de acero, con una isla en el centro donde había cuatro taburetes.

—Suelo desayunar aquí, y a veces también ceno —dijo antes de llevarme por el siguiente pasillo.

En él había un pequeño aseo para las visitas, así como una habitación reconvertida en despacho, una habitación de invitados con cuarto de baño, y al final del pasillo, el dormitorio principal, que era del tamaño de mi salón y mi cocina juntos.

—El chalet tenía cuatro habitaciones, pero yo uní dos para que la principal fuera más amplia. De ese modo tengo un gran cuarto de baño con ducha y bañera, y un armario vestidor.

Sin palabras, así me quedé al verlo. En ese armario vestidor yo podría meter una cama pequeña y dormir, y en su cuarto de baño, me pasaría las horas disfrutando de un largo y relajante baño de espuma rodeada de velas aromáticas y música mientras disfrutaba de una copa de vino.

—Tienes una casa muy bonita, amplia, pero acogedora.

—No es tan bonita como tú —murmuró acariciándome la mejilla mientras me miraba fijamente.

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda, y cuando se inclinó para besarme, cerré los ojos en cuanto sus labios se adueñaron de los míos.

Fue un beso breve, pero de esos donde nuestras lenguas se sentían tan cómodas, que el hecho de separarse era motivo de protesta.

Alejo me quitó el vaso de la mano y lo dejó en la cómoda junto al suyo. Cuando se giró, se deshizo de la chaqueta y la dejó caer sobre el sillón que tenía al lado. Siguió con la corbata y cuando esta no era un estorbo para él, comenzó a desabotonarse la camisa mientras caminaba de vuelta donde yo estaba, con la mirada fija en mí.

Su mano izquierda se posó en mi cadera al mismo tiempo que la derecha se deslizó despacio por la piel de mi cuello, esa que se erizaba con cada centímetro que avanzaba, hasta que sus dedos se aferraron a mi nuca con una leve presión.

Se inclinó, con el torso caliente y duro pegado al mío, con sus caderas peligrosamente cerca de las mías, y se adueñó de mis labios una vez más.

Cerré los ojos y llevé mis manos a su torso, subiendo despacio para sentir la suave piel que había bajo aquella camisa. Alejo pareció gruñir y a mí, se me escapó un gemido cuando noté en roce de su virilidad en mi bajo vientre.

Tuvo el descaro de moverse un poco más, dejar que su miembro rozara mi cuerpo mientras la imaginación me llevaba a ver a ese hombre desnudo y preguntarme qué me haría, de modo que la humedad comenzó a formarse entre mis piernas.

Avancé de nuevo con ambas manos por su torso, detuve una sobre el pectoral y llevé la otra hasta su cuello, lo acaricié y entrelacé los dedos en su cabello.

De nuevo un sonido gutural proveniente de Alejo, y me pegó a él con tanta fuerza que bien podría haberme quedado sin aire en los pulmones.

La mano que mantenía en mi cadera comenzó a bajar despacio, la noté en el muslo y poco después sentí que estaba agarrando la tela del vestido para subirla, hasta que la ausencia de esta provocó que se me erizara la piel ante la leve brisa que noté.

Y lo siguiente que pensé era que me ardía el muslo ante el contacto caliente de las yemas de sus dedos.

Manejó mi pierna a su antojo, subiéndola hasta que quedó alrededor de su cadera. Cuando llevó su mano a mi cintura, me alzó en brazos casi sin esfuerzo, haciendo que me aferrara a sus hombros.

Alejo era veinte centímetros más alto que yo, por no hablar de sus fuertes brazos, esos que parecían dos de los míos.

Me llevaba como si no fuera más que una ligera pluma en sus manos, y en ese momento, juraría que estaba volando.

Abandonó mi cuello y cogió mi otra pierna para llevarla alrededor de él, se giró y noté que se sentaba en la cama, dejándome a horcajadas sobre él.

Su mano regresó a mi cuello, acariciándolo despacio mientras seguíamos besándonos con esa intensidad que no parecía que fuera a disminuir, sino todo lo contrario.

A cada segundo que pasaba ambos nos entregábamos más al momento, y las preguntas de qué estaba haciendo en casa de mi jefe parecían evaporarse en la neblina de deseo que nos rodeaba.

Gemí y me estremecí al sentir su mano deslizándose al interior de mi muslo, llegando a esa zona que hacía tiempo nadie tocaba, a excepción de mí misma y en contadas ocasiones, y cuando su pulgar comenzó a tocarme el clítoris por encima de la tela, prácticamente chillé rompiendo el beso.

—Ya estás excitada, y apenas si te he tocado —murmuró besándome el cuello.

—Yo... —no podía hablar, y tampoco pensar en qué decir en ese momento mientras la lengua de Alejo se deslizaba en una lenta lamida por mi cuello, haciendo que todo mi ser se estremeciera, y su pulgar seguía haciendo perfectos círculos sobre mi clítoris, rozándolo con la tela de mi tanga.

Volvió a besarme con más urgencia si es que era posible, retiró a un lado la tela dejando expuesto mi sexo húmedo y excitado, y de nuevo su pulgar se hizo con el control del momento.

Seguía formando esos círculos perfectos y tortuosamente lentos en mi clítoris, mientras mis caderas parecían tener vida propia y se movían sobre él. Podía sentir la dureza de su miembro erecto bajo mi sexo, el modo en el que palpitaba como si luchara por ser liberado.

Alejo deslizó dos dedos por mi zona húmeda y cuando sentí que me penetraba con uno de ellos, me aparté de él dejando caer la cabeza hacia atrás, gritando y mordiéndome el labio mientras sus dientes rozaban la suave y trémula piel de mi cuello.

—Dios —murmuré mientras seguía moviendo las caderas de adelante atrás sobre su erección, haciendo un poco más fricción en mi propio sexo, lo que me estaba llevando al borde del clímax.

Retiró uno de los tirantes hasta que quedó a la altura de mi codo, hizo lo mismo con el otro y de ese modo liberó mis pechos, esos que no pude cubrir con un sujetador porque ese vestido no lo permitía.

—Justo como los llevo imaginando toda la noche —dijo antes de sostener uno con su grande y fuerte mano, acariciar el pezón con el pulgar y llevárselo a la boca.

Lamió haciendo que mi excitación fuera en aumento, y no pude evitar moverme aún más rápido.

—¿Vas a correrte? —preguntó y me dio un leve mordisco en el pezón.

—Sí —gemí.

—Eso es, pequeña, córrete para mí.

Comenzó a penetrarme más rápido al tiempo que su pulgar jugaba de nuevo con mi clítoris mientras con la lengua y los dientes atendía mis pezones.

No me llevó más de dos minutos gritar a todo lo que daban mis pulmones en ese momento mientras me corría moviendo las caderas sobre la erección de mi jefe.

Ni siquiera había terminado de liberar el clímax por completo cuando Alejo se movió tan rápido que no supe qué pasaba hasta que me encontré recostada en la cama, con la parte de arriba del vestido por debajo de mis pechos y la falda completamente arremolinada en un montón de tela en mi cintura, para sentir su lengua trabajando mi sexo a conciencia mientras volvía a penetrarme, esa vez, con dos dedos.

Nunca pensé que fuera posible enlazar un orgasmo con otro, hasta ese momento, mientras mi jefe me devoraba sin piedad haciendo que mis gritos resonaran en toda la habitación, muy probablemente en toda la casa. Por suerte los vecinos no estaban pegados pared con pared.

r
Me corrí de nuevo y con más violencia esa vez, mientras Alejo se aferraba a mis caderas para mantenerme en su boca hasta el final.

Sentía una gran dificultad para respirar, mi pecho se agitaba arriba y abajo mientras trataba de llenar de aire mis pulmones, tenía los ojos cerrados y escuchaba a Alejo desnudarse.

Cuando lo miré, estaba completamente desprovisto de ropa y su erección, esa que parecía incluso más grande y gruesa de lo que pude sentir entre mis piernas, apuntaba hacia mi sexo a sabiendas de que ese era su objetivo.

Me cogió ambas manos, hizo que me levantara y acabó quitándome el vestido, ese que cayó al suelo en un remolino de tela a mis pies.

Cogió la tela del tanga con dos dedos y fue agachándose sin apartar la mirada mientras lo bajaba. Saqué primero un pie y después el otro, quedándome fuera del vestido, se deshizo de mis zapatos y me cargó en brazos para recostarme de nuevo en la cama, colocándose entre mis piernas.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, le acaricié la mejilla y acabé entrelazando los dedos en su cabello, lo acerqué a mí, y fui yo quien lo besó.

Y como si esa fue una señal para él que indicaba que tenía permiso para adentrarse en mi cuerpo, la punta de su miembro se alineó con la entrada de mi vagina y poco a poco, centímetro a centímetro, se adentró en ella hasta que quedamos completamente unidos.

Gemí, arqueé la espalda y comencé a moverme al mismo tiempo que él, de una manera tan sincronizada que parecía que hubiéramos hecho aquello toda la vida.

l
Los segundos se convirtieron en minutos, y los minutos dieron paso a lo que parecieron horas mientras Alejo me penetraba de mil maneras diferentes hasta llevarme al orgasmo en dos ocasiones más, la última de ellas acabando él liberando su clímax al mismo tiempo que yo.

Cuando todo acabó, permanecemos unidos, respirando con dificultad y acariciando nuestros cuerpos en silencio durante unos minutos más, hasta que se retiró, me besó en los labios y con una sonrisa en los suyos, se levantó y fue al cuarto de baño.

En el momento en el que me quedé sola en su cama, la realidad me golpeó con fuerza.

1

Alejo no era un hombre cualquiera que hubiera conocido esa noche, no se trataba de un extraño al que, si no quería, no volvería a ver.

No, el hombre con el que acababa de tener el sexo más jodidamente alucinante de mi vida, era mi jefe.

—¿Qué mierda has hecho, Rocío? —murmuré mientras pensaba en mis opciones.

Pero en cuanto Alejo regresó a la habitación, me hice la dormida. Vale, eso era de cobardes, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

En ese momento, nada, nada en absoluto.

Se metió en la cama, me besó el hombro y me rodeó por la cintura mientras se pegaba a mi espalda.

Tenía que irme, tenía que salir de allí antes de que amaneciera, así que, en silencio y rezando para que él se durmiera pronto y a mí no me venciera el sueño, permanecí en la cama hasta que pudiera irme.

,

Cuando todo acabó, permanecimos unidos, respirando con dificultad y acariciando nuestros cuerpos en silencio durante unos minutos más, hasta que se retiró, me besó en los labios y con una sonrisa en los suyos, se levantó y fue al cuarto de baño.

En el momento en el que me quedé sola en su cama, la realidad me golpeó con fuerza.

Alejo no era un hombre cualquiera que hubiera conocido esa noche, no se trataba de un extraño al que, si no quería, no volvería a ver.

No, el hombre con el que acababa de tener el sexo más jodidamente alucinante de mi vida, era mi jefe.

—¿Qué mierda has hecho, Rocío? —murmuré mientras pensaba en mis opciones.

Pero en cuanto Alejo regresó a la habitación, me hice la dormida. Vale, eso era de cobardes, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

En ese momento, nada, nada en absoluto.

Se metió en la cama, me besó el hombro y me rodeó por la cintura mientras se pegaba a mi espalda.

Tenía que irme, tenía que salir de allí antes de que amaneciera, así que, en silencio y rezando para que él se durmiera pronto y a mí no me venciera el sueño, permanecí en la cama hasta que pudiera irme.

Capítulo 11



Decir que había salido de casa de Alejo como si me persiguiera el Diablo, no era una exageración.

Cuando al fin tuve la certeza de que el hombre desnudo y grande a mi lado dormía profundamente como un bebé, me escabullí de la cama sin hacer el más mínimo ruido. Recogí mi ropa, me acabé el whisky que aún permanecía en el vaso sobre la cómoda, y me vestí en el salón, donde había quedado abandonado mi bolso.

Por suerte había un juego de llaves de la casa en el mueble del recibidor, junto a la puerta de entrada, así que abrí mientras pedía un taxi.

Eran las dos de la madrugada cuando salí de aquella casa, media hora después cuando entré en la mía, mortificándome por lo que había hecho.

Tenía algunos mensajes de Alejandra que no contesté, pero ahora, a las ocho y media de la mañana del domingo, con dos cafés en el cuerpo y unas galletas de chocolate, me decidí a contestarle, puesto que se había quedado preocupada al no verme por allí. Por suerte no supo que me había ido con uno de nuestros jefes, cuando se lo contara, porque no era una conversación para mantener por teléfono, no se lo creería.

Rocío: *Estoy bien, mañana hablamos con un café. Nos vemos a las ocho en la cafetería antes de empezar a trabajar. Voy a tener el móvil apagado, hoy necesito tranquilidad.*

Y en cuanto envíe ese mensaje, le mandé otro a mi hermano para decirle que apagaba el móvil, que no me llamara ni nada antes de venir, pero que lo esperaba en casa a las ocho y media.

En cuanto la pantalla de mi móvil se quedó negra tras apagarlo, lo dejé en la encimera de la cocina y me puse otro café.

Sobraba decir que a pesar de haberme metido en la cama poco después de llegar a casa, no había pegado ojo en ningún momento.

Acabé dando más vueltas que un hámster en su rueda, reviviendo lo ocurrido y preguntándome cómo narices había acabado en la cama con mi jefe.

Como dije la noche antes, una cosa era fantasear con él, y otra que esas fantasías se hicieran realidad.

El simple hecho de recordar sus besos y caricias, hacía que mi cuerpo reaccionara con un estremecimiento de pies a cabeza.

Suspiré poniéndome en pie, lavé la taza de café y me dispuse a ponerme en modo limpieza.

El café me tenía tan acelerada que tardé apenas un par de horas entre limpiar y poner ropa a lavar.

Saqué unos filetes de pollo que compré el día anterior, empané algunos para preparar una ensalada César para comer y que quedara para la cena con mi hermano, y los otros me los hice en salsa para comer al día siguiente.

Comí viendo una película, una comedia romántica para ser exacta, y después del café me acabé quedando dormido en el sofá.

No pensé que fuera a dormir tanto hasta que noté la mano de mi hermano en el hombro.

—Rocío, que ya he llegado —dijo y al abrir los ojos, lo vi sentado a mi lado en el sofá.

—¿Ya son las ocho y media?

—Sí —sonrió.

—Me he quedado dormida tres horas —suspiré.

—Eso es por el cansancio de la semana.

—No, hermano, no es por eso —me incorporé y me miró con la ceja arqueada—. ¿Tú decías que la habías cagado por acostarte con tu ex? Pues la mía ha sido una cagada aún mayor.

—¿Qué has hecho?

—Me he acostado con mi jefe.

—¿Con don Jesús?! —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¡No, por Dios! Con Alejo, su sobrino.

—No me jodas.

—¿Es, o no es una cagada, hermano? —Me puse en pie y fui a la cocina, donde vi un par de bolsas de patatas fritas y chuches— ¿Y esto?

—Porque yo he sido reincidente en mi cagada.

—¿Has vuelto a acostarte con Ana?

—Culpable —suspiró.

—Vale, tu cagada ya ha subido de nivel. ¿Cómo fue?

a

—¿Me estás preguntado por el sexo en sí, o cómo llegamos a ello?

—Ay, por favor, por lo segundo. No quiero detalles, gracias.

—La llamé el miércoles para hablar, necesitaba saber que podríamos ser más o menos cordiales durante los últimos días de trabajo, me dijo que no debíamos haberlo hecho, que ella estaba con alguien y que no se merecía eso. Lo entendí, te juro que entendí todo y me puse en los zapatos de ese tío, si me lo hicieran a mí, me volvería loco. La abracé cuando no paraba de llorar y, acabé besándola, diciéndole la verdad, que no podía quitármela de la cabeza y que no debí ser tan gilipollas de dejarla.

—Y una cosa llevó a la otra —dije sacando la ensalada de la nevera.

—Sí, y volvió a arrepentirse de lo que había hecho. Te juro que era la misma mujer que me dejaba amarla antes, la veía en ella, seguía sintiendo lo mismo que yo.

,

—Pero está con alguien, Julio, eso la mantiene entre la espada y la pared.

—No voy a dejar de intentar recuperarla.

—Ni siquiera debiste permitirte perderla, para empezar —le reñí mientras ponía la mesa para cenar.

—Lo sé, fui un completo gilipollas.

—De los grandes, además.

—Vale, te toca. ¿Cómo acabaste en la cama de tu jefe?

—Si te soy sincera, ni yo me lo explico —suspiré—. Estábamos en la entrega de premios anoche, me pidió a bailar con él, y después de varias canciones propuso salir a tomar una copa en la terraza, necesitábamos un poco de aire fresco. Me besó, dijo que llevaba demasiado tiempo sin poder dejar de pensar en mí, acabó invitándome a su casa y acepté. No es que alguna vez pensara en querer liarme con mi jefe, pero es un hombre guapo y que tiene algo que, alguna vez, me hizo fantasear con él. Pero solo eran eso, fantasías.

—Hasta anoche —sonrió mientras nos sentábamos en la mesa.

—Hasta anoche.

—¿Y en qué habéis quedado? O sea, me refiero a si hablasteis sobre lo que pasará en el periódico, porque si a él le gustas de antes, no sé, igual...

—Me escabullí en cuanto confirmé que estaba profundamente dormido y no iba a despertarse.

—¿Hiciste, qué? —gritó con ambas cejas elevadas.

—Huir, Julio, hui de su casa como si me persiguiera el Diablo.

a

—Pues tiene que estar contento por tu huida —rio.

—No tiene gracia —protesté pinchando un buen montón de filete, queso, pan y lechuga que llevarme a la boca con la deliciosa salsa.

o

—¿Por eso apagaste el móvil?

—No, lo apagué porque me fui de la gala sin decirle nada a Alejandra y le contesté esta mañana asegurándole que le contaría todo mañana desayunando. Ella me llamaría para sonsacarme información y no estaba lista para eso.

—¿Y, cuando veas a tu jefe, qué?

—¿Qué de qué?

—Pues eso, que qué le vas a decir, por qué huiste de su cama mientras dormía.

—Que la realidad me golpeó con fuerza y que no debí acostarme con él, es mi jefe, maldita sea.

—Suerte con eso, entonces —sonrió.

—¿Por qué sonríes? —Fruncí el ceño.

—Porque, si ese hombre dijo que no puede dejar de pensar en ti, algo me dice que no va a dejarte escapar, así como así.

Se encogió de hombros y seguimos cenando mientras las noticias de la televisión nos hacían compañía.

No quería pensar en lo que acababa de decir, pero lo hacía de todos modos.

^e Tenía que hablar con Alejo, decirle que lo que había pasado entre nosotros fue un error y no debería volver a repetirse, él era uno de los jefes y yo su empleada. No podía salir nada bueno de eso.

Pero entonces, si estaba tan convencida de querer zanjar aquello y que no volviera a ocurrir, ¿por qué una parte de mi cabeza se empeñaba en recordar lo que me había hecho sentir Alejo cuando me tenía entre sus brazos?

¿Porque si apareciera en mi puerta en ese preciso instante, echaría a mi hermano de casa y me dejaría llevar por el mismo deseo que la noche anterior?

Porque en algún rincón profundo de mi ser, sabía que Alejo me gustaba y lo deseaba más de lo que nunca me había admitido a mí misma.

Porque, en el fondo, estaba segura de que esas fantasías de mi mente en algún momento desde que empezaron a tomar forma allí, quise que se volvieran realidad.

Y porque sabía que Julio tenía razón, si Alejo había dicho aquello en serio, mucho me temía que no iba a quedarse de brazos cruzados viendo cómo me escurría de entre sus dedos.

Acabaría por conseguirme.

1

2

3

Capítulo 12



Cuando llegué a las ocho de aquella mañana de lunes a la cafetería, ya estaba Alejandra esperándome en una de las mesas con dos desayunos completos.

—No has escatimado en comida —reí al acercarme.

—Algo me decía que iba a necesitar un cargamento para lo que fuera que tuvieras que contarme. Así que, ya puedes empezar. ¿Por qué te fuiste sin decirme nada? Y lo más importante, ¿con Alejo? —Arqueó la ceja.

—¿Cómo sabes...?

—Maica regresaba del cuarto de baño cuando os vio salir. ¿Te llevó a casa?

—No.

—¿Entonces?

—Me llevó a la suya.

—¿Qué?

Y así fue como, entre cafés, zumos de naranja, tostadas de jamón y un par de croissants a la plancha, le conté lo que había hecho la noche de la entrega de premios.

Alejandra me miraba sin decir una sola palabra, se limitaba a escucharme relatar mi noche, la más loca de toda mi vida si me lo preguntaban, porque jamás se me habría pasado por la cabeza tener un lío con mi jefe.

—Espera, ¿hiciste qué? —gritó con los ojos muy abiertos.

—Me fui en mitad de la noche.

—Y te llamaría ayer para preguntar por qué lo hiciste, por eso apagaste el móvil.

—No fue por eso, es que sabía que, si no te decía eso, me llamarías y no podía hablar del tema, aún estaba con la cabeza hecha un lío. Pero no me llamó, no tenía llamadas perdidas de un número desconocido de ayer.

—¿Número desconocido? —Frunció el ceño— ¿No os intercambiasteis los teléfonos?

—¿Qué parte de hui de su cama en mitad de la noche no has entendido, Alejandra?

—Madre mía, nena, te has acostado con el jefe.

—Por favor, no me lo recuerdes —suspiré.

—Entonces, por lo que te dijo, ¿tú le gustas?

—No lo sé, quizás tan solo lo dijo para asegurarse una noche de sexo.

—Bueno, dado el historial de amantes de una noche, o una semana como mucho, que tienen tanto él, como Mario no sería algo de extrañar, la verdad.

—Por no hablar de Elena —le recordé.

—Mierda, es verdad. Alejo se ha acostado en alguna ocasión con ella.

—Alejandra, esto que no salga de aquí, por favor.

—No, no, tranquila, mis labios están sellados —dijo, mientras se llevaba dos dedos a una de sus comisuras y, como si de una cremallera se tratara, los deslizó hasta la otra para después hacer el gesto de que tiraba una llave invisible—. Ahora, no me negarás que no te has coronado como la reina de los empleados. No has tenido sexo con ninguno de los chicos desde que llegaste, y te has acostado con uno de los jefes —rio.

—Madre mía, eso es lo peor.

—No es tan malo, Rocío —me cogió la mano por encima de la mesa—. Dime qué mujer, o qué hombre que juega en otra liga, con dos ojos en la cara, no se sentiría atraída por Alejo o Mario. Son dos buenos especímenes

masculinos que llevarse a la cama, dos bombones de licor que degustar hasta la saciedad. Mario, sobre todo, es de esos que te hace arder con solo una mirada.

—¿Te gusta Mario?

—¿No acabo de decirte que a cualquiera con dos ojos en la cara le gustaría? —sonrió.

—No puede enterarse nadie, Alejandra, nadie —repetí señalándola con el dedo.

—No te preocupes, que no diré nada al respecto.

Terminamos nuestros cafés y fuimos hacia las oficinas, en cuanto salimos del ascensor vi a Sofía, la secretaria de Alejo y Mario, acercándose a nosotras.

—Venía a buscarte, Rocío —dijo.

—¿A mí?

—Sí, Alejo quiere que vayas a su despacho.

, —¿Yo? ¿Para qué?

—No me lo ha dicho —se encogió de hombros.

Miré a Alejandra, que por más que intentaba disimular, no podía y se le escapaba la sonrisa. Dejé mis cosas en el cubículo y fui al despacho de Alejo.

Con cada paso que daba, siendo consciente de lo cerca que estaba de llegar, el corazón me latía con más fuerza.

Di un par de golpes en la puerta, cuando lo escuché darme paso, tomé aire y abrí la puerta, mirando hacia el suelo al entrar.

1

—¿Querías verme? —pregunté, y lo siguiente que escuché fue la puerta cerrándose a mi espalda.

Pero no me dio ni tiempo a mirar hacia ella, puesto que la mano de Alejo atrapó la mía, tiró de mí y acabé impactando contra su cuerpo, donde sus labios esperaban a los míos.

1

Me perdí en aquel maldito beso que hacía que todo mi cuerpo se estremeciera, mientras las manos de Alejo se

deslizaban por debajo de mi camiseta, tocando con sus calientes yemas cada rincón de piel que encontraba a su paso.

Cuando me pegó aún más a él y me envolvió el aroma de su perfume, mientras sentía su entrepierna comenzando a crecer bajo los pantalones, gemí.

Él sonrió en respuesta y no tardó en cargarme en brazos, haciendo que le rodeara la cintura con las piernas, y tras girar sentí la pared en mi espalda.

Movía sus caderas haciendo que nuestros sexos se rozaran y, aun con la ropa puesta, podía notar su dureza así como la humedad que comenzaba a formarse entre mis piernas.

Aquello me golpeó con fuerza, la realidad de quiénes éramos y dónde estábamos llegó como un huracán a mi mente.

—Alejo —dije entre besos mientras trataba de apartarlo, empujándolo por los hombros—. Alejo, no podemos... Aquí no.

—No nos ve nadie, no nos escucha nadie, y me debes el despertar que pensé que tendríamos ayer —murmuró mientras me besaba el cuello y mordisqueaba mi hombro.

—Alejo...

—¿Por qué te fuiste? —preguntó mirándome al fin— Te escabulliste de mi cama sin ni siquiera dejarme una nota. Quise llamarte ayer y no tenía tu número.

—Yo...

—Responde, Rocío, ¿por qué? —no parecía enfadado, tampoco molesto, sino confuso.

—Porque me di cuenta de que había sido un error.

—¿Te sentiste bien conmigo?

—Sí, pero...

—¿Te gustó? ¿Querías que aquello pasara?

—Sí.

—Entonces, no fue un error, pequeña. Los errores no se sienten bien —murmuró volviendo a besarme.

—Pero eres uno de mis jefes, eso no está no bien.

—No creo que seas la primera persona, y tampoco la última, que se acuesta con su jefe.

—No soy como el resto de la gente —fruncí el ceño.

—Lo sé —sonrió—. Eres mil veces mejor que muchos de ellos.

—No debió pasar, Alejo, y no debería volver a pasar.

—Pues tenemos un problema, pequeña.

—¿Qué problema?

—Que yo quería que pasara al igual que tú, y que deseo que vuelva a pasar.

Sentenció aquella frase con un beso voraz y desesperado que me hizo gemir.

Me dejó llevar en brazos y acabó sentado en su silla giratoria conmigo a horcajadas sobre las piernas.

Deslizó las manos de nuevo por mis costados y cuando sus pulgares comenzaron a trabajar en tentadores círculos alrededor de mis pezones sobre la tela del sujetador, no pude evitar moverme sobre él cuando su miembro palpitó bajo mi sexo.

Sabía que tenía razón, nadie podía vernos ni entraría allí porque había cerrado la puerta con el cerrojo, pero sí nos escucharían si hacíamos demasiado ruido.

Volví a apartarme y lo mantuve lejos de mis labios mientras ambos respirábamos.

Me armé de valor y dije las palabras convencida de que debíamos parar.

—No puede volver a pasar, si alguien se entera...

—No tienen por qué enterarse, suelo ser discreto —sonrió y me mordió el cuello.

—Hablo en serio, Alejo. Lo de la otra noche no debió pasar.

—Pero pasó, Rocío, y lo deseaba desde hacía tanto que te juro que, cuando desperté y no estabas, pensé que lo había soñado.

—Entonces, finjamos que así fue.

Frunció el ceño y lo dejó tan descolocado con mis palabras, que no me detuvo cuando intenté levantarme.

En ese momento llamaron a la puerta y la voz de Elena resonó desde el pasillo.

—¿Alejo? —preguntó tras intentar abrir— Sé que estás ahí. Abre.

Suspiré, mientras la realidad me golpeaba de nuevo. Mi jefa directa se había acostado con él algunas veces.

Miré a Alejo por encima del hombro y vi que se ponía en pie, mientras caminaba hacia mí, sentía mi corazón latiendo aún más rápido si es que era posible.

—No hemos terminado, pequeña —susurró acariciándome la mejilla—. Esto es solo nuestro principio.

Me dejó allí para abrir la puerta y en cuanto Elena me vio, se le borró la sonrisa de inmediato.

—¿Estabas encerrado con ella? —preguntó frunciendo el ceño.

—Estábamos hablando, no quería que nadie nos interrumpiera.

—¿Habéis acabado? Tengo trabajo del que hablar contigo —dijo, pasando por su lado y después por el mío, mirándome de arriba abajo.

—Sí, hemos terminado —respondió él, y esa fue mi señal para avanzar hacia la puerta—. Pero solo por el momento, pequeña —me susurró haciéndome un guiño.

Salí del despacho de Alejo y regresé a mi cubículo, donde me dispuse a pasar el resto de la jornada trabajando en lo que fuera que Elena me asignara.

Capítulo 13



No era de extrañar que fueran las siete, mi hora de salida, y estuviera aún atrapada en la redacción de un artículo.

Solo a mi querida jefa, Elena, se le podía ocurrir asignarme un artículo a las doce, visitando un mercado de productos típicos de uno de los pueblos vecinos, para que tuviera que regresar a las cinco de la tarde al periódico.

No me cabía la menor duda de que esa mujer lo hacía todo a propósito, de verdad que sí.

—¿Te queda mucho, cariño? —preguntó Alejandra, acercándose a mí.

—Media hora, más o menos.

—Vale, te espero y...

—No, no me esperes. En cuanto acabe me iré a casa, me daré una ducha y pasaré el resto del día hasta la hora de acostarme, tirada en el sofá viendo la tele.

—Suen a fiesta salvaje —rio.

—Para mí, lo es.

—Vale, nos vemos mañana entonces —me besó en la mejilla y se fue, agitando la mano.

Como siempre, era la última de los redactores en irme.

Sofía y Maica, se despidieron de mí unos minutos después, al igual que don Jesús y Mario, quienes se marcharon juntos, por lo que todo apuntaba a que Alejo seguía estando en su despacho.

—Mierda, tengo que acabar para irme antes de que salga —murmuré, mientras tecleaba a toda prisa, antes de maquetarlo para enviar a edición.

Apenas si me quedaba que añadir la foto principal y el título del artículo, cuando escuché su puerta abrirse, y sus pasos no tardaron mucho más.

—¿Aún aquí? —preguntó.

—Sí, pero ya estoy terminando. ¿Y tú?

—Me queda algo de papeleo por hacer. Voy por un café. ¿Quieres uno? —Señaló hacia la máquina.

—No, gracias.

Alejo asintió, fue por el café y poco después regresó a su despacho, cerrando la puerta tras él.

Suspiré aliviada y me centré en terminar el artículo, me aseguré de que al enviarlo a edición le llegaba una copia a Elena, y comencé a recoger mis cosas para irme.

Y me habría ido, debería haberme ido en vez de estar caminando hacia el despacho de Alejo para avisarle de que me marchaba, pero no me parecía bien simplemente irme sin hacerle saber que se quedaba solo en las oficinas.

—Pasa —dijo cuando llamé a la puerta.

—Me marchó ya —tan solo asomé la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—¿Sobre qué has escrito hoy?

—Un mercado de productos típicos de uno de los pueblos vecinos.

—¿Elena sigue sin asignarte nada más que eso?

—Ajá.

—Volveré a hablar con ella.

—No —abrí la puerta del todo y entré—. No le digas nada al respecto, eso solo hará que...

—¿Qué?

—Que piense que soy algo así como una protegida de los jefazos. Sé que me dará otros artículos, solo debo esperar.

—Está bien, no hablaré con ella.

—Gracias. Bueno, yo, me voy ya.

—No muerdo, Rocío —dijo de repente—. Puedes acercarte más —sonrió.

—Es que me voy a casa.

—¿Te espera alguien? ¿Un novio, tal vez?

—Si tuviera novio, la otra noche no me habría acostado contigo.

—No sabes cuánto me alegro de escuchar eso —respondió mientras se ponía en pie.

Llevaba la chaqueta desabotonada, por lo que mis ojos fueron directos a esa zona en la que vi unos abdominales, que bien podrían estar en una de esas fotos promocionando perfumes masculinos con el modelo sin camisa, o sencillos pantalones de pijama mientras ese hombre tomaba una taza de café en su cocina.

Dios mío, otra vez con esas fantasías en las que mi jefe tenía tendencia a colarse.

—Me gustaría invitarte a cenar —dijo acariciándome la mejilla con los ojos fijos en los míos.

—¿Hoy?

—También —sonrió—. Me refería al viernes. Te invito a pasar el fin de semana en mi casa.

—Has dicho a cenar, y ahora, ¿es el fin de semana entero? —Arqueé la ceja.

—Quiero conocerte fuera de este lugar —contestó mirando el despacho—. Quiero saber más cosas sobre ti, Rocío

—Tampoco hay mucho que saber, no tengo una vida demasiado interesante.

—Eso seré yo quien lo juzgue —me acarició el labio con el pulgar y sentí que las malditas mariposas volvía a tomar su vuelo.

Sus ojos no se apartaban de los míos, y cuando vi la determinación en ellos, supe que estaba destinada a fracasar en el intento por evitar caer de nuevo ante el deseo que me invadía.

Se inclinó, acortando a cada segundo la distancia que separaba nuestros labios, y me besó.

El calor me subió de repente por todo el cuerpo, y cuando Alejo me pegó a su cuerpo como había hecho por la mañana, gemí como si hubiera estado esperando que aquello ocurriera.

Pero no lo esperaba, ni siquiera había pensado en ello durante todo el día, hasta ese momento.

No le costó apenas alzarme en brazos, y al igual que hizo por la mañana, se sentó en su silla conmigo a horcajadas sobre las piernas.

Deslizó ambas manos por debajo de la camiseta haciendo que toda mi piel se erizara ante su contacto, volvió a retirarlas y no tardó en quitarme la camiseta.

—Alejo.

—No hay nadie más que nosotros —dijo, y volvió a besarme.

Sentí sus manos en la espalda, desabrochando el sujetador, ese que acabó en el suelo de su despacho junto con la camiseta.

Cuando se apartó, el brillo de sus ojos se intensificó al ver mis pechos desnudos, esos que no tardó en cubrir con ambas manos, masajearlos despacio, jugar con los pezones entre sus dedos, y llevarse primero uno, y después otro, a la boca.

Lamió, mordió y saboreó cuanto quiso mientras yo notaba cómo mi excitación iba en aumento.

Cuando me escuchó gemir, me cogió por la cintura para dejarme de pie en el suelo y, sin dejar de mirarme a los ojos con ese deseo que podía sentir en mi propia mirada, me quitó los pantalones y la braguita, dejándome completamente desnuda.

).

Retiró algunas cosas de su escritorio y me sentó allí, me quitó los zapatos, hizo que me recostara sobre la fría madera y, tras separarme las piernas y colocarlas sobre sus hombros, comenzó a lamer lentamente mi sexo.

—Oh, Dios —murmuré cerrando los ojos mientras sentía su húmeda lengua en esa zona de mi cuerpo.

Arqueé la espalda y gemí, grité y chillé durante lo que me parecieron horas mientras Alejo se daba un festín con mi clítoris y me penetraba con dos dedos.

Me corrí con fuerza y sentí un escalofrío recorriéndome la espalda.

Escuché su silla siendo arrastrada, lo miré y entre la neblina que quedaba tras un colosal orgasmo, vi cómo se desprendía de toda su ropa, quedándose completamente desnudo al igual que estaba yo.

Me penetró de una vez, entrelazando nuestras manos sobre su escritorio mientras me miraba. Comenzó a jugar con mis pezones entre los dientes, tirando de ellos, arrancándome un grito tras otro, y sin dejar de entrar y salir en lo más profundo de mi cuerpo, volvió a besarme de nuevo.

Hizo que me corriera por segunda vez, atrapándolo con mis piernas alrededor de la cintura para que no se apartara

Y no solo no lo hizo, sino que, tras mi orgasmo, me cogió por la cintura y me llevó hasta uno de los ventanales donde pegó mi espalda mientras seguía bombeando una y otra vez, dentro y fuera, besándome como si el mundo se fuera a acabar esa noche y esa fuera la última vez que disfrutaría de una mujer.

Rompió el beso, apoyó la frente en mi hombro, le rodeé con ambos brazos mientras mantenía la cabeza sobre el cristal que había a mi espalda, me agarré a él, e incluso clavé alguna uña en su espalda, y cuando supe que los dos estábamos al borde de alcanzar el clímax, me dejé llevar por el momento.

Chillé cuando el orgasmo me atravesó por completo, Alejo continuó penetrándome con fuerza mientras su propio orgasmo lo alcanzaba, y sentí que me quedaba completamente laxa en sus brazos en el momento en el que todo acabó.

A ambos nos costaba respirar, estábamos agitados y sudorosos junto a aquel ventanal desde el que cualquiera podría vernos. Pero entonces recordé que los cristales con los que fue construido ese edificio, permitían solo la vista desde el interior hacia el exterior, y no al contrario.

—No sé qué tienes, pequeña, pero me cuesta mantener las manos alejadas de ti —dijo acariciándome la espalda, aún en mi interior, mientras me miraba fijamente.

Me dio un beso rápido y regresó al escritorio, me dejó en el suelo y me ofreció la camiseta y la braguita para que me vistiera, mientras que él solo se puso el bóxer antes de sentarse en la silla y arrastrarme a su regazo.

—Entonces, cenamos el viernes y pasas el fin de semana en mi casa —dijo acariciándome la pierna, mirándome con esos ojos del color del chocolate caliente.

—No he dicho que sí.

—Pero lo dirás —sonrió y me besó.

—¿Desde cuándo este repentino interés por mí, si puede saberse? —interrogué con la ceja arqueada.

—Prácticamente desde el primer mes que trabajaste aquí. Me decía a mí mismo que no me acercara, que eras una empleada, pero cuando entendí que no iba a poder sacarte de mi cabeza, ni siquiera acostándome con otras mujeres, supe que tenía que hacer algo. Me costó decidirme, pero finalmente me dije que, o era en la entrega de premios, o no sería nunca —dejó un beso en mi cuello.

—Pero entre tú y Elena...

l.

—Hace mucho de la última vez —me cortó, y tan solo asentí.

Me parecía bien si no quería hablar sobre ese tema, no me agradaba la idea de pensar que había estado con ella, del mismo modo que estaba ahora conmigo.

Y entonces caí en algo.

—Todas esas veces que te quedabas hasta tarde en el despacho, cuando yo estaba trabajando, ¿era por eso? ¿Porque yo estaba aquí?

—No todas, pero la mayoría, sí.

Aquello me resultaba realmente sorprendente. Jamás hubiera imaginado que mi jefe estuviera interesado en mí, y ahí estábamos, envueltos por el rastro del sexo que acabábamos de tener, acariciándonos el uno al otro.

—Debería irme a casa —dije tratando de no arrepentirme por lo que había pasado, otra vez.

—Puedo acompañarte, si quieres.

—No, tengo mi coche aquí —sonreí.

Le di un beso rápido y me vestí ante su atenta mirada, mientras él permanecía sentado en su silla llevando únicamente el bóxer.

Cuando terminé, se puso en pie y me abrazó desde atrás.

—Acepta, Rocío —me pidió—. Pasa el fin de semana conmigo.

—Lo pensaré.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —preguntó besándome el cuello.

—No sé, ¿qué harías para convencerme? —arqueé la ceja, sonrió y me dejó marchar.

Debía estar loca, no solo por haberme acostado con mi jefe, dos veces, sino para estar pensando en irme a pasar el fin de semana con él.

—No, tengo mi coche aquí —sonreí.

Le di un beso rápido y me vestí ante su atenta mirada, mientras él permanecía sentado en su silla llevando únicamente el bóxer.

Cuando terminé, se puso en pie y me abrazó desde atrás.

—Acepta, Rocío —me pidió—. Pasa el fin de semana conmigo.

—Lo pensaré.

—¿Qué puedo hacer para convencerte? —preguntó besándome el cuello.

—No sé, ¿qué harías para convencerme? —arqueé la ceja, sonrió y me dejó marchar.

Debía estar loca, no solo por haberme acostado con mi jefe, dos veces, sino para estar pensando en irme a pasar el fin de semana con él.

Capítulo 14



Los días fueron pasando y mis artículos seguían siendo los mismos. Ferias, concursos, e incluso una exposición de cuadros que llevaba a cabo una asociación de personas mayores.

Esa al menos sí la había podido disfrutar esa mañana, porque se les veía felices con lo que hacían.

En cuanto a Alejo y a mí, no había pasado un solo día sin que me llamara a su despacho en algún momento de la jornada solo para robarme algunos besos. Me parecía estar viviendo un sueño.

Por no hablar de sus métodos de convicción para que me fuera a pasar el fin de semana con él.

Me entregaron bombones, flores, incluso un desayuno, todos ellos con una nota, y salvo Alejandra, que sabía de quién eran, el resto de mis compañeros, así como Elena, pensaban que tenía una especie de admirador, o que se trataba de un ligue que había conocido una de esas noches.

Era viernes y tras salir de la exposición, fui a casa de mis padres para comer con ellos y Julio, como cada semana.

—He llegado —anuncié cerrando la puerta, y me recibió el inconfundible olor de las croquetas de mi madre y la sopa de pescado de mi padre.

—Hola, cariño —mi madre me abrazó al verme entrar en la cocina.

—¿Qué tal se está de vacaciones? —pregunté cogiendo una patata frita de la fuente, lo que hizo que me ganara un manotazo de parte de mi madre— ¡Auch!

—La misma manía que tu hermano de coger comida antes siquiera de sentaros en la mesa.

—Tengo hambre, vengo directa de una exposición y solo me tomé un café a media mañana.

—A mamá no le valen excusas, hermanita —dijo Julio, dándome un beso en la frente.

—Vamos, terminar de poner la mesa que voy llevando la comida —ordenó.

Mi hermano se encargó de los platos y cubiertos, yo de los vasos y la bebida. Cuando entramos en el salón y vi que tampoco estaba allí mi padre, le pregunté a Julio y dijo que estaba hablando por teléfono en el jardín.

Aproveché para hablar con él de nuestras maravillosas cagadas.

—Me volví a liar con mi jefe —dije.

e

—¿Qué?

—El lunes a última hora, en su despacho.

—¿Has follado con tu jefe en el trabajo? —Me miró con ambas cejas elevadas—. Hermanita, soy tu fan. Me postro a tus pies y te hago reverencias —y lo hizo, sacándome una sonora carcajada.

—Levanta, bobo.

Le conté lo de sus llamadas para ir al despacho, incluso con la excusa de que le llevara un café cuando me veía con uno en la mano, incluso lo de su invitación e insistencia en que me fuera a pasar el fin de semana con él.

—¿Y qué vas a hacer? Porque ya es viernes.

—No lo sé, Julio —me senté en la silla—. Esto es una cagada muy gorda, es mi jefe.

—Él mismo dijo que no tiene por qué enterarse nadie, así que —se encogió de hombros—. Y aunque Alejandra esté al corriente del asunto, los dos sabemos que ella nunca dirá nada.

—¿Y si alguien se acaba enterando? Yo, me muero.

l

—No tiene por qué.

—¿Has vuelto a hablar con Ana?

—Todos los días, por mensaje. Tengo la sensación de que su pareja sospecha algo, pero no me lo quiere decir.

Solo le escribo para saber cómo está, ya sabes.

—¿Y si después de lo que ha pasado, se queda en nada? Quiero decir, si Ana no deja a su pareja para volver contigo.

—Lo entenderé, yo fui el idiota que se acobardó y mandé todo a la mierda.

—Hola, hija —nos giramos al escuchar a mi padre, sonreí y le di un par de besos.

—Ya está aquí la comida —anunció mi madre, entrando en ese momento.

Miré a Julio y, a juzgar por su ceja arqueada, igual que la mía, él también sospechaba que nuestros padres nos habían permitido unos minutos a solas para hablar. Parecería una locura, pero ellos siempre habían sabido cuándo necesitábamos una charla de hermanos.

Nos sentamos a la mesa y disfrutamos de la compañía y la comida. Nuestros padres comentaron que estaban pensando hacer un crucero ese verano y los animamos a que lo hicieran.

Hacía mucho que no se iban de vacaciones, tan solo se iban los fines de semana con el coche para visitar algunos pueblos no muy lejos de la ciudad para hacer un poco de turismo y comer.

—Uno de los cruceros que hemos visto, es hasta Grecia —comentó mi madre—. Y nos gustaría ir.

—Pues claro que sí, mamá. Os habéis ganado unas buenas vacaciones —sonreí.

—¿A mí, me podríais llevar en la maleta? —preguntó Julio.

—Mejor en un baúl, hijo, que es más grande —contestó mi padre, y comenzamos a reírnos los cuatro.

El crucero duraría un mes, al parecer visitarían varias ciudades y después estarían un par de semanas en Grecia antes de regresar. Tanto Julio, como yo, estábamos encantados de que fueran a vivir esas vacaciones tan merecidas, pero les echaríamos de menos en nuestras comidas de los viernes.

Después del café me despedí hasta el siguiente viernes y regresé al trabajo, tenía que redactar y maquetar el artículo sobre la exposición y quería acabarlo a tiempo para irme a casa a las siete.

Cuando llegué a las oficinas encontré una caja sobre el escritorio en mi cubículo y sabía que era cosa de Alejo. La cogí mientras me sentaba, y al abrirla encontré bombones con letras que formaban una pregunta.

“¿Te he convencido?”

Tres palabras, tan solo tres que me sacaron una sonrisa.

Eché un vistazo hacia el pasillo y vi que la puerta de su despacho estaba cerrada, así que dejé allí aquellos bombones y me centré en redactar el artículo con las notas que había tomado sobre la exposición.

Alejandra me envió un mensaje diciéndome que no nos veríamos esa tarde porque estaba cubriendo una noticia, a parecer había un nuevo romance entre un importante empresario y una de las actrices del momento. Algo normal en nuestra sociedad, si no fuera porque el empresario en cuestión acababa de divorciarse y eso olía a que llevaban juntos desde mucho antes.

El constante sonido de las teclas de mis compañeros y de las mías propias, mezclado con llamadas de teléfono, nos acompañó hasta las siete en punto, momento en el que di a enviar el artículo maquetado para su edición.

Elena salía justo en ese instante de su despacho y me miró con una sonrisa malévola.

—¿Te quedarás hoy también hasta tarde? —preguntó.

—No, acabo de enviar el artículo a edición.

Frunció el ceño, y fue como si eso le hubiera sentado como una bofetada en la cara. Esa mujer me odiaba por razones que yo no lograba entender.

—Debe haberte llegado la copia del e-mail, pero, si ya tenías el ordenador apagado, y el móvil en el bolso, no la has visto —me encogí de hombros y comencé a recoger mis cosas.

No me pasó por alto el modo en el que miraba la caja, por suerte estaba cerrada y ya me había comido casi todos los bombones.

—¿De nuevo tu admirador enviándote regalos? —interrogó.

—Ajá.

—¿Quién es?

—Nadie que conozcas —mentí.

—¡Por fin libres! —gritó Mario, quien hizo que me aguantara la risa delante de Elena, a diferencia de los demás que se reían abiertamente— Dos días lejos de la oficina, qué maravilla.

—Hijo, cualquiera que te oiga pensará que no te dejo levantarte del escritorio ni salir de tu despacho —comentó don Jesús.

—Pues casi, que es mi primo el que me tiene esclavizado.

l

Evité mirar a Alejo, pero sabía que él sí me miraba a mí, así como la caja.

—Veo que tu admirador ha vuelto a enviarte un detalle —dijo Alejo, con las manos en los bolsillos.

—Eso parece, pero no quiere decir quién es —respondió Elena.

—¿Vas a verlo hoy? ¿O el fin de semana?

—Alejo, deja a la muchacha, no seas cotilla —le reprendió su tío con una sonrisa.

No contesté, tan solo me encogí de hombros mientras sentía la mirada de Elena puesta sobre mí constantemente.

—Que tengan un buen fin de semana —dije a modo de despedida cuando pasé por el lado de los cuatro.

—Alejo, iba a tomarme una copa antes de irme a casa, ¿te apetece acompañarme? —le propuso Elena mientras me alejaba.

—Lo siento, pero ya tengo planes.

—Oh, bueno, y, ¿qué tal una cena mañana?

—Mis planes son para todo el fin de semana.

Ella no contestó, yo entré en el ascensor con Sofía y Maica, que se iban en ese momento, y bajamos hasta el aparcamiento.

—Elena quiere volver a engatusar a Alejo —comentó Sofía—. Lleva toda la semana yendo a su despacho con alguna excusa. El pobre me pide que le diga que está ocupado y ella insiste en que tiene que verle. Os juro que ayer la escuché insinuarse cuando abrí la puerta para darle una carpeta, y ella estaba inclinada sobre su silla

mostrando todo el escote abierto que tenía.

—¿Qué hizo él? —pregunté con la voz casi temblorosa, mientras apretaba la caja de bombones.

—Le pidió que se fuera, y le dijo que no quería nada con ella.

Suspiré aliviada al saberlo. Él mismo me había dicho que hacía tiempo que no había pasado nada entre ellos, pero conocía a Elena, y sabía que, cuando quería algo, no paraba hasta conseguirlo.

—Vamos a tomar una copa con los chicos, nos esperan en el bar —dijo Maica cuando estábamos llegando a los coches, momento en el que escuchamos el ascensor abrirse, al mirar vi a Alejo saliendo con su primo y su tío—. ¿Vienes? —me preguntó Maica.

—No, me voy a casa, estoy agotada.

—No me extraña, Elena te tiene toda la semana de aquí para allá —comentó Sofía—. Nos vemos el lunes.

—Divertíos este fin de semana —sonreí.

Fui hacia mi coche y vi a Mario y a don Jesús subir a los suyos. Alejo me miraba, sonrió antes de abrir la puerta y entrar, y yo saqué las llaves del bolso para subir al mío.

Todos ellos se marcharon y cuando estaba a punto de salir de mi aparcamiento, Alejo paró su coche delante del mío.
e

—¿Qué haces? Déjame salir —dije por la ventanilla.

—No, hasta que me des una respuesta.

—No puedes estar hablando en serio —elevé ambas cejas.

—Muy en serio.

Tanto, que paró el motor de su coche y se quedó allí, sentado, echando un vistazo al móvil.

—Alejo, por favor, aparta el coche.

—¿Vas a darme una respuesta? —preguntó sin mirarme.

—Si te la doy, ¿apartarás el coche y me dejarás irme?

—Ajá —seguía sin mirarme.

—Vale. No. Esa es mi respuesta.

—Lástima, no es la respuesta correcta —se encogió de hombros, mirándome al fin.

—¿Qué? Has dicho que me dejarías marchar si te daba una respuesta.

—Una respuesta afirmativa, pequeña. Esa es la única respuesta válida en este momento.

—Alejo, aparta el coche, o te juro que te aparto yo.

—No creo que quieras estropear tu coche.

—No necesito estropear mi coche, solo el tuyo.

Alejo arqueó la ceja, me miró y se cruzó de brazos poco después.

Suspiré, bajé del coche y tras coger del maletero la llave que Julio dejó ahí la última vez que tuve un pinchazo, me acerqué a él de modo amenazante.

—¿Qué haces? —Me miró con los ojos abiertos.

—Aparta el coche —levanté la llave.

No pensaba usarla, no estaba tan mal de la cabeza, solo quería ver su reacción, dado que sabía que, para muchos hombres, su coche era algo así como su bebé.

—Te cuento tres, o te quedas sin retrovisor. Uno —empecé a enumerar—. Dos —no se apartaba, solo me miraba—. Tres —y no hice nada. Alejo sonrió y yo resoplé—. ¿Tengo que contar otra vez?

—No hace falta, pequeña —dijo saliendo del coche y llegó hasta mí—. Porque sé que no harías nada. Y, si así fuera, ¿qué me importa? Es solo un coche, puedo dar parte al seguro y decir que alguien, en un acto vandálico, me lo ha roto —apoyó ambas manos en mi cintura y me miró fijamente—. ¿Por qué no quieres venir el fin de semana a mi casa?

—Porque eres mi jefe.

—Fuera del periódico, no lo soy. Acepta, Rocío, ya te dije que quiero que nos conozcamos fuera de aquí —se inclinó y me besó.

Fue uno de esos besos que me había estado dando toda la semana, solo que en su despacho hacía por apartarme con el temor de que alguien pudiera vernos. Allí, en ese momento, no corríamos el riesgo de que lo hicieran.

—Tendría que coger algo de ropa de mi casa —dije en un susurro cuando se apartó.

—Entonces vamos, dejas allí el coche y vamos con el mío.

Asentí, pero lo hice además convencida de que aquello era una locura.

—Porque eres mi jefe.

—Fuera del periódico, no lo soy. Acepta, Rocío, ya te dije que quiero que nos conozcamos fuera de aquí —se inclinó y me besó.

Fue uno de esos besos que me había estado dando toda la semana, solo que en su despacho hacía por apartarme con el temor de que alguien pudiera vernos. Allí, en ese momento, no corríamos el riesgo de que lo hicieran.

—Tendría que coger algo de ropa de mi casa —dije en un susurro cuando se apartó.

—Entonces vamos, dejas allí el coche y vamos con el mío.

Asentí, pero lo hice además convencida de que aquello era una locura.

Capítulo 15



Cuando Alejo aparcó el coche en su garaje y bajamos, cogió mi bolsa de deporte y se la cargó al hombro para entrar en la casa.

—Puedes darte una ducha y ponerte cómoda si quieres, después preparamos algo de cenar —dijo mientras me llevaba a su habitación.

—Vale. ¿Tú vas a ducharte?

—¿Es una invitación, pequeña? —arqueó la ceja y sonrió de medio lado.

—No, no lo es —me sonrojé y él se inclinó para besarme el cuello.

—Tranquila, me ducharé después de ti —hizo un guiño y se quitó la chaqueta.

—Mejor hazlo tú primero, yo guardaré la ropa en... —Miré hacia la cómoda y después el vestidor, sin saber dónde podría colocar la ropa que había llevado.

—Hay un espacio libre en el vestidor —dijo—, puedes colocarla ahí.

Asentí, cogiendo la bolsa, y mientras iba al vestidor Alejo se desnudó sin importarle lo más mínimo que yo estuviera ahí delante.

Colgué los pantalones y las camisetas, guardé la ropa interior y el pijama en un cajón, y cogí un pantalón corto y una camiseta que había llevado para ponerme para estar por la casa.

Alejo salió del cuarto de baño tras apenas cinco minutos, y lo hizo con la toalla alrededor de sus caderas, dejando visible la perfecta V en ellas, el torso cubierto de pequeñas gotas de agua, y el cabello húmedo y alborotado.

—Todo tuyo —dijo.

—¿El qué?

—El baño —sonrió—. Pero, si me quieres a mí, estoy dispuesto a escuchar propuestas.

—Ay, por Dios —pasé por delante de él con la ropa en la mano y soltó una carcajada.

—Puedes lavar la ropa, si quieres.

—Oh, no te preocupes, no vamos a ponerla solo para cuatro cosas.

—Tengo algo de ropa que lavar también, llévala luego a la cocina.

Asentí y entré en el cuarto de baño, soltando el aire y necesitando meterme en la ducha.

Olía a él, al gel y el champú que usaba, y a su perfume.

Me duché rápido, me vestí allí mismo y en cuanto acabé, sequé bien el cabello con el secador que había cogido de mi casa y me lo recogí en un moño deshecho.

Alejo no estaba en la habitación cuando salí, así que llevé la ropa y las toallas conmigo a la cocina, donde lo encontré vistiendo únicamente unas bermudas deportivas en color negro, al igual que yo, estaba descalzo.

Mientras se movía en la cocina observé su espalda, el modo en el que se ondulaban todos esos músculos.

—¿Dónde tienes los productos para la lavadora? —pregunté cuando encontré la voz.

—En el mueble bajo de la derecha, el que está junto a la lavadora —me indicó—. Aparte de la toalla, hay un par de bóxer y camisetas, así que no te preocupes, no hay problema de que saques tu camiseta y los vaqueros desteñidos —sonrió.

Metí la ropa, añadí detergente y suavizante y la puse en marcha.

—¿En qué te ayudo?

—Lo tengo controlado. Puedes sentarte y tomarte el vino que hay en la copa —miré hacia la isla y efectivamente

había una copa de vino que no había visto.

Normal, si se me habían ido los ojos hacia su espalda. Tomé asiento en uno de los taburetes y di un sorbo.

—Mmm. Está muy bueno. Tiene un sabor afrutado.

—Sí, por eso me encanta ese vino.

—¿Qué vas a preparar para la cena?

—Un salteado de pollo, gambas y pimientos.

—Suenan bien. No imaginaba que supieras cocinar —bebí de nuevo.

—Aprendí de ver a mi madre —respondió.

—¿Estabas muy unido a tus padres? —pregunté.

—Mucho. Han pasado más de veinte años, pero sigo echándolos de menos.

—Debió ser duro.

—Sí, pero lo fue más para mi tío Jesús. El mismo perdió a su hermano y su esposa, y se vio a cargo de otro adolescente. Por suerte, mi primo Mario y yo, nunca fuimos demasiado rebeldes.

—Tu tío nunca volvió a casarse, ¿por qué?

—Amó demasiado a mi tía, decía que no podría darle a otra mujer todo de él.

—Debe ser bonito sentir un amor así.

—Debe serlo, sí.

—¿Por qué no te has casado aún? Es decir, tienes casi cuarenta años, y según diría mi madre, ya deberías tener incluso al menos dos niños correteando por esta casa.

—Una vez estuve a punto de casarme, pero no lo hice.

Al escuchar aquello, me quedé en shock. Había leído varias noticias sobre Alejo y su familia, pero nunca nada al respecto de una boda.

—¿Qué pasó?

—Me engañó con otro. Se casó con él.

—Vaya, no tenía ni idea. Eso nunca salió en la prensa.

—Siempre fui muy reservado con mi vida privada, solo se publicaba lo que yo quería que se publicase. A ella la mantuve lejos de las cámaras pensando que era lo que quería, hasta que descubrí que su amante era su jefe. Un famoso empresario acostumbrado a los focos, y eso buscaba ella. Atención, fama, dinero.

—¿Era una especie de cazafortunas? —me aventuré a preguntar.

—A juzgar por el millonario divorcio con el que acabó su matrimonio tras cuatro años casados, sí.

—¿Se divorció de él?

—Ajá.

—Y... ¿volvió a buscarte?

—No. Tampoco habría querido volver con ella.

Era entendible, si a mí me hubieran dejado prácticamente a las puertas del altar, tampoco habría vuelto con esa persona.

Ninguno dijo una sola palabra más, simplemente nos quedamos allí en silencio, bebiendo vino mientras él preparaba la cena.

Cena que, cuando empezó a freír todo, debía reconocer que olía de maravilla.

Mucho más aún incluso cuando todos los ingredientes estuvieron mezclados.

—Qué buena pinta —dije cuando dejó un plato delante de mí.

—Espero que te guste —sonrió.

—Seguro que sí, como dice mi padre, soy de buen comer.

Alejo rio con ganas, me besó el cuello y se sentó a mi lado. Sirvió más vino en nuestras copas y cenamos mientras me hablaba sobre sus padres de nuevo.

Me contó que ambos querían una gran familia, pero en el segundo embarazo que tuvo su madre cuando él tenía seis años, hubo algunas complicaciones y eso acabó afectándola, por lo que no pudo volver a quedar embarazada.

Pero como dijo que solía decir ella, tenían a Mario para consentirlo y malcriarlo tanto como a él.

Cuando acabamos de cenar lo ayudé a recogerlo todo, preparó café y fuimos a tomarlo al sofá mientras veíamos una película.

—Estás nerviosa —dijo veinte minutos después.

—¿Tú no lo estarías si supieras que el hombre que está a tu lado te querrá llevar a la cama después de la película?

—Arqueeé la ceja.

—Planeo llevarte a la cama, sí, pero no pasará nada que tú no quieras que pase, Rocío, ya te lo dije la otra noche —respondió acariciándome la mejilla—. Ven —dijo pasando el brazo por mis hombros, llevándome hasta su pecho para que me acomodara en él—. Relájate, ¿sí? Siempre haremos lo que tú quieras, pequeña —me besó la frente y volvió a quedarse en silencio viendo la televisión.

En ese momento, estando así con él en el sofá de su casa, todo se sentía tan natural, que no parecía que fuera la primera vez que estábamos allí.

Cerré los ojos con un suspiro y, sin saber cómo, acabé quedándome dormida poco después.

—Espero que te guste —sonrió.

—Seguro que sí, como dice mi padre, soy de buen comer.

Alejo rio con ganas, me besó el cuello y se sentó a mi lado. Sirvió más vino en nuestras copas y cenamos mientras me hablaba sobre sus padres de nuevo.

Me contó que ambos querían una gran familia, pero en el segundo embarazo que tuvo su madre cuando él tenía seis años, hubo algunas complicaciones y eso acabó afectándola, por lo que no pudo volver a quedar embarazada.

Pero como dijo que solía decir ella, tenían a Mario para consentirlo y malcriarlo tanto como a él.

Cuando acabamos de cenar lo ayudé a recogerlo todo, preparó café y fuimos a tomarlo al sofá mientras veíamos una película.

—Estás nerviosa —dijo veinte minutos después.

—¿Tú no lo estarías si supieras que el hombre que está a tu lado te querrá llevar a la cama después de la película?

—Arqueé la ceja.

—Planeo llevarte a la cama, sí, pero no pasará nada que tú no quieras que pase, Rocío, ya te lo dije la otra noche —respondió acariciándome la mejilla—. Ven —dijo pasando el brazo por mis hombros, llevándome hasta su pecho para que me acomodara en él—. Relájate, ¿sí? Siempre haremos lo que tú quieras, pequeña —me besó la frente y volvió a quedarse en silencio viendo la televisión.

En ese momento, estando así con él en el sofá de su casa, todo se sentía tan natural, que no parecía que fuera la primera vez que estábamos allí.

Cerré los ojos con un suspiro y, sin saber cómo, acabé quedándome dormida poco después.

Capítulo 16



Desperté en la cama, con la mejilla sobre el pecho de Alejo y el brazo alrededor de su cintura.

Respiraba tranquilo, así que debía seguir durmiendo.

Yo llevaba puesta la camiseta de la noche anterior, y por lo que pude notar bajo las sábanas, también estaban ahí mi pantalón.

Procuré moverme sin hacer ruido, quería preparar el desayuno, ya que él se encargó de la cena. Pero no fui demasiado lejos.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó en un tono aún somnoliento, mientras me rodeaba con ambos brazos por la cintura, arrastrándome hacia él.

—A preparar el desayuno.

—Eso puede esperar. ¿Qué tal has dormido? —preguntó mientras yo notaba que me sonrojaba completamente. Me había colocado sobre su cuerpo y podía notar en mi vientre la dureza que comenzaba a formarse en su entrepierna.

—Bien, tienes una cama muy cómoda.

—¿Y la almohada?

—Eh...

—Te has pasado toda la noche sobre mi pecho.

—¿Qué? Estás de broma.

—No, has dormido ahí toda la noche. Apenas siento el brazo.

—¡Ay, Dios! Lo siento.

—Estaba bromeando, pequeña. Mi brazo está perfectamente —se incorporó un poco hasta poder besarme en los labios.

Un beso que se prolongó más de lo que esperaba. Alejo comenzó a acariciarme la espalda llevando ambas manos bajo la tela de mi camiseta, de modo que me estremecí.

Acabé gimiendo cuando sus pulgares se aventuraron hacia mis pechos y comenzó a acariciarme los pezones.

Eso mandó una señal directa a mi entrepierna, una punzada de deseo y excitación por la que se me volvió a escapar un gemido.

—Si sigues haciendo esos ruiditos, podemos tener un problema —dijo hundiendo el rostro en mi cuello y dando un leve mordisquito.

—¿Qué problema?

—Que me olvide del desayuno y no te deje salir de la cama —volvió a besarme y llevó las manos hacia mi cintura, bajando por dentro de la tela del pantalón y cogiéndome por las nalgas desnudas.

—¿Y para qué querías tenerme en la cama? —pregunté de manera inocente, lo que provocó que Alejo sonriera.

—Para hacerte correr de varias maneras diferentes.

—Suenas a amenaza —arqueé la ceja.

—Es una promesa, pequeña. Una promesa llena de besos húmedos, de caricias, y de sexo caliente, muy caliente.

Tragué saliva mientras lo miraba a los ojos, esos en los que pude ver el brillo del deseo. Me mordí el labio y él me movió sobre su entrepierna, esa donde ya era más que notoria la erección que se ocultaba bajo el bóxer.

Me acerqué a él y lo besé, sus manos regresaron por el camino que habían seguido hasta mis nalgas y volvieron a acariciarme los costados.

No tardó en cogerme por la cintura para subirme más arriba, me levantó la camiseta y se deleitó con mis pechos, esos que se había encargado de dejar bien colocados sobre su rostro.

Mientras lamía y mordisqueaba mis pezones me miraba fijamente. Llevó una mano otra vez al interior de mi pantalón y desde esa posición, comenzó a tocarme el sexo con el dedo medio hasta llegar al clítoris.

—Oh, Dios.

—Ventajas de tener brazos largos —dijo haciéndome un guiño, y empecé a reír.

Risa que se convirtió en un gemido cuando me penetró con el dedo.

Llevé mi mano bajo mi vientre, entre nuestros cuerpos, y conseguí introducirla por su bóxer.

Estaba duro y excitado, prueba de ello eran aquellas gotas que cubrían la punta.

Comencé a tocarlo subiendo y bajando despacio, ambos jadeábamos al unísono y yo acabé corriéndome poco después.

Alejo me quitó la camiseta y cuando me cogió por la cintura retiré la mano de su miembro.

Me recostó en la cama y se deshizo de mi pantalón y el tanga, tras lo cual se lanzó a mi sexo con hambre, lamiendo y mordisqueando mi clítoris, haciéndome gritar cada vez más.

Cuando sentí que no aguantaría más, me dejé llevar por la ola que me alcanzaba en ese momento y me corrí por segunda vez.

Alejo se quitó el bóxer en un rápido movimiento y me penetró con fuerza, llevó mis piernas alrededor de sus caderas y comenzó a moverse rápido dentro y fuera de mi cuerpo, una y otra, y otra vez, hasta que consiguió que me corriera de nuevo.

Nunca pensé que pudiera tener más de un orgasmo en cada encuentro, por norma general solo tenía uno cuando había estado con otros hombres, y a veces, incluso lo agradecía porque me costaba mucho llegar.

Pero con Alejo era tan fácil alcanzar el clímax.

Se sentó sobre sus talones sin soltarme, haciendo que yo llevara el ritmo de mis movimientos en ese instante.

Subía y bajaba, contoneaba las caderas en círculos y lo veía cerrar los ojos disfrutando de lo que le hacía.

Me besó con dureza y comenzó a guiar mis movimientos hasta que me llevó de nuevo hacia esa ola que me hizo enloquecer.

Tras el orgasmo, y colocándome de rodillas sobre la cama, con la espalda inclinada hacia abajo y las caderas elevadas, me penetró desde atrás haciendo que mis gritos fueran mucho más intensos esa vez.

Acompañó cada penetración con su mano sobre mi sexo, haciendo círculos con el dedo en mi clítoris, por lo que me corrí de nuevo al mismo tiempo que él llegaba a su propia liberación.

Los gritos y jadeos de satisfacción de ambos llenaron la habitación. Nuestros cuerpos laxos y sudorosos cayeron sobre la cama abrazados, y tras unos minutos recobramos el aliento.

—Podría hacerme adicto a despertarme así todas las mañanas —murmuró besándome el cuello.

—Un poco cansada iría yo al trabajo entonces —reí.

—Te dejaría entrar más tarde —volvió a besarme.

—Habría corrillos de chismes, habladurías de favoritismos y esas cosas.

—¿Y? Ya eres la favorita de uno de los jefes.

—Alejo...

—No —me cortó—. No se vuelve a hablar de trabajo en todo el fin de semana. Vamos a la ducha.

—¿Juntos?

—Claro, mujer, hay que ahorrar agua —me hizo un guiño y me eché a reír.

Solo que, de ahorrar agua, nada de nada. Puesto que, mientras él me enjabonaba a mí, y yo a él, acabamos besándonos y dejando que nuestros cuerpos hablaran de lo que querían en ese momento.

Lo hicimos por segunda vez bajo el agua, compartiendo besos tiernos y cuando me penetraba, a pesar de tenerme pegada a la pared, lo hacía como con más ternura.

Algo me decía que ese hombre podría ser todo lo que había estado esperando en mi vida.

Pero no dejaba de ser mi jefe, y aunque sabía que ninguno de mis compañeros se tomaría lo nuestro como una amenaza, o como un tema de favoritismos, tenía miedo de que otras personas sí lo interpretasen así.

Quería artículos más importantes, de más envergadura, y si llegaba a hacerlos, ¿no pensarían otros periodistas que había conseguido dar un gran salto en mi periódico, por el hecho de acostarme con uno de los jefes?

Tenía que hacer caso a Alejo y dejar de pensar en el trabajo. Al menos durante ese fin de semana, debía intentarlo

Algo me decía que ese hombre podría ser todo lo que había estado esperando en mi vida.

Pero no dejaba de ser mi jefe, y aunque sabía que ninguno de mis compañeros se tomaría lo nuestro como una amenaza, o como un tema de favoritismos, tenía miedo de que otras personas sí lo interpretasen así.

Quería artículos más importantes, de más envergadura, y si llegaba a hacerlos, ¿no pensarían otros periodistas que había conseguido dar un gran salto en mi periódico, por el hecho de acostarme con uno de los jefes?

Tenía que hacer caso a Alejo y dejar de pensar en el trabajo. Al menos durante ese fin de semana, debía intentarlo.

Capítulo 17



Después del desayuno salimos a hacer algo de compra, Alejo quería prepara un pescado al horno para la cena, y acabamos comprando un montón de chucherías, galletas y helado solo porque le dije que por la tarde me gustaba sentarme en el sofá a ver la tele con algún dulce en la mano.

En cuanto guardamos la compra nos pusimos manos a la obra para preparar la comida. No quería dejarme ayudar, pero al final acabó cediendo.

—¿Así que se te da bien preparar paella? —pregunté mientras él añadía el agua y el arroz al sofrito, y yo me encargaba de preparar una ensalada.

—Sí, es mi especialidad.

—Eso está por ver. Te aseguro que soy una gran crítica gastronómica. Si no está tan buena como la que hace mi padre, habrás fracasado.

—En ese caso espero sorprenderte para bien.

—Creí que tendrías a alguien que te cocinaría.

—Prefiero hacerlo yo. Viene una chica un par de veces a la semana para limpiar, del resto de tareas, como cocinar y lavar, me encargo yo.

—Eres una joyita para la que se case contigo —sonreí.

—¿Quieres una copa de vino?

—Vale.

Dejó la paella en el fuego, descorchó una botella y tras servir las copas, me dio una.

—Me voy a aficionar a este vino —le aseguré.

—Lo tendré en cuenta para tu cesta de Navidad.

—Pues anda que no queda para eso —volteé los ojos.

Mi móvil empezó a sonar, vi el nombre de Alejandra en la pantalla y lo cogí.

—Hola —saludé.

—¿Qué planes tienes para hoy, loquita de mi vida?

—Pues... no estoy en casa.

—¿Y dónde estás? Oh, espera, no me digas que aceptaste pasar el fin de semana con Alejo.

—Ajá.

—¿Y no me lo habías dicho? Ya te vale.

—Surgió así, anoche, ya sabes.

—Vale, vale, que no paró hasta conseguirlo —rio—. ¿Y qué tal? O sea, me refiero a, bueno, ya sabes. Joder, ni que tuviera quince años. ¿Te lo has tirado?

—Alejandra, cada día eres más fina, hija —reí mirando a Alejo por el rabillo del ojo.

—Eso es que sí. ¿Está ahora contigo? ¿No puedes hablar? ¿No estarías follando y te he cortado el rollo? Bueno, si es así te aguantas.

—Para un poco que parece que te han dado cuerda.

—Es que me he tomado un Red Bull mientras hacía la casa, y estoy que me subo por las paredes.

—Pero cómo se ocurre, si sabes que no te sientan bien.

—Qué quieres, estaba ahí en la nevera, me ha mirado y he dicho, solo por hoy.

—Madre mía, Alejandra, tómate una tila.

—Olvida las tilas. ¿Cómo va todo?

—Bien.

Sentí que Alejo se movía a mi espalda y no tardó en agarrarme por las caderas. Yo estaba sentada en el taburete así que se pegó a mí y comenzó a besarme el cuello.

—Qué parca en palabras estás, cómo se nota que lo tienes por ahí cerca. ¿Me dejas saludarlo?

—Voy a colgar, Alejandra —Alejo sonrió en mi cuello mientras dejaba suaves mordisquitos.

—Eres una amiga tremendamente horrible —protestó—. Nos vemos el lunes.

—Qué disfrutes del fin de semana.

—No tanto como vas a disfrutar tú, al parecer —rio.

Cuando corté la llamada y dejé el móvil de nuevo en la isla, Alejo me hizo girar hasta quedar frente a él.

—Ella lo sabe —no era pregunta, simplemente estaba seguro de lo que decía.

—Lo sabe —suspiré—. Pero no dirá nada.

—Sabes que no me importa que los demás lo sepan.

—Pero a mí, sí.

—Vale, no volveremos a hablar sobre esto.

Me besó y comenzó a acariciarme la piel de la cintura bajo la tela de la camiseta. No tardó en levantarme del taburete y sentarme sobre la isla, de modo que quedé entre sus piernas.

Llevaba un pantalón corto que eran fáciles de quitar y, de hecho, fue lo que hizo.

—¿Qué haces? —pregunté sonriendo.

—Nada.

—¿Nada? —Arqueé la ceja— Entonces explícame por qué me has quitado el pantalón.

—Te notaba acalorada, y pensé que estarías mejor sin ellos.

—Claro, y que se me congele el culo con el mármol de la isla —volteé los ojos.

—Esto también te está dando calor —dijo antes de quitarme el tanga.

—¿En serio? ¿En la cocina? —protesté, sabiendo cuáles eran sus intenciones.

—¿Nunca te han follado en una cocina, pequeña? —murmuró mientras me quitaba la camiseta.

—No, los novios que tuve eran más de cama y algo rápido —me encogí de hombros.

—Me alegra saber que voy a ser el primero.

Volvió a besarme y al mismo tiempo comenzó a jugar con el pulgar en mi clítoris.

Ese hombre desde luego que sabía dónde y cómo tocar para hacer que una mujer se excitara hasta la saciedad.

Sin dejar de penetrarme con el dedo hizo que me recostara sobre la isla mientras me besaba el cuello, se detenía en los pezones y bajaba dejando suaves y breves besos en mi vientre.

Gemí cuando sentí su lengua en una rápida lamida por todo mi sexo, movimiento que volvió a repetir al punto de que me estremecí de pies a cabeza.

Se había sentado en el taburete, tenía mis piernas sobre sus hombros, y comenzó a devorarme sin parar un segundo, sin darme tregua, lamiendo y mordisqueando mientras me penetraba con dos de sus dedos.

Cuando aumentó el ritmo empecé a mover las caderas y eso pareció encenderlo aún más. Me agarré con fuerza al mármol de la isla sobre el que reposaba mi cuerpo desnudo, y chillé en el momento en el que me atravesó el

orgasmo como si de un tsunami se tratara.

—Ay, Dios —suspiré cuando acabó y lo vi sonriendo mientras comenzaba a bajarse el pantalón.

Me pasé la lengua por los labios, ansiosa por sentirlo, ya casi podía hacerlo, la anticipación a lo que vendría me tenía completamente consumida.

Alejo se situó en posición, alineó su miembro erecto a la entrada de mi vagina, se inclinó sobre mi pecho para besarme el cuello y cuando tenía la punta comenzando a avanzar, sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —pregunté con la respiración agitada.

—No —frunció el ceño.

—Abre primo, que sé que estás en casa —la voz de Mario hizo que me congelara.

—Mierda. Tengo que abrir —me dijo retirándose y volviendo a subirse el pantalón—. Si no lo hago, entrará con su propia llave.

—No me jodas, no me puede ver.

—Rocío, no pasa nada. Mi primo lo sabe —sonrió y me besó en la frente.

—¿Lo sabe? Pero... pero...

—Tranquila. Vístete, lo mantendré todo lo entretenido que pueda.

Salió de la cocina y me di toda la prisa que pude en volver a vestirme. Eché un vistazo a mi reflejo en el cristal de
horno y vi que tenía el pelo más o menos decente. Aun así, no quería que fuera tan evidente que acababa de tener
un orgasmo en esa cocina, así que me recogí la melena en un moño despeinado.

Cogí la copa de vino y me tomé lo que quedaba de un sorbo, la llené de nuevo y me acerqué a ver cómo iba la paella.

—Vaya, hola —me giré al escuchar la voz cantarina de Mario.

—Hola.

—Así que al final has conseguido que acepte venir a pasar el fin de semana, lo que no consigas tú, primo —rio—. ¿Fueron los bombones con mensaje? —me preguntó.

—Más bien fue para que se quitara de en medio y me dejara salir con mi coche del aparcamiento.

—¿Te pusiste delante de ella con el coche? Tendré que apuntarme esa táctica.

Esa vez fui yo la que sonrió. Alejo se acercó a ver cómo iba la paella y me hizo un guiño antes de besarme, sin importarle que su primo estuviese delante.

—¿Qué querías contarme, primo? —le preguntó Alejo.

—Ha llegado a mis oídos que la hija del Primer Ministro de Londres ha sido secuestrada.

—¿Qué? —grité.

—Me lo ha comentado una colega periodista que trabaja allí y está muy metida en el mundo de la política. Aquí aún nadie lo sabe y pensé que podríamos enviar a Lorenzo a cubrir la noticia. No tardarán mucho en saberlo en toda España.

—Vale, mándale todos los detalles a su correo, voy a llamarlo.

Alejo cogió su móvil y llamó a Lorenzo, era el redactor de las noticias internacionales, departamento del que se encargaba el propio Alejo, y lo puso al corriente de todo.

Mario no solo le envió los detalles tal como le había pedido su primo, sino que mientras hablaban por teléfono le informó de que tenía el vuelo para esa misma tarde y se encargaría de reservarle una habitación de hotel.

l
Era increíble verlos trabajar juntos, el modo en el que ambos se compenetraban, y la facilidad con la que preparaban todo.

—¿Te quedas a comer, primo?

—No quiero molestar a la pareja —sonrió.

—A mí no me molestas, ¿eh? —reí— Además, creo que hay paella para cinco o seis personas.

—En ese caso, me quedo.

Los dejé en la cocina charlando mientras fui a poner la mesa. Cuando todo estuvo listo nos sentamos a comer los tres juntos y Alejo se quedó mirándome tras aquel primer bocado.

—¿Qué le parece la paella, señorita critica gastronómica? —me preguntó.

—Muy buena, está a la altura de la de mi padre.

—Me alegro —sonrió.

Podría parecer que al estar Mario allí me sentiría incómoda, pero no fue el caso. Debía admitir que era como estar en la oficina cuando soltaba alguna de sus tonterías.

Incluso dijo que deberíamos salir alguna vez los tres a tomar algo un sábado por la noche, dando por hecho de que lo que fuera que había entre su primo y yo, iba hacia algo más que solo un poco de sexo.

—Si salgo un sábado de copas sin Alejandra, se muere —dije mientras recogíamos la mesa para preparar el café.

—Pues salimos los cuatro, mucho mejor —comentó Mario.

—¿En serio estás diciendo que vosotros, los jefes del periódico, saldríais de copas con dos empleadas? Nunca vais al bar con nosotros después del trabajo el viernes.

—Bueno, no nos parecía bien invadir ese momento de relax de nuestros empleados. Pero creo que es hora de que os acompañemos alguna vez —dijo Alejo.

—Mientras no se apunte también Elena. Sabemos que no os cae especialmente bien a vosotros —que Mario dijera aquello me pilló por sorpresa—. No me mires con esa cara, nena, que hasta mi padre sabe que no es santo de vuestra devoción. ¿Es cierto que no cobras las horas extras?

—¿Le has contado eso también? —Miré a Alejo con los ojos muy abiertos.

—Somos jefes, y algún día seremos los directores. Tenía derecho a saberlo —se encogió de hombros.

—No, no las cobro, pero no es un problema, ¿vale?

—Vale, vale. No he dicho nada. Entonces, ¿nos vamos de cervezas el viernes con los redactores, primo?

—Por supuesto.

Algo me decía que, desde que Alejo estaba tonteando conmigo, iban a cambiar muchas cosas en el periódico.

Después del café Mario se marchó a casa, y en el momento en el que Alejo cerró la puerta, me alzó en brazos.

—¿Dónde nos ha interrumpido mi primo, pequeña? —preguntó.

—Justo cuando tú ibas a... ya sabes —me encogí de hombros.

—Cierto, iba a follarte hasta que te olvidaras de tu propio nombre.

Alejo me besó y caminó hasta la habitación, me recostó en la cama, y no me dejó salir hasta la hora de la cena.

?

—Por supuesto.

Algo me decía que, desde que Alejo estaba tonteando conmigo, iban a cambiar muchas cosas en el periódico.

Después del café Mario se marchó a casa, y en el momento en el que Alejo cerró la puerta, me alzó en brazos.

—¿Dónde nos ha interrumpido mi primo, pequeña? —preguntó.

—Justo cuando tú ibas a... ya sabes —me encogí de hombros.

—Cierto, iba a follarte hasta que te olvidaras de tu propio nombre.

Alejo me besó y caminó hasta la habitación, me recostó en la cama, y no me dejó salir hasta la hora de la cena.

Capítulo 18



Estábamos en la cama, él mirando al techo mientras me acariciaba la espalda, y yo apoyada en su pecho.

El fin de semana había pasado rápido, la noche del domingo llegaba a su fin y tenía que volver a casa, pero parecía como si Alejo no quisiera dejarme marchar.

Íbamos a pedir una pizza para cenar y, al final, se quedó en solo la idea, puesto que habíamos comenzado a besarnos en el sofá y acabamos teniendo sexo una vez más en la cama.

—Debería irme a casa, es tarde —dije mientras hacía círculos con el dedo sobre su pecho.

—O puedes quedarte a dormir.

Podría, pero si lo hacía, la que corría el riesgo de no querer levantarse por la mañana, sería yo.

Solo había pasado dos días con él, y pude ver al hombre que se ocultaba bajo esa apariencia seria.

Era casi tan payasete como su primo Mario, por no hablar de esa bonita sonrisa que no dejaba ver en las oficinas.

Tierno, cariñoso, al menos así se mostró conmigo. Cuando estábamos sentados en el sofá, me mantenía pegada a su costado, acariciándome el brazo o el cabello.

Mientras comíamos estaba pendiente de que no me faltara nada. En el sexo, su prioridad era yo, mi placer antes que el suyo, y a la hora de dormir, me mantenía abrazada como si me temiera que fuera a huir en mitad de la noche.

Claro que mis antecedentes con respecto a eso me avalaban, si teníamos en cuenta que la primera vez que nos acostamos, hui como una cobarde mientras dormía.

No era demasiado tiempo el que habíamos compartido como para sentir algo fuerte y que pudiera hacerme pensar que existía un nosotros en el futuro, pero tampoco iba a mentirme, algo sentía en lo más hondo de mi ser.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Entre nosotros. Es decir, no espero que haya nada serio, pero... —suspiré— Olvídalo, no he preguntado nada.

Me incorporé para levantarme y no me lo impidió.

Cogí la ropa que había quedado tirada por el suelo y comencé a vestirme para después, y ante la mirada de Alejo que seguía en la cama, guardé mis cosas en la bolsa de deporte que había llevado.

—Pequeña —murmuró cogiéndome del brazo, haciéndome girar para que lo mirara. Me acarició ambas mejillas después de colocarme el pelo tras la oreja, y se inclinó para besarme mientras me mantenía sujeta por sus manos —. Ahora pasará lo que los dos queramos. Y a mí, me gustaría que siguiéramos viéndonos. Tú lo has dicho, no tiene por qué ser nada serio, pero conozcámonos y dejemos que pase lo que tenga que pasar. Me gustas, Rocío, y no es de ahora —sonrió y me abracé a él.

Respiré hondo mientras me mantenía pegada a su cuerpo. El aroma de su perfume mezclado con el leve rastro de sudor que quedaba después del sexo, se sentía tan jodidamente natural en ese momento, que no quería irme a casa.

Pero tenía que hacerlo, porque aún seguía pensando que aquello era como un sueño.

Nunca había reconocido abiertamente que me gustaba mi jefe, era un secreto que pensé que me llevaría a la tumba cuando me llegara la hora de partir, y aquí estaba.

En su casa, abrazándolo, notando el calor que emanaba de su cuerpo después de haberme acostado con él y pasar el fin de semana en su casa. Aquello era una locura, lo sabía.

Por eso nunca me sentí atraída por Lorenzo, Andrés o Roberto, porque desde la primera vez que vi a Alejo, supe que ningún hombre me atraería tanto como lo hacía él.

—Será mejor que me vista y te lleve a casa, antes de que me arrepienta de dejarte ir —me besó en la cabeza y fue por su ropa.

Lo dejé en la habitación y fui a esperarlo al salón. Los restos de las chucherías y el bote vacío de helado seguían

en la mesa, así que maté el tiempo recogiendo todo mientras lo esperaba.

Sonrió, negó al verme y me encogí de hombros. Entrelazó nuestras manos y fuimos al garaje para coger el coche.

Durante el camino de vuelta a mi casa no me soltó la mano en ningún momento, acariciándome la muñeca con el pulgar de manera distraída, pero permaneciendo en silencio.

—Hemos llegado —dije cuando paró ante mi edificio.

—Sí —sonrió.

—Lo he pasado bien este fin de semana —le aseguré.

—Cuando quieras, mi casa está abierta para ti cuando quieras, pequeña —me atrajo hacia él con la mano en mi nuca y me besó.

Sentí como si el mundo se detuviera en ese momento, como si nada más, salvo nosotros, importara. Pero el tiempo corría y era momento de irme.

—Buenas noches, Alejo.

—Buenas noches, pequeña —sonrió.

Llevaba la bolsa en mis pies por lo que bajé tras cogerla, cerré la puerta y caminé hacia el edificio para entrar. Solo una vez que lo hice, me dijo adiós con la mano y lo vi desaparecer por la calle oscura.

¹ Eran las once cuando estaba entrando por la puerta de mi piso, me preparé un té y le mandé un mensaje a Alejandra para que supiera que estaba de vuelta en mi casa.

Alejandra: *¿Qué tal te ha ido por la villa de la perversión? ¿Has follado todo lo que no has follado durando dos años?*

Ella sabía que ese era el tiempo que llevaba sin pareja, y aunque se quedaba tranquila cuando le decía que no necesitaba sexo y tampoco una pareja, no le convencían mis excusas.

Rocío: *No tanto, también hemos hablado, comido, visto películas...*

Alejandra: *¿Entonces todo bien? ¿Es un buen tío, además de un jefe serio?*

Rocío: *Sí, y sí. No te voy a contar detalles, pero es un hombre que merece la pena tener, en todos los sentidos.*

Alejandra: *Mierda, nena, dame algo con lo que tener un orgasmo esta noche.*

Me eché a reír, solo ella podría querer saber detalles de nuestros momentos de sexo juntos.

Alejandra: *Ahora en serio, Rocío. ¿Crees que podrías enamorarte de él? Porque, la última vez que te enamoraste... Bueno, casi acabamos con las existencias de helado de nata y fresa del supermercado de tu barrio.*

Rocío: *Mentiría si te dijera que no, pero iré con cuidado de no perder el corazón en el proceso, procuraré no pasarlo tan mal como la última vez.*

Alejandra: *Sabes que, en cuestiones de amor, es inevitable pasarlo mal. Pero si así fuera, aquí estoy yo para darte los pañuelos. Te quiero, cariño. Descansa, nos vemos mañana.*

♪ **Rocío:** *Yo también, ya lo sabes. Hasta mañana.*

Me terminé el té y fui a la habitación, seguía como en una nube después del fin de semana que había vivido. Solo esperaba que nadie del periódico se enterase, aquel debía ser un secreto.

El mayor secreto que los cuatro debíamos guardar.

Rocío: *Sí, y sí. No te voy a contar detalles, pero es un hombre que merece la pena tener, en todos los sentidos.*

Alejandra: *Mierda, nena, dame algo con lo que tener un orgasmo esta noche.*

Me eché a reír, solo ella podría querer saber detalles de nuestros momentos de sexo juntos.

Alejandra: *Ahora en serio, Rocío. ¿Crees que podrías enamorarte de él? Porque, la última vez que te enamoraste... Bueno, casi acabamos con las existencias de helado de nata y fresa del supermercado de tu barrio.*

Rocío: *Mentiría si te dijera que no, pero iré con cuidado de no perder el corazón en el proceso, procuraré no pasarlo tan mal como la última vez.*

Alejandra: *Sabes que, en cuestiones de amor, es inevitable pasarlo mal. Pero si así fuera, aquí estoy yo para darte los pañuelos. Te quiero, cariño. Descansa, nos vemos mañana.*

Rocío: *Yo también, ya lo sabes. Hasta mañana.*

Me terminé el té y fui a la habitación, seguía como en una nube después del fin de semana que había vivido. Solo esperaba que nadie del periódico se enterase, aquel debía ser un secreto.

El mayor secreto que los cuatro debíamos guardar.

Capítulo 19



Antes de entrar en el periódico pasé a por un café para llevar de la cafetería donde desayunábamos a veces Alejandra y yo.

Cuando llegué a la oficina, Alejandra sonrió al verme, con una de esas sonrisas de niña que ha hecho una travesura.

—¿Qué estás planeando? —pregunté con la ceja arqueada.

—Yo nada, pero alguien te ha dejado una cosita en el cubículo —hizo un movimiento de lo más gracioso con las cejas.

Efectivamente, alguien me había dejado algo en el cubículo.

Por alguien diríamos que había sido Alejo. Y, por algo, me refería a dos rosas rojas con una nota.

“Quiero más fines de semana como este”

—Vaya, vaya. El admirador secreto ataca de nuevo —dijo Roberto, con una risilla en la voz.

—Se ha ido a pasar el fin de semana con él —comentó Alejandra—. Le tiene loquito.

—Alejandra, por Dios —me sonrojé y ella me hizo un guiño.

No tardó en aparecer Elena, con su altanería y esos tacones clavándose en el suelo a cada paso que daba.

—Rocío, te quiero en mi despacho en cinco minutos —exigió, sin siquiera molestarse en darnos los buenos días.

—Esta no ha follado el fin de semana —murmuró Alejandra—. Amargadita viene, no hay más que verla.

Encendí el ordenador, me terminé de tomar el café mientras revisaba el correo por si tenía algún e-mail de Elena que no había visto y por eso estaba tan enfadada, pero no era el caso.

Cinco minutos exactos después estaba llamando a la puerta de su despacho.

—Siéntate —dijo cuando entré.

—¿Está todo bien?

—Tengo una nueva asignación para ti —no me miraba, estaba buscando algo entre las carpetas de su escritorio—. Eloi Santos está en la ciudad, van a estar un par de semanas con la promoción de su última película, ya sabes que la rodaron aquí —asentí, sin entender aún dónde quería llegar mi jefa—. Quiero que le entrevistes.

—¿Qué? Pero, eso es imposible. O sea, es Eloi Santos, el hombre más reservado del mundo en lo que a su vida privada se refiere, y no concede entrevistas personales, nunca, solo las que hay en las ruedas de prensa de sus estrenos.

—Razón de más para que nosotros seamos el primer medio de comunicación en tener una entrevista suya.

—Elena, es imposible.

—¿No querías trabajos más importantes, Rocío? ¿No te quejabas de que las únicas asignaciones que te daba eran ferias, mercadillos y concursos? Bien, pues aquí tienes esa oportunidad que querías, eso que tanto buscabas desde que entraste en este periódico. A no ser que lo que realmente buscabas aquí, fuera otra cosa —me miró con la ceja arqueada.

Eloi Santos era un actor conocido a nivel nacional e internacional. Tenía cuarenta años y era todo un *sex symbol* que llegó a Hollywood casi por casualidad y se erigió como el mejor actor de los últimos veinte años.

Decían de él que era el digno sucesor del mismísimo James Dean, a quien se parecía físicamente, y ese aire de rebelde sin causa le dio el papel de su vida.

Había interpretado a un policía con pinta de macarra que se infiltraba en las peores mafias durante una saga de cinco películas. Seguía soltero y rara era la ocasión en la que no salía alguna noticia en la prensa sobre él y una nueva conquista.

—¿Estás dispuesta a hacer esa entrevista, o se la paso a Alejandra? —la voz de Elena me devolvió al presente,

¿Estaba dispuesta? Aquella era la oportunidad que esperaba desde que empecé a trabajar en el periódico, eso no podía negarlo, pero Eloi Santos era el hombre más difícil de entrevistar del mundo.

—Rocío, no tengo todo el día.

—Sí —respondí—. Cuenta con ella.

—Más te vale, o te aseguro que pasarás el resto de tus días en este periódico escribiendo sobre plagas de ratas y concursos de perros. Te enviaré un e-mail con los datos del hotel en el que está. Más vale que estés dispuesta a seguir los pasos de ese hombre hasta conseguir una entrevista, porque eso es lo que hace un verdadero periodista del corazón, sigue a los famosos hasta conseguir lo que quieren.

Me levanté y salí cerrando la puerta tras de mí. Estaba temblando, no podía creerme que al fin se me presentara la oportunidad que tanto quería, pero, ¿Eloi Santos? Joder, ese hombre era de lo más inaccesible para con la prensa.

Suspiré con los ojos cerrados, y me sobresalté cuando escuché la voz de Alejo.

—¿Estás bien?

—Dios, qué susto —me llevé la mano al pecho.

—¿Has hablado con Elena? —preguntó y asentí— Vamos a mi despacho.

Lo seguí por el pasillo y cuando entré, cerró la puerta echando la llave y me cogió por la cintura para besarme.

—¿Te han gustado las rosas? —preguntó mientras se sentaba en su silla, conmigo a horcajadas sobre su regazo.

—Sí, pero para ya de dejarme cosas en el escritorio, o de enviarme cosas por mensajero. Lo del admirador secreto dejará de ser creíble.

—No puedo evitarlo, como tampoco puedo evitar querer besarte —y lo hizo de nuevo.

Sonreí mientras lo hacía y le rodeé el cuello con mis brazos mientras sus manos acariciaban mi espalda por debajo de la camiseta.

—No ha sido divertido despertarme sin ti. Podría haberte dado algunos orgasmos para que llegaras relajada al trabajo. Te veo tensa.

—Eso es por Elena, yo he llegado bastante tranquila.

—¿Qué ha pasado con ella, pequeña? —Se puso serio y en modo jefe.

—Me ha dado una nueva asignación.

—¿De qué se trata esta vez? Acabaré hablando con ella por mucho que quieras impedírmelo.

—Tengo que entrevistar a Eloi Santos. Está en la ciudad promocionando su última película.

—Eso es algo importante.

—Sí, pero también es difícil. Ese hombre no concede entrevistas personales —suspiré.

—¿Y vas a darte por vencida simplemente por eso? —Arqueó la ceja— Pequeña, un buen periodista nunca se rinde. Por muy difícil que sea de conseguir la noticia, siempre tiene los recursos apropiados. ¿Te ha dicho dónde se aloja?

—Me iba a enviar todos los detalles por e-mail.

—Bien, pues acepta el consejo de alguien que, una vez, estuvo dónde estás tú. Síguelo tan de cerca como puedas, hazte notar, pero sin que piense que lo acosas. Cuando hayas llamado su atención, preséntate como la periodista que eres, dile que solo quieres hacerle algunas preguntas y que ninguna de ellas será incómoda ni comprometida, no ser que él quiera responder a alguna de índole personal. Sé tú misma, preciosa, y consigue la mejor entrevista que nadie publicará nunca sobre Eloi Santos —me dio un beso en los labios y se recostó en su silla.

—Lo haces ver tan fácil.

—Es fácil, y yo confío en ti. Sé que conseguirás esa entrevista. Y ahora vete al trabajo, antes de que te desnude y te folle sobre mi escritorio.

Negué tratando de no sonreír, pero finalmente lo hice.

Salí del despacho de Alejo y en ese momento vi a Elena volver al suyo con un café en la mano.

—¿Perdiendo el tiempo, Rocío? Tienes un e-mail esperando y una entrevista que conseguir.

—Alejo me pidió que le llevara un café —mentí.

—¿Acaso ahora eres su secretaria? Tal vez debería asignarle la entrevista a Alejandra.

—No soy su secretaria, simplemente me vio en el pasillo y me pidió el café.

Pasé por su lado y regresé a mi cubículo. En cuanto Alejandra me vio, se levantó corriendo para preguntarme qué quería Elena.

—Tengo que entrevistar a Eloí Santos.

—¿Qué? Pero, ¿se ha vuelto loca? Ese hombre no concede entrevistas.

—Eso le he dicho yo, pero ha insistido. Si no quiero pasarme la vida haciendo artículos de ferias y demás, tengo que conseguir esa entrevista —suspiré.

—Y la vas a conseguir, cariño, por supuesto que sí. Y, ¿sabes por qué?

—¿Vas a ponerte tú en contacto con su representante para facilitarme el camino? —sonreí.

—No, eso no. La vas a conseguir porque eres una buena periodista, porque yo confío en ti, y porque con esa entrevista le callarás la boca a Elena y no tendrá más remedio que asignarte otros artículos. Vas a ascender, nena, vas a ser una periodista del corazón como yo —me hizo un guiño y sonreí.

aCuando escuchamos los tacones de Elena acercándose, Alejandra se fue de nuevo a su cubículo y yo abrí el e-mail que me había mandado.

—El tiempo corre, Rocío— dijo, como amenaza.

—¿Acaso ahora eres su secretaria? Tal vez debería asignarle la entrevista a Alejandra.

—No soy su secretaria, simplemente me vio en el pasillo y me pidió el café.

Pasé por su lado y regresé a mi cubículo. En cuanto Alejandra me vio, se levantó corriendo para preguntarme qué quería Elena.

—Tengo que entrevistar a Eloí Santos.

—¿Qué? Pero, ¿se ha vuelto loca? Ese hombre no concede entrevistas.

—Eso le he dicho yo, pero ha insistido. Si no quiero pasarme la vida haciendo artículos de ferias y demás, tengo que conseguir esa entrevista —suspiré.

—Y la vas a conseguir, cariño, por supuesto que sí. Y, ¿sabes por qué?

—¿Vas a ponerte tú en contacto con su representante para facilitarme el camino? —sonreí.

—No, eso no. La vas a conseguir porque eres una buena periodista, porque yo confío en ti, y porque con esa entrevista le callarás la boca a Elena y no tendrá más remedio que asignarte otros artículos. Vas a ascender, nena, vas a ser una periodista del corazón como yo —me hizo un guiño y sonreí.

Cuando escuchamos los tacones de Elena acercándose, Alejandra se fue de nuevo a su cubículo y yo abrí el e-mail que me había mandado.

—El tiempo corre, Rocío— dijo, como amenaza.

Capítulo 20



Después de que Elena se marchara y no regresara en todo el día, me había pasado el resto de la mañana y la tarde recopilando información sobre Eloi Santos.

Había cosas sobre él que eran de conocimiento público, y otras que realmente solo conocían sus fans más incondicionales. Y por eso me infiltré, cibernéticamente, eso sí, en varios foros donde hablaban de él, de sus gustos y a los lugares que le gustaba ir.

Por no hablar de las miles de fotos que había en cada uno de los foros a lo largo de toda su carrera. Aquellas mujeres serían unas paparazis buenísimas.

Tuve la suerte de toparme con un foro en el que habían subido fotos y comentarios de esos primeros días de Eloi Santos en Valencia, nuestra ciudad, detallando incluso horarios en los que salía del hotel y dónde estaba.

Eso me facilitó mucho el trabajo, no iba a mentir, y tenía todo un cuadrante con los horarios.

En cuanto acabé de tomarme el café, cogí el coche y fui directa para el hotel en el que se alojaba, y de donde saldría para ir a correr a la playa.

Llevaba algunos guardaespaldas consigo, por lo que acercarse sería una misión imposible, pero, al igual que Tom Cruise, estaba dispuesta a llevar a cabo la misión con éxito.

Sí, estáis en lo cierto si pensáis que me había vestido para la ocasión, y que me iba a poner a correr por la playa. De ahí que llevara una pequeña mochila con bebida isotónica, que yo correr... era algo a lo que debía tenerle un poco de alergia, porque no me gustaba mucho el deporte.

Aparqué cerca del paseo marítimo por donde solía correr él, cogí el móvil y fui hacia la playa a esperar que apareciera, y mientras llegaba mi objetivo, hice unos estiramientos.

Lo que tenía que hacer una por conservar el trabajo, madre mía.

Tal como pusieron en el foro, a las ocho apareció por allí corriendo. Detrás de él iban tres hombres a una distancia prudencial, pero se notaba a leguas que eran sus guardaespaldas.

Yo llevaba gorra y gafas de sol, esperaba no resultar muy sospechosa, y antes de que llegaran a mi altura, empecé a correr. Dada mi velocidad y que no estaba acostumbrada a eso, me alcanzaría enseguida.

No solo me alcanzó, sino que me adelantó como si fuera un coche de carreras. ¿Qué desayunaba ese tío, por Dios?

Algo que había podido comprobar era que lucía mucho mejor en persona, y eso que en fotos y televisión se le veía genial.

Pero así, a unos pocos metros de distancia, no solo se veía atractivo, sino que el azul de sus ojos impresionaba mucho más, destacando con el cabello rubio que llevaba ligeramente alborotado.

Los tres hombres que le seguían me miraron con cierto descaro al pasar a mi lado, como si yo no fuera más que una delincuente o algo así que trataba de atentar contra la vida de su protegido, volteeé los ojos aprovechando que no podían verlos.

Me decidí a correr un poco más rápido, tratando de alcanzar a mi objetivo, pero nada tenía yo que hacer con mis cortas piernas de mujer de metro sesenta, al lado de las largas, fuertes y musculosas piernas de ese hombre de metro ochenta, que daba cuatro zancadas en lo que yo había dado diez.

Estaba empezando a notar que me faltaba hasta el aire, y un pinchazo en el costado que se sentía como una puñalada, y no, nunca había recibido una.

Pero no iba a perder la oportunidad de acercarme.

Conseguí llegar a la altura del primer guardaespaldas, bien por mí. Corrí un poco más, y un poco más, y más, y alcancé al segundo. Empezaba a saborear la victoria.

Más rápido esta vez y llegué al tercero. Ellos me miraban y yo los ignoraba, la playa era un lugar público y no podrían impedirme que estuviera aquí.

Para cuando solo me separaban unos metros de él, sentía que se me iba a salir el corazón por la boca, en mi vida había corrido tanto. Por no hablar de que debía estar roja como una guinda por el esfuerzo, y el sudor que me caía por la frente.

Un poco más, solo un poco más, y estaría a su altura para presentarme. Si es que me salían las palabras, porque lo

tenía un poco complicado.

Estaba a punto de alcanzarlo, podía sentir que le tocaría con la yema de los dedos si estiraba el brazo, cuando vi a los tres hombres adelantarme, rodearle y hacerle girar mientras yo me quedaba mirándolos con cara de tonta avanzando hacia delante.

Hasta que escuché los gritos.

?—¡Eloi! ¡Eloi!

—¡Hazte una foto con nosotras!

—¡Fírmanos un autógrafo!

—¡Hazme tuya! —gritó la más lanzada del grupo.

Detuve mi carrera y las vi pasar a mi lado, cuatro chicas de unos veinte años corriendo como si fueran leonas queriendo alcanzar a la pobre presa que se comerían si las dejaba.

Bueno, a la más lanzada si la dejara, le haría algo más que comerle.

Caí de rodillas sobre la arena respirando con dificultad mientras veía cómo se alejaba esa entrevista que tenía que entregarle a Elena en un plazo máximo de dos semanas, según ponía en el e-mail que me había enviado.

Di algunos tragos de mi bebida isotónica y cuando iba a ponerme en pie para regresar al coche, sonó mi móvil.

—Dime —respondí con la respiración aún agitada por la carrera.

—¿Te he pillado teniendo una maratón de sexo con el jefe? —preguntó Alejandra.

—No, pero podría decirse que he corrido una maratón.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—Intentando acercarme a Eloi Santos. Estoy en la playa, he corrido detrás de él.

—Por Dios, Rocío, hay formas más fáciles de acercarse a un famoso. ¿Has conseguido algo?

—No, porque una estampida de cuatro leonas ha aparecido queriendo comérselo.

—Madre mía. Anda, vete para el periódico. O a urgencias, lo que veas —rio.

—¿Sabes que odio un poco más a Elena?

—No me extraña.

—Me voy a casa a darme una ducha, no puedo ir así a ninguna parte. Y no me esperes, que voy a ver si consigo acercarme a él.

—Mientras no te derriben sus guardaespaldas pensando que eres una fan enfervorecida que quiere lanzarse a sus brazos.

—Más me vale que no, que los tres que lo acompañaban son como jodidos armarios empotrados. Te dejo.

—Ten cuidado.

—Sí, sí, no más carreras por hoy, ni mañana. De hecho, creo que con todo lo que he corrido en estos veinte minutos, tengo suficiente para veinte años.

Alejandra soltó una carcajada mientras colgábamos, me terminé la bebida y regresé al coche. En ese momento mis piernas eran como gelatina, me temblaban hasta la saciedad. Cada paso era una tortura. ¿En qué pensaba cuando decidí lanzarme a correr como si fuera una experta atleta? Dios, iba a tener agujetas durante meses.

Suspiré de alivio al sentarme en el coche y puse rumbo a casa.

En cuanto crucé la puerta fui directa al baño y me metí con la ropa puesta bajo la ducha. Necesitaba al menos unos minutos bajo aquellas gotas frías que se clavaban como agujas en mi cuerpo.

Me desnudé y duché en cinco minutos, y tras vestirme de persona y no de runner, volví a la calle para seguir con el siguiente lugar en el que estaría Eloí Santos.

Llegué a la cafetería que había frente al hotel en el que se alojaba y me senté con el portátil en una de las mesas. Al parecer, las espías llamadas fans que habían seguido sus pasos, decían que le gustaban mucho las tostadas al estilo francés que servían allí, junto a un buen café macciato con caramelo.

En serio, el CNI, la CIA, el FBI o incluso la Interpol, tendría que contratarlas, eran buenísimas espiondo.

Eloi Santos entró en la cafetería quitándose las gafas de sol, vestía con vaqueros y un polo blanco que le quedaba muy bien.

Y justo detrás, sus vigilantes de la playa.

Tenía mi café en la mesa y estaba mirando en Internet la ubicación de los demás sitios donde había estado y que, según las espías, volvería a ir hoy. Esperaba que fuera verdad y que en algún momento pudiera acercarme a él.

Se sentó en una mesa no muy lejos de la mía, pidió exactamente lo que dijeron que tomaba para el desayuno, y se centró en el móvil. Por su postura despreocupada se notaba no solo que estaba a gusto en ese lugar, sino que nadie podría acercarse a él, salvo la camarera, sin ser interceptado con un placaje de sus vigilantes.

Suspiré a sabiendas de que, en esa ocasión, tampoco conseguiría nada.

Mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de Elena, esa mujer consiguió que el sorbo del café me supiera amargo.

—Buenos días, Elena.

—¿Por qué no estás en tu puesto? —prácticamente rugió las palabras, qué amabilidad derrochaba esa mujer cada día.

s

—¿Porque estoy trabajando?

—¿Has conseguido la entrevista? Qué rápida.

—No, aún no. Estoy... siguiendo al objetivo —murmuré esperando que no me escuchara.

s

—¿Por qué murmuras?

—Para que no me escuche, ¿por qué si no? —Dios mío, qué mujer.

—Haz lo que sea para conseguir esa entrevista, Rocío, no te daré más oportunidades si fracasas —y colgó, sin más.

Lancé el móvil a la mesa, con tanta fuerza, que fue deslizándose hasta el borde y lo vi caer.

En esos segundos pensé en dónde estaba la tienda de telefonía más cercana para comprarme otro, porque el final

de mi compañero estaba cerca. Podía verlo, hecho añicos en el suelo.

1

Pero resultó que el rubio de ojos azules al que vigilaba también lo había visto caer, y fue mucho más rápido que yo. Se levantó, lo cogió en el aire, y suspiré aliviada.

—Gracias.

—No hay de qué —sonrió como solía hacer en sus películas.

Cuando me lo entregó, empezó a sonar de nuevo y en esa ocasión vi que era Alejo. Me bebí el último sorbo de café y recogí mis cosas, saliendo de la cafetería para hablar con él, dejando atrás la que podría ser la única oportunidad de entrevistar a ese hombre.

—Hola —saludé.

—¿Dónde estás, pequeña?

—Siguiendo a Eloí Santos, y, por cierto, acabas de interrumpir la que podría haber sido mi oportunidad para abordarle.

—Lo siento, es que le pregunté por ti a Elena y dijo que probablemente estarías pensando en presentar tu carta de renuncia.

—¿Será bruja? Pero si acabo de decirle dónde estaba.

—Tranquila, preciosa, no te agobies —su voz sonaba con tanta dulzura, que me tranquilicé.

—Me odia, Alejo, esa mujer me odia y no sé por qué —suspiré mientras me apoyaba en mi coche.

—Olvídate de ella, ¿sí? Céntrate en la entrevista, sé que lo vas a conseguir.

—Me tienes una fe... —Volteé los ojos.

—Mucha, porque leí todos tus artículos. Eres buena, y mereces que se te dé la oportunidad. Ahí la tienes, la has cogido, y esa entrevista va a ser tuya.

—Así tenga que colarme en su hotel y... —Abrí los ojos ante la idea que me había venido a la cabeza, era una locura, pero, ¿qué no hacían los periodistas del corazón por conseguir una buena exclusiva? Locuras, sin lugar a

dudas.

—¿Rocío? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Tengo que dejarte, hablamos más tarde. Adiós.

Corté la llamada y le puse un mensaje a Alejandra, necesitaba que fuera a la cafetería para hablar con ella. Como bien era sabido, en situaciones desesperadas había que tomar medidas desesperadas, o algo así.

Pues ella era la clave, mi mejor amiga era la persona que podría ayudarme en ese momento para conseguir lo que quería. Y una vez que tuviera la entrevista de Eloi Santos que me haría obtener una especie de ascenso en el periódico, se la plantaría a Elena en toda la cara, impresa, con colores resaltando las palabras y frases más destacadas.

Esa entrevista iba a ser mía.

dudas.

—¿Rocío? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Tengo que dejarte, hablamos más tarde. Adiós.

Corté la llamada y le puse un mensaje a Alejandra, necesitaba que fuera a la cafetería para hablar con ella. Como bien era sabido, en situaciones desesperadas había que tomar medidas desesperadas, o algo así.

Pues ella era la clave, mi mejor amiga era la persona que podría ayudarme en ese momento para conseguir lo que quería. Y una vez que tuviera la entrevista de Eloi Santos que me haría obtener una especie de ascenso en el periódico, se la plantaría a Elena en toda la cara, impresa, con colores resaltando las palabras y frases más destacadas.

Esa entrevista iba a ser mía.

Capítulo 21



A mi amiga no me costó mucho persuadirla, otra cosa fue convencer a su contacto en el hotel, ese al que Alejandra me dijo que, después de conseguir lo que le habíamos pedido, le debería una grandísima.

Pero aquí estaba yo ese jueves, dos días después, como periodista acreditada para la rueda de prensa que tendría lugar en el hotel donde se alojaban Eloí Santos, el resto de reparto de la película, y todo el equipo de prensa, así como el séquito de guardaespaldas que tenían.

Alejo se encargó de conseguir la acreditación el día anterior por la mañana, necesitaba infiltrarme como había hecho en los diversos foros, al menos era la coartada que tenía para poder llevar a cabo mi plan posterior, solo esperaba que este no fallase estrepitosamente.

Me situé al fondo de la sala, donde ni el propio Eloí, ni alguno de sus guardaespaldas, pudieran reconocerme. Tomé notas de algunas de las preguntas que mis compañeros de profesión le hacían a él, así como sus respuestas, esas que podría incluir en el artículo de su entrevista, hice algunas fotos, y cuando la rueda de prensa acabó y pasaron a situarse todos los actores y actrices juntos para posar, fue mi señal.

Miré hacia la puerta y allí vi al hombre que me ayudaría en mi objetivo.

—¿Lucas? —pregunté.

—Rocío, imagino.

—La misma —sonreí.

—Vamos, sígueme.

—Gracias por lo que vas a hacer.

—Mientras no me juegue el puesto —se encogió de hombros—. Más le vale a Alejandra pagarme bien este favor.

—Estoy convencida de que lo hará.

—Por la cuenta que le trae.

No sabía qué era lo que mi amiga le había prometido a este hombre, solo esperaba que no fuera algo de índole sexual o me sentiría como la mierda.

Lucas me llevó hasta la zona donde se cambiaban los empleados, me dio un uniforme de servicio de habitaciones y un carrito lleno de sábanas y toallas limpias, me entregó la tarjeta maestra para poder abrir la puerta, y me indicó el número de la suite de Eloi Santos.

En cuanto me cambié de ropa, empujé el carrito fuera y caminé por el pasillo como si fuera una empleada más.

Cogí el ascensor de servicio y cuando llegué a la última planta, fui hacia la puerta. Por suerte Lucas se había encargado de que nadie hiciera la habitación hasta que fuera yo.

Llamé a la puerta, me identifiqué, y al no recibir respuesta, abrí con la tarjeta.

Aquella suite era más grande que mi piso. Estaba en el salón que hacía las veces de comedor y era una maravilla.

A la derecha estaba la habitación, y allí me dirigí empujando el carrito.

No iba a cotillear nada, solo haría la cama, cambiaría las toallas, y esperaría a Eloi Santos en la soledad de su suite para presentarme.

¿Sonaba tan jodidamente loco como me estaba pareciendo en ese momento? Por Dios, iba a fracasar, era un hecho.

Estaba terminando de hacer la cama cuando escuché que se abría la puerta de la suite, estiré bien las sábanas y la colcha y salí empujando el carrito. Una risa femenina llegó a mis oídos, y después, un jadeo.

—Vaya, parece que alguien se alegra de verme —murmuró la mujer.

—Te sobra ropa.

Pero, ¿qué coño? ¿Se lo iban a montar allí fuera? No, no, no. No pensaba quedarme a escuchar cómo ese hombre tenía sexo.

Empujé el carrito hacia fuera, carraspeé al salir y ambos se giraron.

Yo caminaba con la cabeza inclinada, no quería que me reconociera.

—Ya me marcho, señor Santos. La suite está lista —dije yendo hacia la puerta, esa que abrí para salir y dónde, cómo no, había un guardaespaldas.

Me miró con la ceja arqueada, lo vi por el rabillo del ojo mientras cerraba la puerta, y continué caminando hacia el ascensor de servicio, donde me dejé caer sobre la pared del fondo con los ojos cerrados.

¿De verdad iba a ser tan difícil conseguir una entrevista con ese hombre? Por el amor de Dios.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Trabajando.

—Ay, mi niña, lo siento. Te llamo luego, entonces.

—No, no, dime. Necesito un descanso.

Salí del ascensor con el maldito carrito mientras hablaba con mi madre. Me dijo que ya tenían los pasajes para el crucero y que se irían el siguiente miércoles, pero quería pasar antes una tarde de chicas conmigo, quería hacer algunas compras puesto que había leído en el folleto que les dio la chica de la agencia de viajes, que habría algunos espectáculos en vivo durante las cenas y quería llevar algunos vestidos elegantes para la ocasión.

Quedamos en ir el sábado, aunque al día siguiente iba a ir a comer a su casa, pero de ese modo se aseguraba de que no hacía planes.

Cuando colgué vi que Lucas entraba en la sala.

—¿Has podido? —preguntó.

—No, llegó con compañía femenina y no iba a quedarme allí mirando.

—Vale, entonces eso nos lleva al plan B, supongo.

—Supones bien —suspiré.

—Ve a tomar algo, aún falta para la hora de la comida.

—Si esto resulta, la que te deberá un favor seré yo —sonreí—. Eso sí, no me pidas sexo que...

l

—Tranquila, que no eres mi tipo.

—Eres más del tipo de Alejandra, entiendo —sonreí.

—Tampoco, soy más del tipo del rubio al que quieres entrevistar —me hizo un guiño.

—Oh —lo miré sorprendida, no me dio la sensación de que fuera gay, y eso que conocía a algunos antiguos compañeros de carrera y siempre había sabido diferenciarlos.

—Espera, ¿creíste que el favor que tendría que hacerme Alejandra, era sexual? —ahí soltó una carcajada, pero con todas sus ganas— No estáis mal ninguna de las dos, y si fuera hetero, os tiraría la caña. Pero no, mi chico quiere asistir al concierto de su cantante favorito en dos semanas y llegamos tarde para conseguir las entradas. Alejandra dijo que conocía a alguien, que a su vez conocía a alguien cercano a él, y podría conseguirme un par de entradas. Planeo pedirle que se case conmigo, y me pareció romántico hacerlo mientras escucha su canción favorita.

—Sí que lo es. Si acepta, me ofrezco voluntaria para ayudarte a preparar la boda.

—Te tomo la palabra, porque como mi jefe se entere de que estoy colando a una periodista en el hotel, me va a relegar a fregar platos el resto de mi vida, eso, como poco. Lo peor será el despido.

—Tranquilo que nadie sabrá que me has ayudado, ni, aunque me intenten sacar información con terribles torturas. Voy a tomar algo, tengo que preparar bien mi siguiente movimiento —suspiré.

Tras ponerme de nuevo mi ropa salí del hotel sin llamar la atención, fui hacia una cafetería cercana, pero donde sabía que Eloi Santos no entraría, me tomé un refresco y un pincho de tortilla que me supo a gloria, y ultimé los detalles de mi plan.

Debía conseguirlo, o acabaría por escribir artículos sobre perros, gatos y plagas el resto de mis días en el periódico.

Alejandra: *¿Qué tal ha ido la misión? ¿Tenemos la entrevista? Dime que sí, porque estoy que me como las uñas de pensar que te hayan podido llevar a comisaría detenida.*

Rocío: *No, no tengo la entrevista porque el objetivo llegó con una mujer a la suite. No me quedé para ver cómo se lo montaban, ¿sabes?*

Alejandra: *Ok, ok. Entonces, ¿plan B?*

Rocío: *Plan B. Y si ese no funciona, pasaré a planear el plan C, y el D, y el E, y... ¿Cuántas letras del alfabeto crees que tendré que usar hasta conseguir esa maldita entrevista? ¿Te he dicho ya cuánto odio a Elena?*

Alejandra: *Creo que, si el plan B fracasa, podemos llevar a cabo un intento más. Chica, si hasta se me está pasando por la cabeza que te insinúes delante de él y así... No, mejor no. Olvida eso, seguramente sería lo que te pediría Elena, y yo no soy tan zorra como ella. Tranquila, cariño, que, si el B fracasa, ya pensaré en algo. Que la suerte te acompañe.*

Rocío: *Desde luego que no se me pasa por la cabeza seducir y acostarme con un hombre solo por conseguir una entrevista. Suerte, dice. ¿Puedes ir a la iglesia y encender varios cirios por la causa? Porque, más que suerte, necesito un milagro. Después te cuento.*

Sí que necesitaba un milagro, sí, toda ayuda divina en ese momento de mi vida sería bienvenida, puesto que el tiempo corría, tal como dijo Elena, y el plazo de dos semanas empezaba a menguar a pasos agigantados.

¿Qué había sobre las medidas desesperadas? Porque al final me veía colándome en cualquier otra rueda de prensa y haciendo preguntas personales rezando para que me las respondiera.

Suspiré y escuché que me llegaba un nuevo mensaje, esta vez era de Alejo.

Alejo: *¿Todo bien? Ya sabes que confío en que lo vas a conseguir, pequeña. Si no es a la primera, será a la segunda, y si no, a la tercera. No te rindas.*

Acompañaba el mensaje con un emoji con un guiño y otro con un beso.

Sonreí y pensé en él. ¿Sería posible que fuera un hombre tan romántico, cuando la apariencia que tenía era la de mujeriego ante la prensa?

Quizás solo era así conmigo, o era lo que yo quería pensar.

Terminé de tomar aquel tentempié y regresé al hotel, donde Lucas me esperaba con una amplia sonrisa y el uniforme de camarera.

—¿Lista? —preguntó mientras lo cogía.

—Solo espero no tirarle nada encima —suspiré.

—Menos mal que no suele pedir sopa, ni consomés, ni siquiera gazpacho, con lo bueno que le sale a nuestra chef —sonrió.

Volví a cambiarme de ropa y Lucas me llevó hasta el restaurante del hotel, entramos en la cocina cuando le indicaron en qué mesa estaba sentado Eloi Santos, me la indicó para que fuera hacia allí.

—Buenas tardes, señor. Hoy seré su camarera —dije, esperando que no me reconociera de cuando me dio el móvil, ni de esa mañana en su suite—. ¿Qué desea tomar?

—Trae vino, por favor, estoy esperando a alguien para comer.

—Enseguida.

Me acerqué a Lucas, que ya me tenía preparada la botella de vino que solía pedir, le informé que estaba esperando a alguien y fui a servirle.

Notaba que me miraba y solo esperaba que no me reconociera, me había puesto unas gafas falsas para que no se me viera la cara, ojalá con eso bastase.

—Eloi, lamento llegar tarde —dijo un hombre de unos cincuenta años sentándose frente a él.

—Tranquilo, acababa de llegar. ¿Vino? —le preguntó.

—Sí, por favor.

Le serví y me retiré hasta que hubieran decidido qué comer. Me llamó poco después, les tomé nota y pasé la siguiente hora y media siendo todo lo servicial y profesional que pude.

Cuando me acercaba a la mesa ambos se quedaban callados, tampoco es que a mí me interesase la conversación

que fueran a mantener.

Para cuando tomaron los postres y pidieron el café, pensé que iba a volver a fracasar, así que me resigné a ello y fui dando vueltas en mi cabeza a las infinitas posibilidades de conseguir esa entrevista. Todas me parecían difíciles e imposibles de conseguir, por no decir que en muchas de ellas incluso podrían detenerme.

¿Y si me hacía pasar por una de sus enfervorecidas fans? Mezclarme con ellas, seguirlo, preguntarle cosas. Después publicaría la entrevista.

Pero claro, eso conllevaría una demanda para el periódico, y no podía hacerle eso.

Y justo ahí, cuando pensaba que nada podría hacer para obtener la entrevista, Eloi Santos se quedó solo en la mesa, me agarró por la muñeca cuando iba a marcharme tras retirar las tazas de café, y me miró fijamente a la cara con esos ojos azules que parecían estar llenos de curiosidad.

—¿Fan, o periodista? —preguntó, y a mí se me abrieron los ojos y juraría que se me había desencajado la mandíbula.

Carraspeé, fingiendo no entender, y así se lo hice saber.

—No sé a qué se refiere.

, —Es fácil. Eres una fan que quieres conseguir un autógrafo o, tal vez, una noche conmigo. O, por el contrario, eres una periodista que busca una entrevista.

—Yo...

Si en ese momento me pinchaban, no me sacarían ni una gota de sangre. ¿Tan mal se me había dado para que me hubiera pillado? Por Dios, Alejandra iba a ponerse histérica cuando se lo contara.

—¿Y bien? —arqueó la ceja, sin soltarme. Suspiré, cerré los ojos y confesé.

—Periodista.

Cuando lo miré, vi que asentía antes de soltarme. Cogió la pequeña libreta junto con el boli que llevaba en el bolsillo del chaleco del uniforme, garabateó algo y volvió a guardarlo de nuevo mientras se ponía en pie.

No dijo nada, tan solo se alejó y yo me quedé ahí parada como una estatua hasta que reaccioné y fui hacia la

cocina.

—¿Y bien? —preguntó Lucas.

—Me ha descubierto.

—No me jodas —abrió mucho los ojos—. ¿Y qué te ha dicho?

—Nada, solo, se ha ido.

—Vale, tienes que irte. ¡Ya!

^a Dejé todo en la cocina, fui a la sala a cambiarme, guardé la libreta en mi bolso y salí corriendo del hotel para meterme en el coche.

Una vez allí, sola, pero nada tranquila, saqué la libreta.

“Mañana por la noche, a las nueve, en el restaurante junto al paseo marítimo donde te vi corriendo la otra mañana. Si quieres una entrevista, no llegues tarde”

Y eso era todo, una petición para encontrarme con él y que me concediera una entrevista.

Solo que me había descubierto desde el primer día.

Desde luego, como espía era malísima, nada que ver con sus fans, que parecían tener todas, un máster.

cocina.

—¿Y bien? —preguntó Lucas.

—Me ha descubierto.

—No me jodas —abrió mucho los ojos—. ¿Y qué te ha dicho?

—Nada, solo, se ha ido.

—Vale, tienes que irte. ¡Ya!

Dejé todo en la cocina, fui a la sala a cambiarme, guardé la libreta en mi bolso y salí corriendo del hotel para meterme en el coche.

Una vez allí, sola, pero nada tranquila, saqué la libreta.

“Mañana por la noche, a las nueve, en el restaurante junto al paseo marítimo donde te vi corriendo la otra mañana. Si quieres una entrevista, no llegues tarde”

Y eso era todo, una petición para encontrarme con él y que me concediera una entrevista.

Solo que me había descubierto desde el primer día.

Desde luego, como espía era malísima, nada que ver con sus fans, que parecían tener todas, un máster.

Capítulo 22



Cuando le dije a Alejandra que Eloí Santos me había descubierto, entré en pánico. Solo hasta que le dije que me había citado para cenar esa noche de viernes con él.

—*Pues ya puedes aprovechar para para hacerle todas las preguntas que puedas, porque en otra no te ves* —fue su respuesta.

Y me había pasado toda la mañana en mi cubículo pensando en esas preguntas que podría hacerle y que, al ser algunas personales, y no profesionales, esperaba que respondiera.

Alejo me llamó a su despacho, donde debía decir que me besó hasta hacer que me olvidara de dónde estábamos, y me dijo que no estuviera nerviosa por la entrevista, y mucho menos porque me hubiera descubierto.

—*Incluso a los mejores de esta profesión los descubrieron en sus inicios.*

No se hacía una idea de lo tranquila que me dejaron esas palabras.

A mis padres y mi hermano, les conté todo lo relacionado con la entrevista y lo que había hecho para conseguirla. Mi madre se llevó las manos a la cabeza cuando dije que me había dado una buena carrera, mi hermano me echó la bronca por no ir a urgencias, que podría haberme infartado, dijo. Exagerado había salido un poquito.

Y ahí estaba yo, viernes a las ocho y cincuenta y siete minutos de la noche, sentada en el coche respirando hondo antes de salir a encontrarme con Eloí Santos.

Según Alejandra no podía ir en vaqueros, así que me decidí por un vestido azul entallado, a la altura de las rodillas, de tirante ancho y escote no muy pronunciado, con un cinturón blanco.

Cogí el bolso, y tras comprobar que llevaba el cuaderno de notas y el bolígrafo, salí del coche.

Al entrar en el restaurante eché un vistazo al salón, prácticamente todas las mesas estaban llenas, y al fondo vi el cabello rubio de Eloi. Estaba de espaldas por lo que no me vio entrar.

—Buenas noches, señorita. ¿Tiene reserva? —me preguntó el hombre alto y moreno que no dejaba de sonreír.

—Me está esperando... Eloi Santos —murmuré y él asintió.

—Sígueme, por favor.

Me llevó por el salón hasta la mesa en la que lo había visto sentado, le indicó que la persona que esperaba había llegado, y se puso en pie.

Llevaba un traje gris con una camisa blanca, iba sin corbata y lucía bastante bien.

—Veo que has sido puntual... —me miró con los ojos entrecerrados, esperando que le dijera mi nombre.

—Rocío.

—Rocío —sonrió—. Me gusta la gente puntual. ¿Vino?

—Agua, gracias.

Eloi asintió, llamó a uno de los camareros, pidió agua y ordenó que nos sirvieran la cena.

—Espero que no te importe que haya pedido por los dos.

—No, claro —sonreí.

—Bien, Rocío, ¿por qué me has estado siguiendo desde el martes? Y antes de que respondas, ¿estás bien? No pareces una corredora habitual.

—Dios, ¿hasta eso notaste? Qué vergüenza —me cubrí el rostro y él soltó una carcajada.

—Digamos que llevo más de veinte años corriendo todas las mañanas, y sé quién no ha corrido en su vida. Parecías necesitar una bombona de oxígeno el otro día.

—De hecho, mis pulmones lo habrían agradecido —resoplé—. Y ahora, respondiendo a tu pregunta, mi jefa me

asignó un nuevo trabajo el lunes.

—Y ese trabajo soy yo, intuyo.

—Intuyes bien. Disculpa, te estoy tuteando y...

—Tranquila, lo prefiero —sonrió—. Así que eres periodista.

—Sí, en uno de los periódicos más importantes de la ciudad.

—Supongo que eres consciente de que no concedo entrevistas que no estén relacionadas con las ruedas de prensa, donde por cierto te vi el otro día.

—Vale, ha quedado claro que no podría ganarme la vida como espía.

—No, no serías una buena agente Bond.

—Genial. Y sí, sé que no concedes entrevistas, de hecho, le dije a mi jefa que sería imposible obtener una tuya, y me dio de plazo dos semanas para conseguirla.

—Vale, y dices que eso fue el lunes, o sea, hace hoy cinco días.

—Exacto, lo que me deja con nueve días para hacer esa entrevista.

—En el caso de que accediera a hacerla —elevó ambas cejas.

—Sí —suspiré.

—Señor —ambos miramos al camarero que llegaba, junto con uno de sus compañeros, con varios platos que fueron colocando en la mesa.

Había tostas de salmón, brochetas de pollo, tomates cherry y queso, buñuelos de carne y pimientos, y una bandeja de marisco.

—Gracias —dijo Eloi, antes de que se retiraran—. Espero que te guste.

—Se ve todo delicioso —sonreí.

—Hablemos de esa entrevista. ¿Qué tipo de preguntas habría? —interrogó mientras cogía una tosta.

—De todo, no me centraría solo en lo personal, aunque, como de tu vida privada no hay nada...

—Esas preguntas serían necesarias, entiendo.

—Eso es.

—Vale, preguntas profesionales y personales, entonces.

—Ajá.

—Rocío, nadie ha tenido acceso a mi vida privada porque no he querido que así fuera. Soy muy celoso de mi intimidad y, aun así, muchos periodistas del corazón se las ingenian para pillarme en una cita, o con una actriz o modelo saliendo de un estreno, de un evento al que hayamos acudido, y todos esos rumores no hacen más que darme dolores de cabeza. Mi jefa de prensa tiene una crisis nerviosa cada vez que aparece algo de eso, y ha amenazado con renunciar a su puesto veinte veces, solo en los últimos tres meses, puedes echar la cuenta de las veces que lo ha dicho a lo largo de la última década. Dice que para cuando ella cumpla los cuarenta, su preciosa melena pelirroja será toda blanca. Debo decir que a Gaby le gusta exagerar.

Sonreí, y al igual que él, cogí una brocheta.

—Entiendo que debe ser incómodo, pero te aseguro que, dentro de lo personales que serían las preguntas, me aseguraré de que no lo sean tanto. Es decir, no preguntaré sobre nada que no quieras que sea tratado. Sé que algunos famosos no quieren hablar de sus familias, por ejemplo, los quieren mantener al margen.

—No sería mi caso, no hay familia —sonrió con tristeza—. Aun así, hablar de ellos no me parecería mal, es por mis padres por quienes soy quien ves, quien todo el mundo ve.

—¿Ellos... están...?

—Muertos, sí.

—Lo siento.

—Gracias, fue hace tiempo.

—Oye, no estoy en plan periodista ahora mismo, ni siquiera he sacado mi cuaderno de notas.

—Lo sé —volvió a sonreír, y a pesar de que era ese gesto que ponía en sus películas o en los *photocalls*, se veía sincera y genuina—. ¿Qué tal la comida? —preguntó cuando nos habíamos comido un buñuelo cada uno.

—Buenísima —admití.

— Me alegre.

Su móvil sonó en ese momento, echó un vistazo a la pantalla y se disculpó poniéndose en pie. Lo vi salir hacia la zona de playa y me quedé allí esperando.

Saqué el móvil del bolso y le mandé un mensaje a Alejandra para ponerla al día, me pidió que le dijera cómo me iba en cuanto pudiera, así que lo hice. No tardó en responder.

Alejandra: *Ok, te estás ganando su simpatía y su confianza, entonces. Eso es bueno. Seguiré rezando a la Virgen del Rocío para que tengas suerte y te conceda la entrevista. Eso, o me encomiendo al hermano gemelo de nuestra jefa y le vendo mi alma a cambio de la entrevista.*

Rocío: *Mejor sigue rezando, no vaya a ser que ni siquiera el Diablo quiera tu alma. Te dejo, que ya vuelve.*

Alejandra: *Suerte, cariño.*

—Disculpa, era Gaby. Me pedía que no llegara tarde al hotel, mañana tenemos otra rueda de prensa.

—No te entretendré mucho, descuida.

—Debo admitir que, salvo las fans más atrevidas, y tengo algunas que han hecho auténticas locuras por un autógrafo, una foto, o simplemente verme de cerca, eres la primera periodista que hace todo lo que has hecho para conseguir una entrevista. Me sorprendió verte en la cafetería después de que estuvieras en la playa. ¿Cómo me encontraste?

—Ah, eso, gracias a tus fans. ¿Sabes que hay muchos foros sobre ti? Y miles de fotos en todos ellos. O sea, incluso en uno tienen un horario con todo lo que hiciste en los dos primeros días en esta ciudad.

—¿En serio? Tengo que contarle eso a Gaby, probablemente entre en otra crisis y amenace de nuevo con renunciar al trabajo —volteó los ojos.

—Quizás incluso aumente la vigilancia que tiene sobre ti —sonreí—. Creo que esos tres hombres no podrían con una estampida de fans pidiendo a gritos que las hagas tuyas.

—Ah, y esa chica fue sutil, hay quien directamente me ha dicho, y cito de forma literal, arráncame la ropa con la boca y devórame.

—¡No! —abrí los ojos y me eché a reír cuando asintió.

—Eso es desde que hice la película donde se llevaba a cabo esa escena.

—Un buen dato para añadir a mi entrevista. Debería tomar notas.

—No he aceptado —rio.

—Pero podrías.

—Podría, sí, pero solo porque has demostrado que tienes interés en hacerla.

—¿Entonces? —me mordisqueé el labio, esperando una respuesta.

—Entonces, Rocío, accederé a concederte una entrevista, pero bajo unas condiciones.

—Claro, lo que sea. Es decir, temas que no quieras que sean tratados y demás, no pondré objeciones.

—Mis condiciones son que cenas conmigo cada noche de la semana que viene. Y durante la cena podrás hacerme cinco preguntas, y solo una de ellas será en lo que, a mi vida personal, y privada, se refiere.

—¿Siete cenas? No, yo no... —pensé en Alejo, y en que él quería que cenáramos alguna noche de la siguiente semana, además de pasar el fin de semana juntos.

Si accedía a la petición de Eloi, no sabría cómo se lo tomaría Alejo, y, si no lo hacía... Elena diría que no era buena periodista y seguiría con esos artículos de poca importancia, o sería despedida.

—¿Hay trato? —preguntó extendiendo la mano hacia mí, por encima de la mesa.

—Hay trato —respondí mientras la estrechaba tras un suspiro.

Eloi sonrió de nuevo, terminamos de cenar y regresó al hotel tras intercambiar nuestros teléfonos.

La había conseguido, no me podía creer aún que había conseguido la entrevista.

Rocío uno, Elena, la gemela del Demonio, cero.

Rocío uno, Elena, la gemela del Demonio, cero.

Capítulo 23



Después de haber pasado la tarde comprando con mi madre, fui a darme una ducha y cambiarme para salir a cenar con Alejo.

A las ocho y media, puntual como dijo, estaba esperándome frente a mi edificio.

—Hola —sonreí al subir al coche.

—Hola, preciosa —me atrajo hacia él con la mano en mi nuca y me besó.

Desde el día anterior por la mañana no nos veíamos, él había tenido una cena con unos amigos suyos y de Mario, al mismo tiempo que yo cenaba con Eloi Santos, y quedamos en vernos esta noche.

—¿Qué tal tu cena de chicos? —pregunté cuando puso el coche en marcha y entrelazó nuestras manos.

—Bien, recordando viejos tiempos de la facultad —rio—. Hablando de sus matrimonios y sus hijos.

—Oh, oh. ¿Quiere eso decir que tu primo y tú, sois los únicos solteros?

—Así es. ¿Y tu noche? ¿Cómo fue con Eloi Santos?

—Bien, es un hombre simpático y agradable. Pensé que me encontraría con un estúpido egocéntrico —reí—, pero la verdad es que es bastante normal.

—¿Accedió a la entrevista?

—Sí, lo hizo.

—Sabía que lo conseguirías —me dio un apretón en la mano.

—No las tenía todas conmigo, la verdad. De todos modos, puso un par de condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Que cene cada noche de la semana que viene con él, y me concederá cinco preguntas por noche, de las cuales solo una puede ser sobre su vida fuera de lo profesional.

—¿Y tienes pensadas las preguntas?

—Algunas, al menos en lo que a su trabajo se refiere. Sobre las personales, bueno, tengo que pulirlas bien.

Alejo asintió y permaneció callado el resto del trayecto hasta el restaurante.

Cuando llegamos, me cogió de la mano para entrar y no me soltó hasta que fui a sentarme en la silla.

Pidió vino, cogí la carta para echar un vistazo a los platos, y estuve manteniendo una lucha interna conmigo misma para decantarme por uno u otro de los dos que más me habían llamado la atención.

Finalmente fue el solomillo en salsa de manzana con puré de patatas el ganador.

—Cuando Elena sepa que has conseguido la entrevista, no se lo va a creer —dijo tras dar un sorbo a su copa.

—Ni yo misma me lo creo aún. He estado a punto de llamar a Eloi un par de veces solo para que me confirme si realmente va a concedérmela —volteé los ojos y Alejo soltó una carcajada.

—Ya puedes aprovechar bien esas cenas, son treinta y cinco preguntas.

—Sí, pero, solo siete sobre su vida personal, y Elena quería más de eso —suspiré.

—Pequeña, el hecho de que Eloi Santos haya accedido a conceder una entrevista fuera de las ruedas de prensa, ya es todo un logro. Elena deberá conformarse con eso y, si no lo hace, es su problema. Mi tío, Mario y yo, estaremos más que satisfechos con que sea en nuestro periódico donde conceda la primera entrevista fuera del mundo del cine.

—Creí que te incomodaría que tuviera que cenar con él.

—Es trabajo, Rocío, nada más que eso —sonrió y me cogió la mano por encima de la mesa.

—Oh, mierda, acaba de entrar Elena —dije soltando su mano.

Alejo frunció el ceño, miró hacia la puerta y suspiró.

Mi jefa, que iba acompañada de otras dos mujeres, no tardó en vernos y, tras arquear la ceja, se dirigió a nosotros.

—No, no, no —murmuré.

—Tranquila, solo sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Vaya, no esperaba encontrarme aquí contigo, Alejo —dijo con una sonrisa—, y con una de las redactoras, nada menos —me miró como solía hacer en las oficinas, como si yo no fuera más que un mosquito en su zapato.

—Supe que Rocío habló ayer con Eloí Santos, la llamé esta mañana para tener una cena de trabajo, dado que tú le pediste una entrevista suya, ¿no es así? —respondió él.

—Sí, y ambos sabemos lo difícil que es de conseguir. No digo que ella no vaya a poner esfuerzo, pero, ¿crees que lo conseguirá?

—De hecho, la ha conseguido.

—¿Cómo has dicho? —Abrió los ojos sorprendida.

—Lo que oyes, Rocío ha conseguido que Eloí Santos le conceda una entrevista, así que la tendrás en tu correo, a tiempo para la edición de dentro de doce días.

—Le di dos semanas de plazo.

s—Correcto, y si las matemáticas no me fallan, y créeme, no lo hacen, hoy es el sexto día de los catorce, teniendo en cuenta que el decimocuarto sería el próximo domingo, y que ella debería decirte el lunes siguiente, al decimoquinto día, si estaba hecha o no, y que entre redactar y maquetar se le irán al menos dos días, eso nos lleva al miércoles, por lo que la entrevista saldrá en la edición del jueves. Dentro de doce días exactos, desde hoy.

Callada, así se quedó Elena después de la aclaración que le había hecho Alejo.

—No sé cómo la has conseguido, o lo que tendrás que hacer para que responda a las preguntas, solo espero que sean interesantes y que hagas que la gente conozca un poco más a la persona, y no al actor —me dijo—. Disfrutad de la cena.

Se fue con esa cara de disgusto que ya conocía, y tomó asiento junto a sus acompañantes.

—No sé si se cree que esto es una cena de trabajo —comenté.

—Puede creerlo o no, no es mi problema. De todos modos, estamos hablando de trabajo, ¿no?

—Sí, pero...

—Otra cosa es lo que tengo en mente que pase después de nuestra cena, y eso, pequeña, a Elena no le incumbe —me hizo un guiño y sonreí.

Además de que me sonrojé de pies a cabeza, cosa que me pasaba cada vez que tenía a ese hombre cerca.

—¿Y yo puedo saber qué es eso que tienes en mente para después de esta cena? —pregunté, y por cómo me miraba, me mordí el labio anticipando su respuesta.

—Tomarte a ti de postre —respondió.

¿Lo hizo? Por supuesto que sí.

Alejo me llevó a su casa después de cenar, y tras tomarnos una copa de ese whisky con sabor dulzón al que corría el riesgo de aficionarme, no dudó en comenzar a desnudarme allí mismo, en el salón, para llevarme al orgasmo como antesala de lo que estaba por llegar.

Y lo que llegó durante el resto de la noche, así como por la mañana, después de comer y antes de que me llevara de vuelta a mi casa en la noche de un domingo que me resultó como vivir otro sueño con él, fueron besos, caricias risas, complicidad y una conexión entre ambos, en todos los sentidos, por la que podía jurar, sin el menor rastro de duda, que acabaría enamorándome de ese hombre.

Lo único que esperaba era no enfrentarme a la decepción de que, fuera lo que fuera esto, para él no significara nada. Si le entregaba mi corazón, ¿lo rompería?

l

.

),

e

Capítulo 24



Llegó el lunes por la noche y, con él, la primera ronda de preguntas con Eloí Santos.

Me había enviado un mensaje a primera hora de la mañana diciendo que un coche me recogería en mi casa a las ocho, por lo que le di mi dirección, y él me estaría esperando a las ocho y media en su hotel. Iba a tener el día bastante ajetreado y acabaría tarde para ir a cenar fuera, por lo que lo haríamos en el restaurante del hotel.

Me puse un vestido blanco y tacones negros, tenía que estar a la altura del hotel más lujoso de la ciudad. A las ocho llamaron al telefonillo y bajé para encontrar un coche negro y un chófer de lo más sonriente.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches.

Tomé asiento en la parte trasera y, en cuanto ocupó su asiento, puso rumbo al hotel.

Pasé el camino hablando por mensaje con Alejandra, que me volvía a preguntar por enésima vez ese día, si tenía claras las preguntas que iba a hacerle.

Ella me había ayudado a prepararlas, investigando en Internet qué preguntas le habían hecho sobre el trabajo para procurar no repetir esas mismas. Teniendo en cuenta que la mía sería la entrevista con más preguntas que se iba a publicar desde que Eloí Santos empezó su carrera, debía tomarme mi tiempo en hacer las mejores y más interesantes. Aunque era inevitable no preguntar algo que ya se sabía sobre él, solo que se le podía dar una vuelta y hacer que ampliara aquellas respuestas.

Comprobé de nuevo que llevaba el cuaderno en el bolso, y cuando iba a guardar el móvil, recibí un mensaje de Alejo.

Alejo: *Nada de nervios esta noche, pequeña, sé que lo harás genial. ¿Comemos juntos mañana?*

Rocío: *No estoy tan nerviosa como pensaba. Gracias por la confianza. ¿Cómo te fue el día? ¿Ya has terminado tus reuniones? Acepto la invitación a comer mañana.*

Alejo había pasado el día fuera de la oficina. Tenía algunas reuniones con presentadores de programas de actualidad e interés público de televisión que querían contar con Alejandra como colaboradora en sus charlas sobre temas del corazón.

Cuando se lo dijo a ella por la mañana casi se desmaya. Alejo dijo que no aceptaría a no ser que ella quisiera hacerlo, puesto que algunas veces iría como colaboradora a unos programas de la tarde, y otras, por la noche.

Estuvo encantada, y Alejo dijo que negociaría unas buenas condiciones para ella.

Alejo: *Todo perfecto, dentro de un par de semanas veremos a Alejandra en la gran pantalla. Te veo mañana en la oficina, un beso, preciosa.*

—Hemos llegado, señorita —anunció el chófer, miré el reloj y vi que aún faltaban quince minutos para la hora a la que me había citado.

Bajó a abrirme la puerta, sonreí mientras bajaba, y entré en el hotel para dirigirme al mostrador de recepción.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó la recepcionista con una amplia sonrisa.

—Buenas noches. He quedado con el señor Eloi Santos para cenar, me citó aquí a las ocho y media, ¿podría avisarle de que he llegado?

—Por supuesto, deme un momento.

Cogió el teléfono y, tras marcar el número de la suite, habló con él apenas unos segundos. En cuanto colgó, me dijo que le había pedido que lo esperara en el bar, allí me encontraría para después ir a cenar.

Asentí, caminé hacia el bar, tomé asiento en uno de los taburetes de la barra y me pedí una copa de vino blanco mientras esperaba.

Había varias mesas ocupadas y en la barra tan solo se encontraban un par de personas más. Uno era un hombre en traje bebiendo whisky mientras miraba la pantalla oscura de su móvil, la otra, una mujer elegantemente vestida que no dejaba de mirar hacia la puerta.

Eché un vistazo al reloj y vi que pasaban diez minutos de la hora a la que me había citado. Cuando miré hacia la

puerta, lo vi aparecer algo apurado.

—Lo siento, discúlpame, pero ha sido un día de locos y cuando llegaste, aún no había acabado mi reunión con Gaby, tuve que ducharme y vestirme en cuanto se fue.

—Tranquilo, espero que no se tratara de otra crisis nerviosa —sonreí.

—No, solo ultimaba los detalles para las próximas ruedas de prensa, entrevistas a cerca de la película en algunos programas de televisión, esas cosas. ¿Quieres otra copa o pasamos al restaurante?

—Oh, como tú prefieras.

—Vale, entonces tomaré un whisky, si no te importa —dijo llamando al camarero y pidió para los dos—. Así que⁷ aquí estamos.

—Aquí estamos —sonreí.

—¿Tienes preparadas todas las preguntas?

—Sí, absolutamente todas.

—Espero no tener que preocuparme por esas siete preguntas sobre mi vida privada.

—Puedes estar tranquilo, son preguntas normales.

—Confío en que así será —sonrió.

Nos tomamos la copa mientras me hablaba sobre el día que había tenido, de un lado para el otro, de la rueda de prensa a una entrevista, de allí a una visita a algunos de los lugares donde rodaron la película para hacer algunas fotos promocionales, y vuelta a otra entrevista.

Pasamos al restaurante, donde pedí agua para beber puesto que con dos copas de vino estaba más que servida, dado que tenía que trabajar. Pedí para comer, ensalada de primero y un pescado de segundo para ambos.

—Bien, cuando quieras, podemos empezar —dijo dando un sorbo a su copa de vino.

Sonreí, saqué el cuaderno y el móvil del bolso, puse este último en modo grabadora, y respiré hondo antes de comenzar.

—Antes que nada, señor Santos —dije ya en modo periodista, y él arqueó la ceja y sonrió al escucharme llamarlo así—, quería agradecerle que conceda a nuestro periódico esta entrevista. Sabemos que nunca lo hace fuera de las ruedas de prensa y entrevistas promocionales sobre sus películas.

—Debo reconocer que fuiste intrépida hasta hacerme aceptar —rio—. Pero, por favor, llámame Eloi.

—Claro —carraspeé y pasé a leer la primera pregunta—. Eloi, llevas trabajando en el mundo del cine veinte años, se te conoce por tus papeles de chico rebelde, de policía con aspecto rudo y de chico malo, pero, ¿qué puedes decirnos sobre tus inicios en la interpretación?

—Fueron algo difíciles, si te soy sincero. Todo comenzó con un casting al que un amigo me dijo que iba a ir, estaban buscando veinteañeros para una película, debíamos interpretar a estudiantes universitarios. Él tenía ese aspecto de empollón perfecto para uno de los papeles, y le cogieron. A mí, en cuanto el director de casting me vio con los vaqueros, las deportivas y una chupa de cuero que me había regalado mi madre el año anterior, dijo que era el indicado para uno de los chicos malos. No era el papel protagonista, solo uno de los secundarios, al igual que el de mi amigo, pero entramos los dos. Después de esa película pensé que no iba a volver a interpretar ningún otro papel, por lo que continué trabajando en el mismo taller mecánico en el que llevaba desde los diecisiete, donde empecé solo como ayudante. Hasta que, seis meses después del estreno, contactó conmigo ese mismo director de casting y me dijo que tenía un papel para mí. Era otro secundario, esta vez el hermano pequeño y rebelde de un policía, no lo rechacé. Compaginaba ambos trabajos y así estuve durante tres años, mientras hacía algunos papeles secundarios, o el director de casting, a quien por cierto hoy en día conservo como un buen amigo, me conseguía algunos pequeños papeles en series, apariciones de unos cuantos capítulos.

—Todos sabemos cuál fue tu primer papel como protagonista. ¿Cómo te sentiste cuando te dijeron que te habían elegido a ti?

—Para ese entonces tenía veintiséis años, y había dejado el taller dos años antes. Recuerdo que estaba en casa, con mis padres, cenando en la noche de Fin de Año. Mi representante me había hablado unos meses antes de esa película, el papel del protagonista tenía mucho que ver con lo que yo mismo había vivido. Podría decirse que prácticamente contaba mi vida —rio—. Salvo algunas cosas que yo no hice durante la adolescencia. Me presenté al casting, había como... veinte actores más para ese papel protagonista. Muchos de ellos ya eran conocidos, otros no tanto, y luego estaba yo, que pensé que viviría a base de papeles secundarios toda mi carrera. Esa noche me llamó mi representante, la conversación empezó de lo más seria, y admito que pensé que el papel se lo habían dado a otro, hasta que dijo que me habían escogido. Puedo decirte que fue el mejor final y principio de año que tuve.

—Esta pregunta es un poco más personal —dije, me dedicó una sonrisa y asintió, sabiendo que habíamos llegado a la parte más desconocida de Eloi Santos—. Nunca has hablado de tu vida personal, tampoco de tu familia. Poco se sabe de ella, si tienes hermanos, dónde viven tus padres, y demás —yo ya sabía que no había padres, ni siquiera hermanos y otro tipo de familiares, pero quería hacer esa pregunta—. Seguro que están todos orgullosos de lo alto

que has llegado. No solo haces películas nacionales, también te llaman importantes directores de Hollywood. ¿Siempre tuviste el apoyo de tu familia?

—Sí, mis padres eran mi única familia, y desde que les dije que había ido a un casting y me habían cogido, me apoyaron en todo, desde el primer momento. Ellos estuvieron allí para despedirme cuando debía ir a rodar fuera de Madrid, donde vivíamos, para recogerme a la vuelta en el aeropuerto. Esperaban con los mismos nervios que yo el estreno, leían las críticas, las notas de prensa, todo aquello en lo que mencionaran mi nombre, por breve que fuera. Cuando les di la noticia de mi primer papel protagonista, mi madre lloró emocionada y mi padre sacó un paquete de puros y una botella de su coñac favorito —rio—. Decía que los puros los guardaba para cuando me casara, pero que esa ocasión era especial y ya compraría otros —sonreí al igual que él—. El rodaje de esa película se prolongó un año, me instalaron en Barcelona, donde estábamos trabajando, y tan solo los veía algunos fines de semana. Cuando se estrenó, los llevé conmigo sin que nadie se fijara en ellos, ni los molestaran, no quería que mi mundo los engullera, ellos necesitaban su privacidad y todo el mundo lo respetaba. Unos meses después me llamaron para decirme que era perfecto para otro papel protagonista, mi carrera sin duda estaba despejando y solo tenía veintiocho años. En esa ocasión nos trasladamos a Los Ángeles, tendría que estar fuera cerca de un año y las visitas a mis padres no podían ser tan frecuentes. En una de esas visitas mi madre me dijo que le habían detectado cáncer de mama, eso me dejó devastado por completo. Quise dejar el trabajo, quedarme con ellos en casa y pasar todo el proceso. Pero no me dejó hacerlo, dijo que lo tenía tan avanzado que no le daban más de unos seis meses de vida. Me pidió que acabara el rodaje, solo quedaban tres meses para rodar y después sería el estreno. ¿Te puedes creer que me prometió que estaría para ver el estreno? —rio, y yo en ese punto tenía las lágrimas inundando mis ojos— Pues sí, cumplió su promesa. La llevé al estreno, y unas semanas después falleció. Mi padre apenas vivió cuatro años más, para ese entonces yo ya estaba triunfando también en Hollywood, me nominaron al Oscar como mejor actor, por la película en la que interpretaba a un soldado estadounidense que volvía de la guerra tras una emboscada en la que algunos de sus hombres murieron y al regresar a casa se encontró con que sus padres habían fallecido. En esa película todas y cada una de las veces que lloré, lo hice de verdad porque acababa de perder a mi padre. Les dediqué el Oscar a los dos, sin que nadie supiera que realmente ya no estaban conmigo. Nunca nadie ha tenido acceso a mi vida privada porque no he querido que así fuera. Soy muy celoso de mi intimidad —dijo para acabar y sonreí, recordando que esas mismas palabras me las dijo en la cena cuando accedí a concederme la entrevista.

—Lamento mucho escuchar eso, debió ser duro para ti.

—Lo fue. Mis padres lo eran todo, y es por ellos que soy quien todos ven —extendió la mano y me secó una lágrima que había conseguido caer y rodaba por mi mejilla.

Cogí un pañuelo, disculpándome, y me sequé.

—Si tuvieras que elegir uno solo de entre todos los personajes que has interpretado, ¿con cuál te quedarías? —pregunté.

—Con el policía de la saga —respondió sin apenas pensar—. Puede que sea porque de niño quería ser policía, o

tal vez porque siempre me gustaron las series y películas de ese género, encontrar al malo, atrapar al asesino. Sin duda, sería él.

—¿Y una coprotagonista con la que quisieras volver a trabajar?

—Espero que tomen en cuenta mi representante, el suyo, y los guionistas y directores de cine mis palabras, porque me encantaría volver a coincidir en una película con Michelle Bowman. Y no, antes de que preguntes, nunca hubi^rni habrá nada entre nosotros —rio—. Es una actriz muy parecida a mí, ella suele decir que es mi versión femenina^o —rio de nuevo—. Es versátil y a la hora de interpretar, se mete de lleno en cada papel de tal modo, que es como si no fuera un papel, sino ella misma. Siempre me ha gustado verla en sus películas, pero trabajar con ella, fue todo un placer, una más que grata experiencia.

^a Asentí y di por finalizadas las preguntas de la noche, esas de las que habíamos hablado mientras cenábamos, y que fueron tan sencillas y fluidas, que se me habían ido todos los nervios.

Cuando paré la grabación, Eloí me miró con ambas cejas elevadas.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó, sorprendido.

^e —Sí —sonreí.

^a s —Vaya, apenas ni me he dado cuenta. Eres buena en esto, Rocío —dijo señalándome—. Es la primera entrevista en la que me siento realmente cómodo, y eso que no sabía de antemano qué me ibas a preguntar.

—¿Suelen decirte las preguntas?
j

—A veces sí, de todos modos, ya sabes que todas las entrevistas son relacionadas con mi trabajo.

—Quería darte las gracias por acceder a esta, y sobre la pregunta personal...

—Ha sido perfecta. Creo que en el fondo necesitaba darles a mis padres la importancia que merecen. Les dediqué mi primer Oscar, el segundo se lo dediqué solo mentalmente —sonrió—, pero está bien que la gente sepa algo sobre mí, que no sea profesional.

—Prometo que el resto de preguntas personales son muy normales también —sonreí—. Debería irme a casa, mañana tengo que trabajar y...

—Claro, pediré que te lleven.

—Gracias. Y, Eloi, ¿puedo sincerarme contigo?

—Por supuesto —dijo mientras nos poníamos en pie.

—Pensé que eras el típico actor que va de sobrado, que tiene un ego enorme y que no concede entrevistas personales por eso mismo, pero admito que eres un buen hombre. Tus padres estarían orgullosos.

)

^l—Eso me gusta pensar —sonrió.
i

Una vez en el mostrador pidió que avisaran al chófer que me había llevado hasta allí, me acompañó a la calle y nos despedimos con un par de besos hasta la noche siguiente, quedando en avisarme a la hora en la que volverían a recogerme.

e

Subí al coche y durante el trayecto, pensé que aquella entrevista sería un éxito.

—Gracias. Y, Eloi, ¿puedo sincerarme contigo?

—Por supuesto —dijo mientras nos poníamos en pie.

—Pensé que eras el típico actor que va de sobrado, que tiene un ego enorme y que no concede entrevistas personales por eso mismo, pero admito que eres un buen hombre. Tus padres estarían orgullosos.

—Eso me gusta pensar —sonrió.

Una vez en el mostrador pidió que avisaran al chófer que me había llevado hasta allí, me acompañó a la calle y nos despedimos con un par de besos hasta la noche siguiente, quedando en avisarme a la hora en la que volverían a recogerme.

Subí al coche y durante el trayecto, pensé que aquella entrevista sería un éxito.

Capítulo 25



La mañana del martes llegué con la mejor de mis sonrisas.

En cuanto me vio Alejandra, se lanzó corriendo a por mí.

—¿Cómo fue? —preguntó mientras me acompañaba a mi cubículo.

—Muy bien, se nos pasó el tiempo volando. La verdad es que es un buen tipo.

—Entonces ya tienes tus primeras cinco preguntas.

—Ajá.

—¡Bien! Esa perra de Elena debe estar que se sube por las paredes.

—Buenos días.

—Y ahí llega —murmuró en cuanto Elena saludó a todos.

Pasó por nuestro lado sin mirarnos, tampoco es que me importara, no íbamos a volvernos mejores amigas de repente.

Alejandra me dijo que Alejo quería hablar con ella y fue a su despacho, mientras me quedé en mi cubículo preparando el documento para transcribir esas primeras preguntas de la entrevista.

Y entonces escuché el característico grito de alegría de mi mejor amiga, que no tardó en salir y venir a verme.

—¡Voy a ser colaboradora en la tele! —gritó.

—Pero si eso lo sabías desde ayer —reí.

—Sí, bueno, pero ahora ya es oficial. Lunes y miércoles por las tardes en dos cadenas diferentes. Martes y jueves en otras dos por las noches. Solo estaré durante media hora en cada uno, pero, ah, voy a salir en la tele.

—¿Es que aquí nadie tiene trabajo? —preguntó Elena— Tal vez debería daros más, para que no perdáis el tiempo

—Alguien necesita fibra para desayunar —dijo Alejandra, cuando Elena salió de las oficinas.

—O un poco de sexo —añadió Andrés.

—Vamos, ve a hacer tu trabajo, que yo voy a comenzar a transcribir la entrevista.

—El jefe quiere verte —me hizo un guiño y se fue a su puesto.

Caminé hacia el despacho de Alejo, llamé y cuando entré me pidió que cerrara con llave.

—Sabes que no podemos encerrarnos en tu despacho, con todos los demás en el periódico, ¿verdad? —Arqueé la ceja.

—Puedo hacer lo que quiera, soy el jefe. Y ahora mismo, lo que quiero, es abrazarte y besarte —dijo acercándose a mí.

Nuestros labios se encontraron mientras sus manos me sostenían por la cintura. No tardó en alzarme y llevarme con él hasta su silla.

El besó pasó a ser un poco menos casto y más apasionado y salvaje a medida que los segundos avanzaban.

La mano de Alejo se aventuró a desabrocharme el pantalón y no tardó en comenzar a tocarme el sexo.

—Alejo —quise que sonara como la protesta que era, pero no lo hizo, puesto que mi voz fue más un gemido.

—Mi tío y Mario no están, Elena también ha salido, y los demás están todos concentrados en su trabajo.

—Por Dios, nos van a oír.

—Entonces, pequeña, tendrás que ser silenciosa.

Tuve que contenerme mucho para que mis gemidos y gritos no se escucharan. Alejo no se detuvo hasta que me llevó al orgasmo, y acabé con la respiración entrecortada sobre su regazo.

Lo miré durante un segundo antes de que volviera a besarme, y cuando se levantó supe que aquello no había terminado.

Apoyó mis manos sobre su escritorio, bajó mis pantalones y el tanga y, tras liberar su erección, cubrió mi boca con la mano y me penetró.

Cerré los ojos mientras mi gemido moría en la palma de su mano, y moví las caderas al ritmo que Alejo iba marcando.

Fue cuestión de minutos que ambos sucumbiéramos a la liberación y nos alcanzara el clímax.

Me besó el cuello mientras se retiraba y me abrazó.

—No debería haber pasado aquí —murmuré cuando nos recompusimos, mientras me mantenía sentada en su regazo.

—Lo siento, pero no puedo apartar las manos de ti. Te echaba de menos —me besó de nuevo.

—Vamos a comer juntos —reí.

—Pero no puedo darte un par de orgasmos en mitad del restaurante.

—Ah, y en tu despacho, sí —volteé los ojos.

—Así es —sonríó.

—Qué pensaría tu tío si supiera esto —comenté.

—Pequeña, él también ha sido joven y ha tenido pareja. ¿Acaso crees que no se dejó seducir por mi tía en su despacho alguna vez?

—Espera, ¿estás insinuando que yo te acabo de seducir? Porque no es lo que ha pasado. Me has besado tú, y has sido travieso, tú.

—Travieso —rio—, bonita manera de llamarme.

—Eres el jefe, podrías haberte tomado la tarde libre después de comer y llevarme a tu casa, en vez de exponernos aquí.

—Esa es una buena opción también. Avisaré de que no vendré esta tarde. Busca una excusa para no hacerlo tú tampoco.

—Eres una mala influencia para mí, me incitas a faltar al trabajo.

—¿No tienes una entrevista que hacerle a Eloi Santos? Tómallo como excusa —me besó.

—No voy a faltar al trabajo para tener sexo con mi jefe, por muy bueno que este sea.

—¿Solo bueno? Tendré que poner remedio a eso para que sea excelente.

—Vaya, acabo de pisar tu ego, qué lástima —volteé los ojos.

—¿A qué hora cenarás hoy con él?

—No lo sé, aún tiene que avisarme.

—Podrías venir a pasar la noche conmigo después. Mi cama te extraña.

—¿Solo tu cama?

—Yo también —rio.

—Me recogerá un coche en casa, y después me llevará de vuelta. No puedo pedirle que me lleve a casa de mi jefe

—¿Solo soy tu jefe? —Arqueó la ceja.

—¿Somos algo más, aparte de, no sé, amantes?

Sonrió, pero no dijo nada. Me despedí para volver a mi cubículo a trabajar y me centré en la transcripción de las preguntas y respuestas, al menos durante media hora hasta que llegó un mensajero.

Tenía los *earpods* puestos y fue Alejandra quien me dio un golpecito en el hombro para avisarme de que me

buscaba.

Traía un bonito ramo de jazmines y lilas con una caja de bombones, además de una nota.

Alejandra sonrió y echó un vistazo al despacho de Alejo, lo que me hizo sonreír a mí. Ese hombre era increíble.

—Enamoradito lo tienes, nena —murmuró.

Saqué la pequeña tarjeta del sobre y se me borró la sonrisa.

“Gracias por una cena tan amena, creo que va a ser la mejor entrevista que me han hecho en mi vida. El coche te recogerá a las ocho para llevarte al restaurante. Eloi”

—¿Qué pasa? —preguntó cogiendo la tarjeta— Qué detalle más bonito.

—¿Otra vez tu admirador, Rocío? —preguntó Roberto, y justo en ese momento pasaba Alejo por mi cubículo.

Miró las flores, los bombones y la nota que Alejandra tenía en la mano. Arqueó la ceja y eso podía significar dos cosas, que había leído el nombre o que no lo había hecho y temía que tuviera a alguien más detrás de mí.

—Alejo —lo llamé y se acercó—. Son de Eloi, solo me agradece por la cena y las preguntas.

Asintió y se inclinó como para besarme, pero se detuvo en cuanto lo miré con los ojos muy abiertos, horrorizada por lo que pretendía hacer.

—Algún día te besaré delante de todos, y no podrás impedírmelo. Te mando un mensaje con la dirección del restaurante —susurró antes de irse.

Alejandra ya estaba de vuelta en su cubículo, y yo me centré de nuevo en la entrevista.

No podía evitar mirar las flores, un detalle de agradecimiento que, ni esperaba, ni tampoco veía necesario.

Tan solo me había limitado a hacer mi trabajo, y tal como le aseguré, las preguntas relativas a su vida privada, y no a la profesional, serían respetuosas.

Paré para tomarme un pequeño descanso y fui a la cafetería por un café, así de paso me daba un poco el aire.

Mi madre me mandó un mensaje para recordarme que me esperaban para comer, se marchaban al día siguiente de

vacaciones en crucero y querían despedirse de nosotros.

Se me había olvidado por completo, y eso que me lo dijo el sábado cuando fuimos de compras.

—Dime, pequeña —contestó Alejo cuando lo llamé.

—No puedo comer contigo —suspiré—. Olvidé que mis padres se van mañana de crucero y que tenemos comida hoy en su casa.

—Tranquila, no pasa nada. Ya comeremos mañana.

?

—¿De verdad que no te importa? Lo siento, yo...

—Rocío, tranquila, ¿sí? Son tus padres, ojalá yo pudiera cancelar a mi chica para comer con ellos. Comeremos mañana, de verdad.

—Vale. Gracias por ser tan comprensivo.

—Lo soy, pero esto supone que el domingo te quedas a dormir en mi casa. Y no aceptaré un no por respuesta.

—El domingo —sonreí—, entendido.

—Bien. Te dejo, que estoy a punto de entrar para hablar con el gestor.

—Vale, adiós.

Regresé al periódico y pasé el resto de la mañana trabajando en la entrevista de Eloi. Después de transcribir esas primeras cinco preguntas y guardar el documento en tres dispositivos diferentes para no perderlo, revisé las que le haría esa noche y que esperaba que respondiera sin ningún problema.

Sobre todo, a la más personal, esa que hacía alusión a sus relaciones de pareja.

Un tema espinoso y del que todos los famosos solían huir como de la peste, pero por el que muchos sentían curiosidad.

Capítulo 26



La semana fue pasando y cuando quise darme cuenta, era viernes.

Tenía la quinta cena con Eloi Santos y debía admitir que estaba siendo un hombre de lo más amable a la hora de responder a todas las preguntas que le había hecho hasta ahora.

Incluso era divertido, contaba anécdotas sobre los rodajes cuando le preguntaba por alguna película en concreto.

En lo referente a las preguntas personales, se las tomaba todas bien y respondía con sinceridad.

Cada mañana me enviaba unos bombones como detalle en agradecimiento por una cena agradable y tranquila, según ponía en sus notas.

Esa tarde me llegó a casa una caja de una firma de ropa muy conocida, me extrañó y por un momento pensé que era un regalo de Alejo, hasta que vi la nota que acompañaba el elegante vestido rosa pastel junto con un par de zapatos del mismo color.

“Me ha surgido un evento al que debo asistir, no quiero cancelar nuestra cena para la entrevista, así que te ruego me acompañes. Solo tengo que estar allí una, tal vez dos horas, y después iremos a comer algo. Te recojo a las ocho. Eloi”

Miré el vestido durante más de veinte minutos, dudando al mismo tiempo en si pedirle a Eloi que me recogiera cuando acabara el evento, pero si lo hacía tal vez perdía la oportunidad de hacerle esas preguntas, y le había prometido a Elena una entrevista más extensa que otras que se habían publicado sobre él.

Llamé a Alejandra para ver si ella podía dar un poco de luz a ese momento en el que no sabía qué hacer, y lo que me dijo fue que no lo pensara más y que lo acompañara, incluso podría aprovechar el tiempo y hacerle alguna de las preguntas sobre el trabajo.

Sería incómodo estar con el móvil en la mano mientras le hacía la entrevista, pero no era una mala opción.

Y ahí estaba, a solo unos minutos de que llegara a buscarme, echando un vistazo a mi aspecto en el espejo.

Cuando llamaron al telefonillo, cogí el bolso donde guardé el móvil y salí de casa.

El mismo chófer que me había recogido las noches anteriores estaba junto al coche, sonrió al verme y abrió la puerta de la parte trasera para que entrara, donde me esperaba Eloi con un traje negro y camisa blanca, luciendo una amplia sonrisa.

—Hola —saludé al verlo.

—Estás preciosa, Rocío.

—Gracias, pero no debiste enviarme nada.

—Es lo menos, ya que te arrastro a un evento rodeada de famosos y periodistas.

—Ni que yo fuera enfermera o algo así —reí.

—Ya, bueno, me has entendido.

—Tranquilo. ¿Te importa si te hago alguna pregunta de las que tengo? Así aprovechamos el tiempo.

—Claro, sí, perfecto.

Saqué el móvil del bolso y la pequeña libreta en la que había apuntado las preguntas, y durante el trayecto hasta nuestro destino le hice un par de ellas que respondió con esa misma tranquilidad y comodidad de los días anteriores.

En cuanto el coche paró frente a un restaurante cerca de la playa, el chófer abrió a Eloi y las cámaras de fotos empezaron a trabajar, así como los periodistas que había allí congregados. Uno tras otro le hacían preguntas que él no respondía. Mi puerta se abrió, Eloi me tendió la mano y salí.

—¿Quién es ella, Eloi? —preguntó alguien mientras los flashes me cegaban.

—¿Es tu nueva novia?

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—Ella es solo una buena amiga, y no voy a decir nada más —respondió cogiéndome de la mano para ir hacia la entrada del restaurante.

Caminamos hacia la zona de la terraza y la playa, lugar que habían habilitado para el *photocall* y donde vi a algunos de los actores que acompañaban en el reparto a Eloi.

—Dame un minuto, tengo que posar con ellos —sonrió y se fue casi corriendo.

Cogí una copa de champán que me ofrecía uno de los camareros y di un sorbo mientras veía a Eloi sonreír junto a resto de actores, así como el director y el guionista de la película.

Eran muchos los medios de comunicación que se encontraban allí, tanto de televisión como de radio y prensa escrita. Eloi y los demás se acercaron a ellos y comenzaron a responder preguntas.

Entre las fotos y la ronda de preguntas, estuve por allí pululando sola, sonriendo y saludando a gente que no conocía, más de cuarenta minutos.

—Ya estoy aquí, lo siento —dijo Eloi, apoyando la mano en mi cintura. Estaba de espaldas cogiendo un canapé, por lo que lo miré por encima del hombro mientras sonreía.

—Tranquilo, con esto tengo un poquito de material para añadir a mi entrevista.

—Eloi, Eloi, aquí —se giró al escuchar su nombre, y vimos a un hombre que no dejaba de hacer fotos—. ¿Qué puedes decirme sobre tu preciosa acompañante?

—¿Además de lo evidente que acabas de decir? —respondió con una sonrisa— Es una buena amiga.

—¿Solo amiga? Vamos, Eloi, siempre hay algo más con tus acompañantes. ¿No puedes darme una primicia? ¿Planes de futuro? ¿Boda a la vista? Vamos, hombre, esas sonrisas y miradas que os dedicáis, dicen más de lo que tú quieres contar.

l

—No hay nada que contar, y ahora si no te importa...

—Mucho secretismo veo, Eloi —siguió diciendo él.

—¿Qué ocurre? —preguntó una mujer acercándose a nosotros con el ceño fruncido.

—Nada, Gaby, nuestro amigo ya se iba, ¿verdad? —Eloi arqueó la ceja y el fotógrafo levantó ambas manos en señal de rendición.

No tardó en alejarse y Gaby, la jefa de prensa de Eloi, suspiró.

—No puedo con esa gente, de verdad —resopló—. ¿Estás bien, Rocío? —preguntó cogiéndome la mano— Te ves un poco pálida.

—Soy periodista, pero es la primera vez que me veo al otro lado de la noticia. O del cotilleo, en este caso.
¿Siempre es así?

—A veces es incluso peor —contestó ella—. Con las estampidas de fans que le piden un hijo, puedo lidiar. ¿Con los periodistas que solo buscan morbo? No puedo, de verdad que no.

—Tómame una copa, Gaby —sugirió Eloi con una sonrisa—. Yo si no te importa me voy ya con Rocío, tenemos una entrevista con la que seguir.

—Sí, vete, no hay problema. Lo que venían buscando de ti ya lo tienen. Nos vemos mañana, recuerda que es la grabación para el programa que se emitirá el lunes por la noche.

Eloi asintió, dejó la mano de manera distraída en la parte baja de mi espalda, y me condujo hasta la puerta del restaurante para subir al coche, que seguía aparcado en el mismo sitio.

Los periodistas que no habían entrado volvieron a hacernos fotos y a preguntarle a él quién era yo en su vida.

Experimentar de primera mano lo que vivían casi a diario los famosos, fue un choque de realidad. En ese momento supe que la fama no sería buena para mi salud.

Regresamos al restaurante donde me citó la noche en que aceptó que le hiciera la entrevista, pidió vino para él y agua para mí, así como varios platos para compartir, y tuve clara la pregunta que le haría a continuación, esa que nada tenía que ver con la que había anotado.

—¿Cómo puedes con todo esto? Es decir, la presión, las preguntas que lanzan los periodistas, el aluvión de los flashes cegadores. Por no hablar del hecho de que te emparejen con cada mujer que ven a tu lado —sonreí.

—Te acabas acostumbrando, esa es la verdad. Pero por mucho que lo hayas vivido durante años, es agotador. Y no siempre puede acudir mi jefa de prensa al rescate, pero me suelo desenvolver bien. Es cierto que a veces tienes que hacer un gran esfuerzo, sobre todo para no darle un puñetazo en la cara al idiota de turno que no deja de

molestar, pero, como digo, es algo a lo que acabas acostumbrándote.

—Yo no podría —suspiré.

—Tú estás al otro lado, en el de las preguntas.

—Sí, pero no soy como ese tipo de antes. No he cubierto nunca un evento como ese, es cierto, pero sé que todo el mundo tiene derecho a su espacio. No iría avasallando de ese modo a nadie.

Eloi asintió al mismo tiempo que sonreía, seguimos disfrutando de la cena e hice las dos preguntas que me faltaban, dejando la personal para el final.

—¿Te gustaría tener familia algún día?

—Por supuesto que sí. Esto que voy a confesar es algo que nadie sabe, pero me encantan los niños. Muchos de mis compañeros de reparto son padres y madres, a veces sus hijos han ido a verlos y me gusta jugar con ellos. Mi madre solía decir que algún día sería un buen padre.

—Tienes cuarenta años, aún tienes tiempo de serlo —sonreí.

—¿Puedes imaginarme con un bebé en brazos?

—Oh, sí, por supuesto. Puedo ver un precioso bebé de cabello rubio y ojos azules, muy pequeñito, entre tus enormes manos —reí.

—Es curioso —dijo cogiéndome la mano por encima de la mesa—. Porque si me imagino un bebé en mis manos, veo una niña de cabello negro y ojos verdes, idéntica a ti.

Tragué con fuerza al escuchar aquellas palabras, retiré la mano todo lo sutilmente que pude, y miré hacia el camarero, esperando que Eloi se diera cuenta de que era hora de que diéramos la cena por finalizada. Aun así, se lo hice saber.

—Creo que debería irme a casa, se hace tarde.

Asintió, llamó al camarero y, tras pagar, me condujo hasta el coche con la mano de nuevo en la parte baja de mi espalda.

El trayecto lo hice en silencio, al igual que él, y una vez que llegamos a mi edificio, quedó en que el chófer me

recogería al día siguiente a las ocho y media.

En cuanto entré en casa me quité el vestido y los zapatos, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Alejandra para que viniera a comer al día siguiente, necesitaba hablar con ella, de lo que había pasado esa noche con Eloi.

recogería al día siguiente a las ocho y media.

En cuanto entré en casa me quité el vestido y los zapatos, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Alejandra para que viniera a comer al día siguiente, necesitaba hablar con ella, de lo que había pasado esa noche con Eloi.

Capítulo 27



Cuando escuché el telefonillo a la una y media, sonreí.

Alejandra siempre se presentaba en mi casa media hora antes para comer.

Le abrí para que subiera y dejé la puerta entreabierta para que entrara mientras echaba un último vistazo a la lasaña que tenía en el horno.

—¡Adivina a quién me he encontrado en la puerta! —gritó Alejandra.

—¿A quién? —pregunté.

—¿Hay comida para uno más?

—¿Julio? —me asomé y vi a mi hermano sonriendo junto a mi amiga— ¿Qué haces aquí?

—Quería darte una sorpresa y que me invitaras a comer.

—Este año por Navidad, te regalo un libro de recetas, Julito —dijo Alejandra, volteando los ojos.

—Sé cocinar, pero no me apetecía. Además, así os hago compañía.

—Es una comida de chicas, ya sabes, para hablar cosas de chicas —le aclaró ella, mientras descorchaba la botella de vino que había traído.

—Si con cosas de chicas te refieres a que mi hermana pequeña se acuesta con su jefe, tranquila, estoy al corriente. Compartimos cagadas en lo que al sexo se refiere —respondió cogiendo tres copas.

—¿Y tú con quién te has acostado para que lo etiquetes de cagada, Julito? —preguntó.

—Con Ana —dijimos al unísono.

—¿Qué Ana? ¿Ana la profesora? ¿Esa Ana? —Alejandra tenía los ojos a punto de salirse de las cuencas, los dos asentimos y ella soltó un silbido— Chico, lo tuyo es una cagada mayor que la de acostarse con un jefe. Bueno, si solo ha sido cosa de una noche...

—Ya van cuatro.

—¿Cuatro? —grité— ¿No se suponía que después de la segunda eso no iba a volver a pasar?

—¿Cómo qué la segunda? ¿Cagada reincidente, Julito? Rocío, esto me huele a boda. No, espera, imposible. Primero, porque este hombre sufre de sarpullido con solo escuchar la palabra compromiso. Y segundo, ¿ella no estaba saliendo con alguien?

—Lo está —contestó Julio tras dar un sorbo a su copa.

—Dios mío, he traído muy poco vino a esta comida —suspiró—. Vale, dejemos a un lado por un momento tus escauceos amorosos con tu ex, para la que te has convertido en su amante. Julio, creo que deberías tener un club de fans. Pero yo he venido porque tú querías contarme algo de anoche. ¿No fue bien el evento con Eloí?

—¿Eloí Santos? —Mi hermano frunció el ceño— Creí que solo tenías que entrevistarlo.

—Sí, pero él la llevó a un evento para no tener que cancelarla y después fueron a la cena.

—Gracias por hacerle un resumen a mi hermano, Alejandra —volteé los ojos.

—De nada, cielo, para eso están las mejores amigas. ¿Entonces? ¿Fue mal la noche?

—Estuvimos una hora en el evento, o ni eso. Los primeros cuarenta y cinco minutos los pasé sola mientras él se hacía fotos y respondía a la prensa. Cuando volvió conmigo, un fotógrafo nos tomó algunas fotos y le preguntaba mucho sobre mí. Su jefe de prensa puso fin al tema, y no es eso en sí de lo que quería hablar.

—Saca la lasaña antes de que se carbonice —me pidió—. Julito, vamos a poner la mesa.

—¿Me seguirás llamando así el resto de mi vida? Por Dios, Alejandra, que tengo treinta y dos años.

—¿Y? Aunque tengas ochenta, para mí siempre serás Julito. Vamos, coge los platos anda.

—Vaya dos, hacéis conmigo lo que queréis.

—Y espera a que Ana te cace, y tengas hijas. Van a ser peor que nosotras —rio ella.

En cuanto servimos la comida y nos sentamos a la mesa, les conté el momento final de la cena.

Les aseguré que en esos días con Eloi no me dio la sensación de que se sintiera interesado en mí, por eso estaba tan sorprendida por lo que dijo.

—Le gustas, eso está claro. Y se ha pasado toda la semana enviándote bombones —dijo Alejandra.

—¿Te ha mandado bombones?

—Y el vestido y los zapatos con los que fue anoche al evento —añadió ella.

—Pero no le he dado pie a que piense que yo pueda estar interesada en él, Alejandra.

—Entonces todos tranquilos, y si te dice algo al respecto, tú solo dile que estás saliendo con alguien.

—¿Vas en serio con Alejo? —me preguntó Julio.

—No, o sea, no hemos hablado de eso. Nosotros solo... bueno, ya sabes.

—Vale, os veis, charláis, cenáis...

—Y follan, Julito. Pero a ella le gusta, y mucho. Cosa que creo que a él también le gusta ella, más de lo que admitiría nunca. Aunque, a ver, ya le dijo a ella que le gustaba, solo que le gusta mucho más.

—Deja el vino, Alejandra —reí al ver que fruncía los labios y se quedaba como pensativa.

Me llegó un mensaje al móvil y al ver que era Alejo, sonreí.

—¿Ves esa sonrisa? Es por el jefe —dijo ella sonriendo— Le brillan los ojitos, mírala. Ay, qué bonito es el amor, coño.

Julio soltó una carcajada y cuando ella se levantó para recoger la mesa, él la ayudó mientras yo me quedaba en la

silla leyendo el mensaje.

Alejo: *Hola, pequeña. Siento avisarte por mensaje, pero estoy en el aeropuerto a punto de coger un vuelo. Salgo para Madrid con mi tío y Mario, ha fallecido un conocido de la familia y el entierro será mañana. Quería pasar la noche contigo, pero será imposible. Nos vemos el lunes en la oficina, ¿sí? Voy a echarte de menos, que lo sepas.*

Rocío: *Lo lamento, de verdad. Y no te preocupes, el lunes nos vemos. Ten un buen vuelo. Yo... yo también te echaré de menos.*

—¿Qué pasa? Te has quedado con cara de cachorro a punto de llorar —dijo Alejandra, cuando regresaron de la cocina con el café y un tarro de galletas de chocolate.

—Alejo se va a Madrid con su tío y Mario, van a un entierro. Se cancela mañana nuestra noche juntos.

—Vaya, lo siento.

—Entonces esta noche es la penúltima de las cenas con Eloi —comentó mi hermano.

—Sí, solo diez preguntas más y la semana que viene publicaremos la entrevista.

—Igual le dan un premio y todo, porque nadie ha conseguido entrevistarle antes, fuera del tema profesional.

—Yo tampoco he salido de ahí, Alejandra.

—Bueno, algo sí.

—Además, creo que aceptó que le entrevistara solo para no tenerme todo el día detrás. Por Dios, si me colé en su suite.

—Mira, ya solo con que corrieras tras él veinte minutos, fue una locura —rio mi hermano.

—Desde luego, lo de hacer lo que sea por conseguir la noticia, tu hermana lo siguió al pie de la letra —dijo riendo.

—¿Qué habrías hecho tú, lista?

—Hacerme pasar por una fan.

—Lo pensé, pero tú no viste a sus guardaespaldas, si me hubiera intentado acercar al grito de: “Eloi, hazme tuya” me habrían derribado como si fuera un mosquito.

—Ya será para menos, hermanita.

—No, en serio, esos hombres debieron ser militares o algo así. Son como armarios.

Nos reímos y tras el café, Julio nos contó que la noche anterior había vuelto a pasarla con Ana. Decía que tenía la sensación de que ella también quería volver con él, pero no terminaba de decidirse, como si no quisiera lastimar a su pareja actual.

Veía lo mal que lo estaba pasando mi hermano y lo realmente enamorado que estaba de ella. Ojalá todo acabara bien entre ellos y que tuvieran esa segunda oportunidad que sabía que merecían.

Se fueron poco antes de que empezara a arreglarme para la cena con Eloi, quien tal como dijo, envió al mismo chófer a recogerme puntual, como siempre.

Durante el camino hablé con mis padres por mensaje quienes me habían enviado una foto suya en la cubierta del barco con atardecer de fondo. Se les veía tan felices.

Siempre lo habían sido, desde que tenía memoria, no recordaba un solo día que no se dijeran un “te quiero” o no se dedicaran una sonrisa.

Pensé en Alejo, y si con él podría tener ese mismo amor que unía a mis padres desde hacía décadas.

—Lo pensé, pero tú no viste a sus guardaespaldas, si me hubiera intentado acercarse al grito de: “Eloi, hazme tuya” me habrían derribado como si fuera un mosquito.

—Ya será para menos, hermanita.

—No, en serio, esos hombres debieron ser militares o algo así. Son como armarios.

Nos reímos y tras el café, Julio nos contó que la noche anterior había vuelto a pasarla con Ana. Decía que tenía la sensación de que ella también quería volver con él, pero no terminaba de decidirse, como si no quisiera lastimar a su pareja actual.

Veía lo mal que lo estaba pasando mi hermano y lo realmente enamorado que estaba de ella. Ojalá todo acabara bien entre ellos y que tuvieran esa segunda oportunidad que sabía que merecían.

Se fueron poco antes de que empezara a arreglarme para la cena con Eloi, quien tal como dijo, envió al mismo chófer a recogerme puntual, como siempre.

Durante el camino hablé con mis padres por mensaje quienes me habían enviado una foto suya en la cubierta del barco con atardecer de fondo. Se les veía tan felices.

Siempre lo habían sido, desde que tenía memoria, no recordaba un solo día que no se dijeran un “te quiero” o no se dedicaran una sonrisa.

Pensé en Alejo, y si con él podría tener ese mismo amor que unía a mis padres desde hacía décadas.

Capítulo 28



El chófer me abrió la puerta para que bajara y fui hacia el restaurante donde me esperaba Eloi.

Cuando entré me sorprendió ver todas las mesas del salón vacías, tal vez la gente había reservado para más tarde.

—Señorita, el señor Santos la está esperando —me dijo un camarero, que me llevó hacia la zona de la terraza, donde Eloi estaba sentado en una mesa en el centro.

—Rocío, tan hermosa como siempre —dijo con una sonrisa mientras se ponía en pie para recibirme.

—Gracias.

Llevaba un vestido negro entallado y los tacones, no es que me hubiera vestido de gala como la noche anterior.

—No hay nadie más en todo el salón —dije, sentándome cuando me retiró la silla.

—He reservado el restaurante solo para nosotros.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estaba cansado de no poder charlar tranquilamente contigo.

—Te recuerdo que te estoy haciendo una entrevista —sonreí.

—Lo sé.

—¿Desea que les traiga la carta, señor?

—Sí, por favor. Y agua para la señorita —respondió.

El camarero asintió, se fue por donde habíamos llegado, y nos quedamos a solas.

—Bien, ¿cuál es la primera pregunta de esta noche? —interrogó tras beber de su copa de vino.

Saqué el cuaderno, puse el móvil en modo grabadora, y empecé con la entrevista. O la continué, mejor dicho.

—Has interpretado papeles en diferentes géneros del cine, pero hay algunos que no y muchas de tus fans en los foros, incluso en las ruedas de prensa a las que pueden asistir, piden que interpretes. Entre ellos está el de algún superhéroe, incluso hay quien te ve en el papel de hombre tranquilo que esconde una personalidad de asesino en serie. ¿Te atreverías con alguno de ellos?

—No —rio—. Tengo colegas que interpretan a superhéroes y, aunque hago ejercido y trabajo mucho en el gimnasio, no podría someter a mi cuerpo a ese ritmo de cambios físicos. En lo que a asesino en serie se trata, creo que sería complicado meterme en la mente de alguien así. A quien sí podría interpretar es a un exconvicto, alguien que fuera encarcelado por error, por algún delito que no cometió.

—Tu papel de policía en la saga te ha debido marcar mucho —sonreí.

—Eso dice mi agente.

El camarero llegó con la carta, eché un vistazo y ambos acabamos pidiendo ensalada y carne a la brasa.

Cenamos y continuamos con las preguntas y respuestas en ese mismo tono cordial, amistoso y lleno de risas de las otras noches, dejando, una vez más, la pregunta más personal para el final.

Solo que esa pregunta se la hice mientras dábamos un paseo por la playa, sintiendo la arena bajo nuestros pies.

—¿Qué es para Eloi Santos el amor? Y, ¿ha estado enamorado alguna vez?

—Eso son dos preguntas —arqueó la ceja.

—No, es solo una.

Negó mientras se acercaba la copa de vino para dar un sorbo, y cuando la dejó de nuevo en la mesa, comenzó a responder.

—El amor es un sentimiento que, realmente, muy pocos llegan a sentir y experimentar en la vida. No al menos de modo en el que debe sentirse. Sí, es cierto eso que se dice de que el amor llega cuando menos lo esperamos, que está en todas partes y siempre aparece donde menos hubiéramos imaginado. Como también es cierto que el amor puede doler tanto que no queramos arriesgarnos a sufrir por él. Decía el escritor francés, Stendhal, que el amor es una maravillosa flora, pero es necesario tener el valor de ir a buscarla al borde de un horrible precipicio. Creí viendo el amor que mis padres se tenían, y siempre imaginé poder llegar a sentir el amor del mismo modo que ellos. ¿Si me he enamorado alguna vez? No, no lo he hecho, no al menos como para ir al borde de un precipicio en busca de esa hermosa flor. Las mariposas en el estómago, sonreír cuando ves su nombre en la pantalla del teléfono cuando te llama o te escribe, añorar un abrazo o un beso suyo. Ni una sola de esas cosas las he experimentado. ¿Puede que algún día lo haga? Por supuesto, el amor está en todas partes y a cualquiera puede llegarnos. Pero no, a mí aún no me ha llegado.

—No te tenía por un hombre tan...

—¿Romántico? —rió— Todo el mundo esconde un alma romántica en su interior, solo que necesita a la persona correcta para dejar que aflore en los momentos indicados. Dime, Rocío, ¿tú te has enamorado?

1

—Una vez pensé que lo estaba, pero si hubiera sido así, la historia no se habría acabado. Es lo que siempre me decía mi mejor amiga.

—¿Y ahora? ¿Hay alguien en tu vida? ¿Alguien que ocupe tus pensamientos? —preguntó mientras me acariciaba la mano de manera distraída.

—Eloi, esto... —miré nuestras manos y cuando volví a mirarlo, sonrió— A ver, no quiero ser grosera, pero solo te estoy entrevistando. Si se te ha pasado por la cabeza que me acostaré contigo para asegurarme que me permitas publicar la entrevista, estás equivocado.

—Quiero acostarme contigo, no voy a mentirte, pero no por lo que dices. Me gustas, Rocío, y que me atraes no voy a negarlo.

Fue rápido, tanto que apenas tuve tiempo de reaccionar y evitar que sus labios se posaran en los míos.

Pero lo hice antes de que ese beso fuera a más, antes de que su lengua tratara de abrirse paso entre mis labios y asaltara mi boca con fiereza.

—Eloi, no —dije con ambas manos en su pecho, apartándolo—. Estoy saliendo con alguien —comencé a caminar de nuevo y él me siguió—. No es desde hace mucho tiempo, pero por él siento algo fuerte, algo que no sentí antes. Todo lo que has dicho de las mariposas, las sonrisas, pensar en él y sentir que me encantaría tenerlo al lado, todo eso, lo siento. Si en algún momento te he podido dar pie a esto...

l—No lo has hecho, pero como te dije, me gustas. No es amor, tranquila, pero creo que, por ti, podría llegar a sentir esas cosas. Mi madre solía decir que cuando te ríes mucho con una persona, puedes tenerla en consideración como una posible pareja. Ella se reía constantemente con mi padre —sonrió—. Estos días contigo, he estado cómodo y he podido ser yo mismo. Por eso pensé que, si no había nadie en tu vida, me encantaría poder seguir conociéndote y ver hacia dónde nos llevaba esto. Pero veo que alguien ya ocupa un lugar importante en tu corazón.

ñ—Así es —sonreí.

o

Eloi asintió y en ese momento dimos por terminada la sexta noche de preguntas.

Ya solo nos quedaba una noche, cinco preguntas con las que finalizaría el artículo que, esperaba, hiciera que Elen por fin me diera trabajos de mayor importancia.

Subimos juntos al coche y me llevaron a casa. Cuando entré me fui quitando la ropa hasta la habitación y me metí en la cama con el móvil.

Le mandé un mensaje a Alejo diciéndole lo mucho que me gustaría poder abrazarlo en ese momento, y no tardó en responderme.

Alejo: *Ojalá estuvieras aquí conmigo, pequeña. Siempre he odiado los funerales, me traen malos recuerdos. ¿Cómo ha ido la noche?*

e Dudé en si contarle lo del beso o no, y preferí no hacerlo en ese momento, cuando estaba lejos y sin que pudiera mirarme a los ojos para que viera la sinceridad en ellos cuando le asegurara que no había sentido nada. Preferí decírselo en persona cuando lo viera el lunes.

Rocío: *Tranquila y cordial como el resto. Ha contestado a todas y no me ha puesto pegas. Tenemos una buena entrevista sobre el discreto señor Santos. Te echo de menos.*

Alejo: *Yo también a ti, preciosa. Descansa.*

Dejé el móvil en la mesita de noche, me recosté mirando por la ventana y pensando en Alejo me acabé quedando dormida poco tiempo después.

r

u.

r
o

!

a

n

Capítulo 29



A pesar de lo ocurrido con Eloí la noche del sábado, pensé que la cena de ese último día de entrevista resultaría incómoda para ambos, pero no fue así.

Al igual que en las demás, estuvo simpático y tranquilo, compartimos risas e incluso algunos momentos emotivos de su carrera con los que se me hizo un nudito en el estómago y acabé derramando alguna lagrimita.

Cuando nos despedimos en la puerta de mi casa lo hicimos con un abrazo, y con la seguridad de que entre nosotros podía haber una amistad, sin nada más que eso.

Eran las ocho de la mañana del lunes, estaba tomándome el café cuando mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de Alejandra.

—Buenos días —saludé.

—Enciende la tele, Rocío, por tu madre, enciende la tele.

—¿Qué pasa?

—¡Tú, enciende la puta tele! —gritó.

—Vale, vale, voy. Pero, ¿qué busco? —pregunté mientras iba al salón a coger el mando.

—El canal siete.

Encendí la televisión, puse el canal siete y se me cayó la taza de café al suelo al ver las imágenes que había en pantalla.

Eran fotos de Eloi y mías, distintas fotos de cada día que nos habíamos encontrado para cenar y que le hiciera la entrevista.

El titular era: “El nuevo romance del soltero de Hollywood”, y si bien podría desmentir aquello, con las fotos de la noche del evento en las que ambos nos mirábamos y sonreíamos, dando la impresión que no era, además de la del beso que me dio en la playa y el abrazo en mi casa, que visto desde ese ángulo parecía otro beso, no habría nada que hacer.

—Dios mío —murmuré.

—Está en todas partes, Rocío. Esto es una exclusiva de narices. Televisión, radio, incluso prensa. Ese fotógrafo del evento ha tenido que estar siguiendo a Eloi todos los días sin ser visto, y ha soltado esto.

—No puede ser, esto... esto no está pasando. Entre nosotros no hay nada.

—No es lo que el mundo entero piensa ahora mismo.

—Alejo —dije pasándome la mano por la frente—. ¿Crees que habrá visto algo?

—No lo sé, cariño. Pero, si lo ha visto...

—Tengo que hablar con él. Te veo en la oficina.

—Vale.

En cuanto colgué a Alejandra marqué el número de Alejo, daba señal, sonaban los tonos, pero al cuarto se cortaba. Así las seis veces que lo llamé mientras recogía el desastre en mi salón y salía de casa.

Cogí el coche y en la radio se hablaba de Eloi y su nuevo romance, de esa misteriosa y hermosa mujer que había hecho que el soltero de Hollywood, sonriera como un adolescente enamorado.

—Por Dios, no sonrío de ese modo —dije mientras cambiaba de emisora, en busca de una canción, cualquiera, la que fuera, que me hiciera no pensar en esa locura con la que había empezado el día.

Dejé el coche en mi plaza de aparcamiento y vi que el de Alejo ya estaba allí, al igual que el de Mario y su tío.

Corrí al ascensor, y mientras subía hasta la planta en la que estaban las oficinas del periódico, en el que me resultó el trayecto más lento de mi vida, sentía un nudo en el estómago.

En cuanto las puertas comenzaron a abrirse las crucé corriendo ante la mirada sorprendida de los compañeros que ya estaban allí, Alejandra no era una de ellas.

a

Por sus caras, habían visto o leído algo sobre Eloi Santos y sobre mí.

—Es que no me lo puedo creer —la voz de Alejo me llegó aun a través de la puerta cerrada de su despacho.

—Primo, tranquilo, seguro que hay una explicación. Ya sabes cómo es la prensa.

—¿Es que no has visto esos besos, joder?

—Alejo, hijo —ese era don Jesús, que sonaba tranquilo, como si quisiera calmar a su sobrino—. Deberías haberle cogido el teléfono a la muchacha.

—¿Para qué, tío? ¿Para darle la oportunidad de mentirme?

Llamé a la puerta, y cuando me dio paso con esa voz cargada de rabia, tragué con fuerza y abrí para entrar.

—Buenos días —dije.

—¿Buenos días? —gritó caminando hacia mí— ¿Tienes la puta cara de decir, buenos días?

—Alejo, yo...

l

—Creí que eras distinta, Rocío, pero no. Eres como ella, eres como mi ex. ¿Querías asegurarte un buen futuro saliendo con los dos, para ver con cuál lo conseguirías? Eres igual que ella, una maldita cazafortunas.

—No es así, yo no...

—No me mientas a la cara, Rocío —se irguió sobre mí, mirándome a los ojos con rabia e ira en los suyos—. No te atrevas a venir a mentirme a la puta cara. No soy estúpido, o sí, debiste pensar que lo era. Y ahora veo que lo fui por enamorarme de la persona equivocada.

—Alejo, yo también estoy enamorada de ti —confesé, con las lágrimas escociendo en mis ojos.

j

—No me hagas reír. ¿Conocías a Eloi Santos de antes, o esto ha surgido en esta semana? Conmigo también fue todo muy rápido. ¿Tan zorra eres que no tuviste escrúpulos a la hora de follar con los dos?

Quise darle un bofetón, pero me contuve, cerré ambas manos con fuerza apretando los puños hasta el punto de que sentía las uñas clavándose en mis palmas.

Mario y don Jesús estaban detrás de Alejo, mirándome con una cara de pena y de súplica pidiendo perdón en silencio por el comportamiento de su primo y su sobrino.

—Creí que habría un futuro contigo, pensé que los dos estábamos bien, que los dos queríamos... —soltó el aire con los ojos cerrados y se giró— Ahora entiendo cómo accedió tan fácilmente a concederte una entrevista, ¿le prometiste abrirte de piernas? —preguntó con rabia, mirándome por encima del hombro.

—Primo...

—No te metas, Mario —exigió sin dejar de mirarme—. Jamás pensé que fueras de esa clase de periodistas, Rocío, que, con tal de conseguir una exclusiva, usarían su cuerpo como pago. Pero ahora no hay exclusiva para nuestro periódico, la exclusiva la tienen otros porque el soltero de Hollywood —dijo con desprecio—, tiene un nuevo romance.

Me quedé allí parada, con lágrimas cayendo por mis mejillas mientras lo miraba a los ojos, esos profundos ojos marrones como el chocolate caliente, que en ese momento parecía lava de un volcán.

—Alejo, deja que hable ella —le pidió su tío.

—No hay nada de qué hablar. Al menos, no conmigo.

Cogió el móvil de su escritorio y pasó por mi lado para irse. En cuanto salió del despacho, perdí fuerza en las piernas y caí de rodillas al suelo, llorando.

—Rocío —Mario me cogió por los brazos y me ayudó a levantarme—. Está nervioso, cuando se calme...

—No va a querer escucharme —le interrumpí—. No ha pasado nada entre Eloi y yo.

e

—Pero os besasteis —dijo don Jesús.

—La foto del beso en la playa, fue él quien me besó, pero lo aparté antes. Le dije que se equivocaba conmigo, que no buscaba nada con él y que había alguien en mi vida. Y la otra que parece un beso no lo es, simplemente nos abrazamos despidiéndonos. No hay nada, nada, tienen que creerme.

—Intentaré hacer que mi primo entre en razón y hable contigo —comentó Mario secándose las mejillas—. No

prometo que lo consiga, es muy cabezón. Y esto...

e

—Lo sé —murmuré—, me contó lo de su prometida —Mario asintió y miró a su padre.

—Ve a buscarlo, no está en condiciones de conducir —le pidió don Jesús.

—Dile que le quiero, por favor —supliqué—. Que no pensé que pudiera pasar, pero pasó.

—Se lo diré —sonrió y se marchó.

—Alejo es cabezón, tan terco como su padre, mi hermano, pero tiene un corazón noble. Cuando se calme y entre en razón estoy seguro de que te escuchará, Rocío. No he sido ajeno a lo que ocurría entre vosotros en este tiempo, y os he visto a los dos. Vuestras miradas hablaban por sí solas, os habéis enamorado el uno del otro profundamente. No pierdas la esperanza, niña —dijo con la mano en mi hombro—, mi sobrino se dará cuenta de que ha cometido un error y buscará tu perdón.

—Pero cree lo que ha visto, no lo que yo pueda decirle.

—Solo hasta que se dé cuenta de lo equivocado que estaba —me aseguró, y se inclinó para darme un beso en la frente—. Cierra la puerta cuando salgas, ¿sí? —asentí y me quedé allí sola.

El perfume de Alejo estaba en todas partes, así como su cara al verme, su rabia y la furia con las que me miraba se habían quedado grabadas en mi mente.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —me giré y vi a Elena apoyada en el marco de la puerta—. ¿Tu historia con el jefe se ha acabado? Qué lástima —frunció los labios como haciendo un puchero—. Con la bonita pareja que hacíais —caminó hacia donde yo estaba y sonrió con maldad—. Pero no eres más que una niña tonta que no está a la altura de Alejo. No eres más que una cualquiera que se abre de piernas ante la primera oportunidad, ¿no es así? ¿Este fue el método empleado para conseguir la entrevista? No creí jamás que pudieras caer tan bajo. Y, si crees que Eloi Santos querrá algo más que sexo contigo, es que eres mucho más tonta de lo que pensaba. Sabía que no valías para el puesto, lo supe siempre, se lo dije a Alejo cada vez que me pedía que te diera un artículo de mayor importancia, y se lo repetí cuando accedí a asignarte la entrevista, y esto me lo confirma. Por no hablar de que has roto la regla de no involucrarse con un entrevistado.

No me quedé allí para seguir escuchándola, salí del despacho y corrí hacia el ascensor. Choqué con Alejandra cuando se abrieron las puertas y después de la sorpresa porque iba mirando su móvil, me metió con ella y bajamos hasta el aparcamiento. Lo hicimos en silencio, mientras ella me abrazaba y yo lloraba sin consuelo.

Me llevó hasta su coche, donde me hizo subir al asiento del copiloto y ella se sentó en el suyo.

El silencio tan solo era roto por mis sollozos, pero sabía que ella no iba a decir nada hasta que me calmara, al menos un poco. Lo que ocurrió tras lo que me parecieron horas de llanto desconsolado.

—No me cree —dije al fin.

—¿Alejo?

—Sí.

—Bueno, esos besos...

—Solo fue uno, lo otro lo parece, pero no lo es. Aun así, no importa. No va a creer una sola palabra de lo que le diga, no me ha creído en su despacho.

—Pues algo tendremos que hacer, cariño.

—Elena, también me ha dicho que no solo ha confirmado que no valgo para el puesto, sino que me he liado con un entrevistado y no estoy a la altura de Alejo.

—No hagas caso a esa mujer, es mala.

—Me voy a casa —dije y empezó a sonar mi móvil—. Es Julio —suspíré al ver su nombre.

—Seguro que lo ha visto y está preocupado.

—Luego hablaré con él.

—Rocío, si necesitas algo...

—Te llamaré —sonreí mientras abría la puerta.

Necesitaba irme a casa, estar sola y pensar. Aún tenía que acabar de montar la entrevista, pero... ¿para qué? No querían esa noticia en el periódico, con la exclusiva del nuevo romance de Eloi Santos que había en todos los medios de comunicación, la entrevista no tendría repercusión.

Cuando llegué a casa llamé a Eloi, pero no respondió.

Tenía que hablar con él, era el único que podría hacer algo para solucionar el lío en el que me había metido aquel fotógrafo del evento.

Empezaba a sentir un fuerte dolor de cabeza, así que me tomé una pastilla y, tras poner el móvil en silencio, me metí en la cama dispuesta a desconectar del mundo por unas horas.

¿Podría apagarlo con un botón?

Tenía que hablar con él, era el único que podría hacer algo para solucionar el lío en el que me había metido aquel fotógrafo del evento.

Empezaba a sentir un fuerte dolor de cabeza, así que me tomé una pastilla y, tras poner el móvil en silencio, me metí en la cama dispuesta a desconectar del mundo por unas horas.

¿Podría apagarlo con un botón?

Capítulo 30



Ni siquiera sabía que estuviera tan cansada, solo cuando me desperté y vi que eran las dos de la madrugada, comprobé todo lo que había dormido.

En el móvil tenía diez mensajes de texto, algunos de Alejandra, otros de mi hermano, y varios de mi madre.

Por suerte en los últimos mi familia me confirmaba que habían hablado con Alejandra y les dijo que estaba en casa.

También tenía llamadas de mi amiga, la última, a las doce de la noche,

Salí de la habitación y fui a la cocina para prepararme un té, en ello estaba cuando escuché ruido en el salón y, al girarme con una sartén en la mano, vi las piernas de mi hermano colgando del sofá.

—¿Julio? —lo llamé cuando me acerqué.

—¿Rocío? ¿Qué haces despierta? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—No, ¿qué haces tú aquí? ¿Cuándo has venido?

—A las nueve o así, pero estabas tan dormida que no quise despertarte.

—No tenías que haber venido —dije regresando a la cocina y él me siguió.

—Eres mi hermana, no iba a dejarte sola. ¿Cómo estás? —Me abrazó desde atrás.

—Con ganas de desaparecer. Al menos nadie ha venido a buscarme, no tengo a la prensa en la puerta esperando para hacer preguntas.

—Bueno...

—¿Qué?

—Mira por la ventana.

Fruncí el ceño, pero hice lo que me había dicho.

No me lo podía creer, había prensa allí parada, haciendo guardia en la puerta de mi edificio.

—Esto es una broma, ¿no?

—No —negó moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Joder, joder.

—No sé quién habrá dado tu nombre, pero lo saben todo. Quien sea que os fotografío debió decir dónde vives, pero es que ya saben que eres redactora en el periódico.

—Dios mío, don Jesús tiene que estar enfadado, esto no es buena prensa para ellos. Y Alejo...

—Alejandra me dijo que don Jesús está capeando todo como puede, incluso ha pedido que, por favor, se respete tu intimidad.

—Pues no lo están haciendo, la verdad.

—No —sonrió—. ¿Has hablado con Eloi Santos?

—Lo llamé esta mañana, pero no me lo cogió. Tampoco me ha devuelto la llamada. Sé que aún le quedaban ruedas de prensa y programas que grabar. Lo intentaré de nuevo a primera hora.

—No puedes quedarte aquí, en cuanto intentes salir se te echarán encima.

—¿Y cómo pretendes que salga de mi casa, Einstein? —Arqué la ceja.

—Tranquila, que Alejandra tenía la solución. A las ocho y media tienes que estar lista para que salgamos de casa, ¿de acuerdo?

—¿Qué se le ha ocurrido a esa loca? Miedo me dan sus ideas.

—Esta no es mala, todo lo contrario. Es una solución perfecta.

—¿Quieres un té? —pregunté sacando la caja.

—Vale.

—¿Has hablado con mamá? Tenía mensajes y llamadas tuyas también.

—Sí, la he dejado tranquila diciéndole que no tienes un romance con ese actor, que te había visto y estabas dormida. Incluso me pidió que le enviara una foto —volteé los ojos al escucharlo.

—Mamá y sus pruebas gráficas —reí.

—¿Has hablado con tu jefe?

—No, no quiere escuchar nada de lo que tenga que decirle. Cree en lo que ha visto.

—Bueno, no lo justifico, pero, ya sabes lo que dicen: que una imagen vale más que mil palabras.

u—Lo sé —suspiré apoyándome en la encimera con la cabeza agachada y los ojos cerrados—. Yo habría pensado lo mismo, Julio.

—Oye, no te rindas, ¿vale? —Me pidió cogiéndome por los hombros para que me girara y me abrazó— Si ese hombre sabe lo que le conviene, te acabará buscando. Y, si no lo hace, entenderá que ha perdido a la mujer de su vida.

Dejó un beso en mi frente y cuando el agua estuvo caliente, puse las bolsitas de té en ambas tazas y nos fuimos al sofá, donde me senté mirando por la ventana y contemplando la Luna que brillaba más que nunca.

Pensé en Alejo y en el modo en el que me había mirado, no olvidaría esto tan fácilmente, ya que pensaba que era la segunda vez que una mujer lo traicionaba.

Después del té me acurruqué en el sofá con mi hermano, y allí nos acabamos quedando dormidos hasta que escuchamos que sonaba su móvil.

—Es Alejandra —dijo cogiéndolo—. Dime. Sí, está conmigo. Ajá, vale. Ok, a las nueve entonces. Adiós.

—¿Qué ha dicho?

—Que te duches y te vistas, que a las nueve salimos de aquí.

—Pero, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Tú, solo haz lo que te he dicho, del resto, nos encargamos nosotros —me hizo un guiño y fue a la cocina a preparar café.

Cogí el móvil cuando entré en la habitación y no tenía llamadas ni mensajes de Alejo, tampoco de Eloi.

Marqué el número de este último y no respondió.

Después de ducharme y vestirme, metí algo de ropa para unos días en la bolsa de deporte, aún sin saber dónde diablos iba a quedarme, ni cuánto tiempo.

Volví a llamar a Eloi, pero tampoco respondió, por lo que le envié un audio como mensaje.

—Buenos días, Eloi. Esto es una locura, desde ayer creo que estoy en un mundo paralelo. No sé a qué hora se instaló la prensa en mi casa y ahí siguen haciendo guardia. Necesito hablar contigo, por favor. Eres el único que puede arreglar esto. Tienes que aclararlo, Eloi, entre nosotros no hay nada y yo... Yo puedo perderlo todo. Por favor, llámame cuando oigas esto.

Suspiré mientras veía que se enviaba el audio, bloqueé el móvil y lo guardé en el bolso antes de ir al salón.

—Ah, ya estás aquí, genial —dijo mi hermano, con una sonrisa—. Siéntate y disfruta de tu desayuno.

Había preparado café, tostadas, zumo y un bol de yogur con cereales y frutos rojos.

—Hermano, si le preparas a Ana estos desayunos, estoy segura de que se acabará casando contigo —reí.

—Lo va a dejar —murmuró mientras se acercaba el café para dar un sorbo.

—¿A su pareja? —pregunté y asintió— ¿Por ti?

—Va a hablar con él, a decirle que nos hemos visto y que... que ella sigue enamorada de mí. Quiere que lo

intentemos.

—Julio, eso es fantástico. Me alegro por ti, hermanito —lo abracé—. Al menos que a uno de los dos le vaya bien en cuestiones amorosas.

—A ti también te irá bien, solo tienes que solucionar el embrollo de Eloí, y Alejo y tú, volveréis a estar juntos, ya lo verás.

—No lo tengo tan claro. Él ya pasó por algo así, iba a casarse y ella, lo estuvo engañando con otro —suspiré.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes —me encogí de hombros.

Terminamos de desayunar, recogimos todo y después de lavar las tazas y demás, Julio miró por la ventana comprobando que ya no había prensa.

—Podemos irnos —dijo cogiendo mi bolsa de deporte—. Ponte esto, por precaución —me dio una gorra y unas gafas de sol.

—Ahora sí que soy una auténtica famosa huyendo de los paparazzi —volteé los ojos.

Por suerte cuando salimos a la calle no vimos cámaras de televisión, ni periodistas, ni fotógrafos.

Subimos a su coche y puso rumbo hacia no sabía muy bien dónde, simplemente me dejé llevar lejos de mi casa, donde estaba segura que volverían a hacer guardia los de la prensa hasta captar una imagen mía, o conseguir unas palabras.

Finalmente llegamos donde iba a alojarme, y resultó ser la casa de mi hermano.

—¿Cómo ha hecho Alejandra para que la prensa se fuera de casa y no nos siguieran? —pregunté cuando entramos.

—Avisó a uno de sus contactos diciéndole que te habían visto en el hotel donde se aloja Eloí Santos.

—Ah, claro. ¿Dónde podría estar si no con mi supuesto nuevo amor? —resoplé— No me gusta invadir tu casa.

—No seas tonta, puedes quedarte el tiempo que necesites. ¿Has conseguido hablar con Eloí?

—No, pero le he mandado un audio.

—Esperemos que responda, si no, tomaremos otras medidas.

—¿Qué medidas? —interrogué.

—Ya se nos ocurrirá algo, tranquila.

Me acompañó hasta la habitación que tenía de invitados, y me pidió que llamara a nuestros padres, para que se quedaran más tranquilos, así que eso hice mientras miraba por la ventaba.

—Rocío, hija, ¿cómo estás?

—Bien, mamá. Me he venido a casa de Julio hasta que todo esto pase.

—Vale, vale, me alegro, no quiero que estés sola. ¿Cómo han podido contar eso? Alejandra me dijo que es una noticia falsa, que tú en realidad te estás viendo con otro hombre que no es ese actor.

—Sí, mamá. Me veía con mi jefe.

—¿Con tu jefe? Cariño, y esto, ¿cómo se lo ha tomado?

—No muy bien —suspiré.

Me senté en la cama y le dije que se había molestado mucho por esa noticia, que no me dejó aclarar que era todo mentira y que lo más probable era que le hubiese perdido.

Mi madre dijo que, si él de verdad sentía lo mismo que yo, acabaría escuchándome.

Preguntó por Eloi y si estaba haciendo algo para aclarar todo este tema, y le dije que esperaba que así fuera, porque no había podido hablar con él.

Suponía que Gaby, su jefa de prensa, estaría de lleno con el asunto para apagar el fuego que se cernía sobre ambos.

Cuando me despedí de ella, acabé recostándome en la cama y sin nada mejor que hacer, cerré los ojos y no tardé en quedarme dormida de nuevo.

Todo eso me estaba pasando factura y era mi cuerpo quien lo sentía. El cansancio y el leve dolor de cabeza que se formaba de tantas vueltas que le daba al asunto me tenían tan agotada, que mantener los ojos abiertos cuando me recostaba en la cama o el sofá, era imposible.

Todo eso me estaba pasando factura y era mi cuerpo quien lo sentía. El cansancio y el leve dolor de cabeza que se formaba de tantas vueltas que le daba al asunto me tenían tan agotada, que mantener los ojos abiertos cuando me recostaba en la cama o el sofá, era imposible.

Capítulo 31



Para cuando llegó el jueves seguía sin noticias de Eloi y tampoco de Alejo.

Alejandra me decía que solo estaba en la oficina por las mañanas, que se quedaba encerrado en su despacho y solo tenía compañía cuando Mario, don Jesús o Elena, entraban para hablar de trabajo con él.

Eran apenas las seis de la mañana y ya estaba despierta en la cama. Había pasado la noche con el estómago algo revuelto y no es que hubiera podido dormir mucho.

Cuando sonó el móvil con la llegada de un mensaje fruncí el ceño sorprendida, puesto que Alejandra no habría madrugado tanto.

Al ver el nombre de Elena resoplé con los ojos cerrados, ¿sería capaz esa mujer de decirme que me asignaba un artículo? ¿O acaso reclamaría la entrevista que le hice a Eloi?

No había vuelto a saber de ella desde el lunes, y ni siquiera me había presentado en el trabajo, Alejandra habló con don Jesús y le dijo que necesitaba unos días para estar tranquila y lejos del foco, cosa que mi jefe entendió y no puso objeción alguna.

Abrí el mensaje y leí el texto, ese que iba acompañado de un vídeo.

Elena: *Está conmigo, como siempre debió ser hasta que llegaste al periódico y se encaprichó de ti.*

Al pulsar en el vídeo, los ojos se me llenaron de lágrimas y las náuseas subieron con fuerza hacia mi garganta.

Tuve que salir corriendo de la habitación, dejando caer el móvil en la cama, ese en el que aún desde el cuarto de baño podía escuchar cada uno de los sonidos que seguían reproduciéndose.

Julio salió de su habitación llamándome, había abierto la puerta de la mía tan fuerte que golpeó en la pared que daba a la suya. Llegó al cuarto de baño donde me encontró vomitando hecha un mar de lágrimas.

—Por Dios, hermanita, ¿qué te pasa? —preguntó mientras me recogía el pelo con la mano en mi frente— ¿Y qué estás viendo, una película porno?

—Alejo —dije entre sollozos cuando acabé de vomitar—. Alejo, follando con Elena.

—¿Qué?

Mi hermano me ayudó a levantarme y mientras me lavaba un poco, fue a mi habitación. Regresó con el móvil en la mano y las lágrimas seguían cayendo desde mis ojos cerrados.

—Joder —murmuró, mientras que los gemidos y jadeos de ambos, así como los gritos de ella pidiéndole que no parara, se me clavaban en el alma.

Cuando el cuarto de baño se quedó en silencio, volví a sentir náuseas y vomité de nuevo, mientras en mi mente se reproducía aquella imagen de Alejo follando con Elena, mirando hacia el techo de aquella habitación, y ella sonriendo a la cámara.

Sin duda ese vídeo había sido grabado especialmente para mí, y no podía entender cómo Alejo se pudo prestar a semejante maldad.

Julio me acompañó a la cama de nuevo, donde me recosté llorando y esperé a quedarme dormida.

¶ Pero eso me costó más, no podía apartar las imágenes de mi cabeza.

Escuché a mi hermano hablar por teléfono con Alejandra, le dijo lo del vídeo y que me había puesto malísima al verlo, al punto de que vomité dos veces.

Y estaba a punto de hacerlo una tercera vez, así que me levanté y corrí al cuarto de baño.

Apenas si debía quedarme nada en el estómago, pero seguía vomitando como si mi alma quisiera salir de ese modo.

¿A esto me había llevado querer obtener trabajos más importantes en el periódico? ¿Al punto de enfermar por todo lo que estaba pasando?

En la prensa, lejos de hablar sobre que esto no era más que un malentendido, seguían mostrando las mismas imágenes y preguntándose dónde estaba la pareja del momento.

Alejandra me dijo que nadie había visto a Eloi desde que saltara la noticia, que sabían que iba a las grabaciones de los programas que tenía previstos, pero no acudió a las últimas ruedas de prensa de la promoción de la película.

Si mostraba silencio como respuesta, no hacía más que alimentar la noticia y dar a entender que sí, que estaba conmigo.

Yo seguía siendo la mujer más buscada de Valencia, y por lo que pude ver en las noticias de televisión, la prensa seguía haciendo guardia en mi casa.

No sabría decir en qué momento me quedé dormida de nuevo, solo que cuando mi hermano me despertó para comer, apenas probé bocado.

Y lo poco que comí acabó yéndose por el desagüe después de una nueva ronda de náuseas y vómitos.

Al igual que pasó tras la cena.

—Estás cayendo enferma por todo esto —dijo mi hermano, cuando me volví a la cama.

—Quiero dormir, Julio, dormir y despertar cuando haya acabado todo.

—Lo que no entiendo es por qué Eloi no ha dicho nada.

—No responde a mis llamadas, y tampoco a los mensajes.

Sentí náuseas de nuevo y corrí al cuarto de baño, sintiendo que me dolía todo el cuerpo de tanto esfuerzo.

—Se acabó, nos vamos ahora mismo a urgencias. Tienes que tener anemia o algo.

—Julio, no es nada, de verdad.

—¿Cómo qué no? Mírate, Roció. Estás pálida, no dejas de vomitar y ya no tienes ni fuerzas. Vamos, te ayudo a vestirte.

Al final me tocó obedecer, a fin de cuentas, él era el hermano mayor y yo sentía que me estaba muriendo. No había vomitado tanto en mi vida.

Por suerte la casa de Julio no estaba siendo vigilada por la prensa y pudimos salir tranquilamente.

¿ Me llevó a urgencias y procuró que nadie me reconociera.

Cuando al fin me atendieron, ya había vomitado hasta las entrañas mientras esperábamos en la sala, Julio estaba de los nervios y yo solo quería que eso parase y poder dormir y comer sin tener que salir corriendo hasta la taza del váter.

Me hicieron análisis de sangre y de orina, podría tratarse de una fuerte anemia provocada por el estrés, los nervios y la ansiedad que me estaban provocando esos días.

Permanecí en la sala recostada en una camilla con suero puesto, así de pálida y con cara de muerto viviente debieron verme, mientras Julio me hacía compañía.

—Seguro que no es nada —dije—. Me mandarán unas vitaminas, suero, dieta blanda... Esas cosas.

—Prefiero asegurarme que esperar a que vomites el hígado. En serio, Rocío, parecías la niña del Exorcista.

—No me lo recuerdes, que me vuelven las náuseas —me froté la frente y él comenzó a acariciarme el pelo.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Has hablado con Alejandra? Porque sé que le has contado lo del vídeo.

—Me pidió que se lo enviara, así que cogí tu móvil. Iba a hablar con Mario.

—¿Con Mario? ¿Para qué? —Fruncí el ceño.

—Bueno, eh...

—¿Qué pasa? ¿Qué sabes?

—Digamos que tu mejor amiga y vuestro otro jefe, han tenido una historia.

—¿Alejandra se ha acostado con Mario? —grité mientras me incorporaba tan rápidamente, que me dio un mareo fuertísimo.

—Ey, más despacio que estás débil.

—¿Por qué no me contó nada?

—Estabas liada con la entrevista y después... Bueno, toda la mierda de la prensa rosa, ya sabes —se encogió de hombros.

La puerta se abrió y no tardó en aparecer la doctora que me había atendido.

—¿Cómo te sientes, Rocío? —preguntó.

—Creo que el suero me está sentando bien.

—Es bueno saberlo, dado que no tienes nada en el estómago. Traigo los resultados de tus análisis —sonrió con amabilidad.

—¿Y qué tiene, doctora? —interrogó mi hermano, con impaciencia.

—Estás embarazada, Rocío, por eso tienes esas náuseas.

—¿Embarazada? No puede ser, pero si tuve el periodo... —Abrí mucho los ojos al caer en la cuenta de que, para ese entonces, debería haberme bajado el periodo la semana anterior— Mierda. Con el estrés del trabajo y todo lo demás, no había caído en la fecha que era.

—Vamos a hacerte una ecografía, y podré decirte de cuánto estás.

—Entre dos y tres semanas, posiblemente —dije.

Miré a Julio que se había quedado más pálido de lo que yo estaba cuando llegamos al hospital.

La doctora cogió el ecógrafo, preparó todo y tras subirme la camiseta, puso el frío gel en mi vientre y comenzó a pasar despacio el ecógrafo hasta que se detuvo.

—Ahí lo tenemos —sonrió mientras señalaba la pantalla, justo sobre un pequeño punto.

—Voy a ser tío —dijo mi hermano, lo miré y sentí las lágrimas deslizándose por mis mejillas—. Vas a ser mamá, hermanita.

—No puedo, Julio.

—¿Cómo no vas a poder? Claro que puedes.

—Pero, Alejo...

—Ey, mírame —me cogió ambas mejillas y apartó las lágrimas con los pulgares—. Si ese hombre no quiere hacerse cargo, no pasa nada. Nos tienes a lo demás. Nuestros padres, yo, incluso Alejandra, estamos para ti y ese bebé.

—Efectivamente, estás de dos semanas y media, Rocío. Voy a recetarte vitaminas, pastillas para las náuseas y, sobre todo, que te tomes con calma el trabajo. Pide cita con tu ginecólogo habitual y que te lleve el embarazo, ¿sí?

Asentí, y mientras ella extendía las recetas, me quedé allí en la camilla mirando la pantalla, observando el punto que mostraba que una pequeña personita, mitad mía y mitad de Alejo, estaba creciendo en mi vientre.

Y allí llevé la mano de manera inconsciente, acariciándolo mientras pensaba que nunca, jamás, le iba a fallar.

Le prometí que, aunque su padre no quisiera saber nada, yo sí, y que siempre estaría para él, o ella.

—No puedo, Julio.

—¿Cómo no vas a poder? Claro que puedes.

—Pero, Alejo...

—Ey, mírame —me cogió ambas mejillas y apartó las lágrimas con los pulgares—. Si ese hombre no quiere hacerse cargo, no pasa nada. Nos tienes a lo demás. Nuestros padres, yo, incluso Alejandra, estamos para ti y ese bebé.

—Efectivamente, estás de dos semanas y media, Rocío. Voy a recetarte vitaminas, pastillas para las náuseas y, sobre todo, que te tomes con calma el trabajo. Pide cita con tu ginecólogo habitual y que te lleve el embarazo, ¿sí?

Asentí, y mientras ella extendía las recetas, me quedé allí en la camilla mirando la pantalla, observando el punto que mostraba que una pequeña personita, mitad mía y mitad de Alejo, estaba creciendo en mi vientre.

Y allí llevé la mano de manera inconsciente, acariciándolo mientras pensaba que nunca, jamás, le iba a fallar.

Le prometí que, aunque su padre no quisiera saber nada, yo sí, y que siempre estaría para él, o ella.

Capítulo 32



Ese sábado mi hermano había quedado para comer con unos amigos, así que Alejandra vendría a comer conmigo.

Cuando le dije el día anterior que estaba embarazada, empezó a gritar y podía imaginármela en la oficina dando saltos de alegría.

Aproveché para preguntarle por Mario y dijo que no había querido contarme nada porque yo no estaba pasando por mi mejor momento. Esa mujer me conocía demasiado bien.

Estaba terminando de preparar la ensalada cuando llamó al telefonillo, abrí y en cuanto entró en casa, empezó a gritar.

—¡Vas a ser mamá!

—Eso parece —sonreí y nos abrazamos.

—¿Cómo te sientes?

—Con náuseas, pero las pastillas que me dieron consiguen controlarlas.

—¿Le has dicho algo a él?

—No, ni quiero. Ese vídeo deja claro que ha vuelto con ella.

—Rocío...

—No, Alejandra, por favor. No quiero hablar de él.

—Está bien, entonces hablaremos de este pequeñín —me puso la mano en el vientre—. ¿Se lo has contado a tus padres?

—Quiero hacerlo cuando vuelvan del viaje, bastante han pasado al ver esas fotos.

—Les va a hacer mucha ilusión —sonrió.

—Eso espero.

—¿A ti te hace ilusión, cariño?

—Sí, solo que no puedo disfrutar de este momento como me gustaría.

—Lo sé.

Pusimos la mesa y nos sentamos a comer, había preparado pasta a la carbonara, que le encantaba a Alejandra, mientras me hablaba sobre ella y Mario.

Al parecer tuvieron un leve acercamiento unos meses atrás, pero no llegaron a nada. Alejandra decía que había visto a Mario más atento en la oficina, pendiente de ella, de lo que hacía o decía, y que hacía unas semanas cuando se iba, su coche no arrancaba. Él, le echó una mano y acabaron tomando una cerveza, fueron a cenar, una cosa llevó a la otra entre tonteos, y fueron a casa de Mario.

Desde entonces se habían visto algunos días y por eso ella había podido hablar con Mario sobre el vídeo de su primo.

—No se cree que Alejo fuera capaz de aceptar grabarlo —dijo mientras recogíamos la mesa para preparar un té—. Y ella mira a la cámara sonriendo. ¿Y si es cosa de Elena?

—Sea como sea, yo no le importaba.

—Cariño, cuando se dé cuenta de que todo esto es mentira...

—¿Has podido averiguar algo de Eloi? —pregunté para cambiar un poco de tema.

—Nada, es como si se hubiera ido. He hablado con algunos conocidos y tampoco lo han visto. Eso sí, todos coinciden sobre el tipo que os hizo esas fotos. Es un periodista *freelance* que se vende al mejor postor.

—Yo lo llamo y no contesta, tampoco me las devuelve. Y los mensajes, no los ha visto.

—Mis contactos están intentando localizar a su jefa de prensa.

Asentí, preparé el té y saqué unas galletas rellenas de fresa que había traído mi hermano el día anterior, nos sentamos en el sofá del salón y pusimos la televisión para ver alguna película.

En el canal en el que estaba se emitía un programa de esos de actualidad y cotilleos, y ahí aparecía yo en primera plana junto a Eloi, en una de las fotos del evento, mientras abajo podía leerse: “La pareja, futuros papás”.

—Pero, ¿qué mierda? —gritó Alejandra.

—¿Cómo se han enterado?

—No tengo ni idea.

Subió el volumen y escuchamos a la presentadora hablando sobre el tema, decía que una fuente muy fiable me había visto entrando en el hospital un par de noches antes junto a un hombre que no era Eloi, y que cuando salí, escuchó la palabra embarazo.

O

Aquello se estaba convirtiendo en una maldita pesadilla. Mi móvil empezó a sonar y tuve que contestar, era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hija, ¿estás embarazada, o siguen contando mentiras?

—Estoy embarazada, mamá, pero no es del actor.

—De tu jefe, entonces.

—Sí.

—Ay, mi niña. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? ¿Tienes náuseas? Dios, mi niña embarazada y yo en mitad del mar

—No te preocupes, Julio y Alejandra están conmigo, siempre muy pendientes.

—¿Por qué no me llamaste?

—No quería deciros nada hasta que volvierais del viaje, para no preocuparos.

—Siempre vamos a preocuparnos por vosotros, Rocío, sois nuestros hijos. Espera, que quiere ponerse tu padre.

—Hola, cariño. ¿Me has hecho abuelo antes que tu hermano? Quién lo iba a decir —rió.

—Lo sé, es de locos —reí también.

—¿Te sientes bien, hija?

—Sí, papá. No estuve bien el jueves y por la noche Julio me llevó a urgencias, allí nos enteramos.

—¿De cuánto estás, hija? —preguntó mi madre, quien debió poner el manos libres.

—De dos semanas y media.

—Bueno, en los primeros meses es normal sentir náuseas, luego se pasan. ¿Te han mandado vitaminas?

—Sí, y ácido fólico, y pastillas para controlar las náuseas.

—Ojalá estuviera allí, mi niña.

—Mamá, estoy bien. Quédate tranquila, por favor.

—Te llamaré todos los días un ratito, para que me cuentes cómo estás, ¿sí?

—Vale —sonreí—. Ahora os dejo, que estoy con Alejandra.

—Julia, tranquila que, entre tu hijo y yo, la cuidamos —dijo a mi lado.

—Dile que lo sé, cariño. Cuídate, ¿vale? Te quiero, tu padre y yo te queremos mucho, mi niña.

—Lo sé mamá, lo sé. Y yo a vosotros.

Cuando me despedí de ellos, dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá, suspirando con los ojos cerrados.

—No quería que se enteraran así —dijo mirando al techo tras unos segundos.

Alejandra no dijo nada y cuando la miré, tenía el móvil en la mano mientras miraba la pantalla de la televisión.

—Hola, sí. Quiero entrar en directo —la escuché decir.

—¿Alejandra? —la llamé.

—Soy periodista y compañera de trabajo de Rocío, colaboradora en varios programas de televisión en la sección del corazón también, y quiero entrar en directo. ¿Para qué? Mira, bonita, dile a tu jefa, la presentadora, que, o me deja entrar en directo, o buscaré sus trapos más sucios para hundirle la carrera —abrí los ojos con miedo, Alejandra se quedó callada unos minutos antes de volver a hablar—. Veo que nos hemos entendido. Perfecto.

—Alejandra, para —le pedí.

—No, Rocío —dijo tapando el móvil—. No voy a permitir que esta carroña diga que Eloi y tú, os estabais escondiendo de la prensa en los últimos días por este motivo. Ya está bien de que te difamen.

—Alejandra, de verdad, no te metas en más líos.

—*Me dicen mis compañeros que tenemos al teléfono a una persona que quiere hablar sobre los futuros papás. Buenas tardes, ¿con quién hablo?* —dijo la presentadora.

—Buenas tardes, Almudena —saludó Alejandra—. Antes de nada, he llamado para hablar y es lo que voy a hacer no quiero que nadie me interrumpa. ¿Estamos claros con esto?

—*Por supuesto* —contestó la presentadora, tras mirar a los cinco colaboradores que había con ella.

—Bien. Soy Alejandra, además de compañera de profesión y colaboradora en varios programas de televisión en la sección en la que nos encontramos, soy periodista en el mismo periódico que Rocío, soy su mejor amiga desde que tenemos memoria. Ella no tiene ninguna relación con Eloi Santos, si los han visto juntos durante una semana entera, ha sido porque ella tenía que entrevistarle. Él, accedió con la condición de que cenaran juntos y así dosificar las preguntas. El beso en la playa fue algo inesperado para ella, y que él provocó. Rocío se apartó y le aclaró las cosas, no quería nada con él. Ella mantenía una relación con otra persona que, con este asunto, se está viendo muy afectada. Lo del domingo ni siquiera fue un beso, solo un abrazo entre dos personas que habían compartido un tiempo juntos cenando y hablando para esa entrevista que está pendiente de ser publicada. Y sí, está embarazada, pero es de la pareja con la que ya estaba antes de conocer a Eloi Santos. Por otro lado, Eloi, sigue desaparecido, no contesta a las llamadas de Rocío para que hable a los medios y desmienta todo este asunto. Y desde aquí quiero aprovechar para pedirle, por favor, que, si es el hombre que mi amiga ha llegado a conocer,

dé la cara de una puta vez y diga la verdad. No tiene nada con ella, no están liados, ni han follado ni van a hacerlo. Ella está enamorada del padre de su hijo y esto solo les está perjudicando a ellos. ¿Me he explicado con claridad? ¿Sí? Pues dicho esto, buenas tardes.

Colgó y la presentadora se quedó llamándola, al punto de preguntar si se había cortado la comunicación.

Siguieron hablando de mí, del embarazo y de Eloi, a quien también le pidieron que aclarara todo ese asunto.

Alejandra recibió una llamada de Mario, y puso el manos libres.

—Dime, jefe.

—¿Sabes cómo me pone que me llames así?

—Estoy escuchando —reí.

—Huy, hola prima.

—¿Prima? —Arqueeé la ceja.

—Cuando el idiota de mi primo se dé cuenta de lo que ha hecho, serás mi prima, así que estoy acostumbrándome a llamarte así. Además de que a él lo cabrea que te llame así en su presencia —rí.

’ —Normal, si ha vuelto a verse con Elena —murmuré.

—A esa maldita mujer se la ha follado una vez, nada más. A ti te quiere, por mucho que ahora ande haciendo el imbécil. Ni siquiera sabía que ella grabó ese vídeo y que te lo había enviado.

¹ —Te lo dije —comentó Alejandra, señalándome.

—Nena, ¿en serio has entrado en directo en ese programa? Si no me llama mi padre para decírmelo, me lo habría perdido. Les has dejado con la boca abierta.

—Y ahora se preguntan de quién es mi bebé —resoplé.

—Cierto, voy a ser tío, ¿cómo te sientes, prima?

—Rara cuando me llamas así, que eres mi jefe —reí.

—Pues tu jefe te va a amonestar por no ir a trabajar. ¿Estás bien?

—Sí, solo... algunas náuseas.

—Creo que eso es normal, por lo que he oído en otras embarazadas.

—Mario, ¿tu primo habrá visto el programa? —preguntó Alejandra.

—Mi padre se iba a encargar de que lo viera.

Suspiré y me levanté para ir a la cocina. Ella me miró, sonreí y la dejé hablando con su chico mientras preparaba más té sin poder dejar de pensar en lo que había pasado.

No era así como quería que se enteraran mis padres, y tampoco como pretendía que Alejo lo supiera.

Claro que, si él pensaba que me había acostado con Eloi, dudaría de su paternidad.

Era un hecho que lo haría, y estaba en su derecho de hacerlo puesto que había creído esa mentira de las noticias, antes que en mi palabra.

—Alejo estaba llamando a la puerta de Mario, dijo que después me contaba —asentí al escuchar a Alejandra a mi espalda—. Oye, tú tranquila y sin alterarte, ¿vale? Nada de nervios para el bebé, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —sonreí y nos abrazamos.

Pasamos el resto de la tarde viendo películas, todas comedias románticas donde el amor acababa triunfando.

Alejandra estuvo pendiente del móvil, esperando la llamada de Mario, pero no llegó en toda la tarde, tampoco por la noche, cuando apareció Julio con un par de pizzas y ella se quedó a cenar con nosotros.

Mi hermano dijo que Ana le había mandado un mensaje diciéndole la noticia que circulaba en redes sobre mí desde esa tarde, que le había confirmado que estaba embarazada y que no era del actor.

No tuve noticias de Eloi tampoco en esa ocasión y, si era sincera, dudaba que fuera a tenerlas.

Algo que me sorprendía puesto que, tal como me dijo, su jefa de prensa siempre atajaba estos temas y los solucionaba rápido.

Por mi parte quería ver a Alejo, hablar con él y decirle que no tenía que preocuparse por el bebé, que no iba a reclamarle nada.

Pero pensaba en lo bonito que sería tenerlo juntos, como esa pareja que pudimos haber sido y que, por el camino que íbamos, nunca seríamos.

Por mi parte quería ver a Alejo, hablar con él y decirle que no tenía que preocuparse por el bebé, que no iba a reclamarle nada.

Pero pensaba en lo bonito que sería tenerlo juntos, como esa pareja que pudimos haber sido y que, por el camino que íbamos, nunca seríamos.

Capítulo 33



Habían pasado seis días desde que saltó la noticia del embarazo, Alejandra no me contó nada sobre lo que Mario le dijera de la visita de Alejo aquella tarde a su casa, y tampoco quise insistir.

Posiblemente se limitaría a decir que no era suyo.

Mi hermano se había ido al gimnasio temprano y yo estaba sola en casa, desayunando, mientras veía los anuncios en un canal de televisión cualquiera. Debía admitir que esos días rehusaba ver la tele y, sobre todo, cualquier programa o sección de cotilleos. Estaba cansada de que se hablara de mí.

Y entonces lo vi, un anuncio sobre una entrevista que concedería Eloi Santos esa noche en uno de los programas de más audiencia del canal.

No me lo podía creer, de verdad que no. ¿Había estado dos semanas evitándome, y ahora aparecía para conceder una entrevista?

Cogí el móvil para llamar a Alejandra y en ese momento sonó el telefonillo.

—¿Sí? —pregunté.

—Abre, que traigo Donuts —dijo mi amiga y me eché a reír.

Esa última semana me había dado por comer Donuts de azúcar, ambas lo achacábamos al embarazo.

Cuando entró en la casa vi que llevaba una caja de Donuts y un periódico en la otra mano.

—¿Leyendo la sección de economía? —pregunté mientras preparaba té para las dos.

—No, algo mucho más interesante —sonrió dejando el periódico en la encimera.

“Siete cenas para conocer a Eloi Santos”

Ese era el titular que aparecía en la portada del periódico, miré a Alejandra y sonrió mientras me hacía un guiño.

—¿Qué es esto? —Fruñí el ceño.

—El artículo con el que siempre soñaste.

—Pero no terminé de pasar las notas y... Espera, ¿qué has hecho?

—Hemos —aclaró levantando el dedo—. Le dije a Julio que necesitaba todas las grabaciones que tuvieras sobre la entrevista, las pasó a un *pendrive* y me lo dio. En tu ordenador tenías muchas transcripciones, pero añadí algunas cosas que tú habías omitido, esas conversaciones en las que parecíais dos amigos riendo. Puedes leerla, ha quedado genial. Eloi la leyó antes de que fuera editada y publicada hoy.

—¿Hablaste con Eloi?

—Él, se puso en contacto conmigo, quería contarme algo y... Mario estuvo presente.

—¿Qué te dijo?

—Eso tendrás que verlo en la entrevista que concederá esta noche. Ahora, lee tu trabajo, anda.

Me senté en el sofá con el periódico y empecé a leer.

Todo estaba ahí, al pie de la letra, incluso el momento en el que Eloi decía que se imaginaba con una niña que, literalmente, era igual que yo. Alejandra se tomó la libertad de añadir ahí una parte en la que yo decía que era un adulator.

No faltaba nada de nuestras conversaciones, ni siquiera cuando, tras el beso, hablando del amor, le dije que había alguien en mi vida.

Todo, absolutamente todo, incluso la parte final de la grabación del domingo, en la que ambos decíamos que podríamos ser buenos amigos.

Me sorprendió mucho que Alejandra hubiera transcrito, maquetado y editado la entrevista, pero más aún que Alejo aceptara que se publicara.

—¿Qué ha dicho Alejo?

—No pudo negarse, su tío y Mario querían publicarla, dijeron que había que aprovechar el tirón mediático. Cuando Eloi estuvo de acuerdo, a Alejo no le quedó más remedio que aceptar.

—¿Y Elena?

—Otra que se negaba, pero, en fin. Es una mandada, así que —se encogió de hombros—. ¿Tienes palomitas? Porque la entrevista que dará Eloi esta noche, va a ser como una película —sonrió.

—Algún paquete queda, sí.

a

—Bien. Me voy a trabajar que, si no llego a tiempo, mi jefe es capaz de despedirme —me dio un beso y se marchó.

Quise llamar a Eloi, agradecerle que finalmente se publicara la entrevista que le había hecho, pero no lo hice.

También pensé en llamar a Alejo, lo echaba de menos, por mucho que quisiera no pensar en él. Pero no dejaba de ser el padre de mi bebé.

Pasé el resto del día entre buscar ofertas de trabajo, hacer la compra online y limpiar la casa, además de hablar por videollamada con mis padres, mi madre insistía en verme y tuve que darle el gusto.

Para cuando llegó la cena, y sin que Julio apareciera por casa en todo el día desde que me avisara que iba a comer con Ana, hice una pizza en el horno, preparé palomitas, y me senté en el sofá para ver la entrevista que tanto habían anunciado en la televisión durante ese día.

El presentador dio las buenas noches, habló sobre la última película que había traído a la ciudad a Eloi Santos, y le dio la bienvenida entre los aplausos del público.

—*Eloi, gracias por venir esta noche.*

—*Gracias a ti por invitarme.*

—*En las últimas semanas han salido noticias sobre una posible nueva relación y, además, una paternidad. ¿Cómo has vivido todo esto?*

—Mal, por la persona que estaba involucrada en todo eso. Rocío es una mujer increíble, hizo lo impensable para que accediera a concederle una entrevista para su periódico, y como profesional está muy por encima de otros y otras periodistas que conozco. Ella no merecía todo este circo mediático, ni siquiera sabía que se vería involucrada en él, yo sí.

Aquello me dejó con la boca abierta y el trozo de pizza a medio camino de ella. ¿Qué acababa de decir? ¿Él era consciente de que eso iba a pasar?

—Creo que no soy el único que quiere saber a qué te refieres —dijo el presentador.

—Verás, Rocío trabaja en un periódico importante, y por lo que he podido saber, su jefa directa no la ha valorado nunca como la gran periodista que es, no le asignaba artículos importantes, y le propuso entrevistarme, todo un reto, ya que no concedo entrevistas fuera de las ruedas de prensa o programas donde nos invitan para hablar de un estreno. Lo hizo para que mostrara su valía o la falta de ella, el problema es que yo conozco a Eleni desde hace algunos años, y me dijo lo que tenía planeado. Solo se trataba de responder a esas preguntas, dejar que nos vieran, sabía que un tipo nos estaría siguiendo a todas partes y tenía que mostrarme cariñoso y cercano con Rocío, para que su pareja dudara de ella y la dejara. Admito que no pensé que esa mujer me llegaría a gustar y atraerme tanto como para besarla de verdad, pero así fue. No puedo decir que me planteara un futuro con ella, pero a día de hoy —Eloi miró hacia la cámara— sigo manteniendo lo que te dije: “Rocío, me gustaría que fuéramos buenos amigos”. Con poca gente he conectado como con ella —dijo mirando de nuevo al presentador—, es una persona que cualquiera querría en su vida, del modo que fuera.

—¿Y dices que todo eso fue una especie de trampa de su jefa?

—Así es, ella había tenido un lío durante algún tiempo con la pareja de Rocío, y quería recuperarlo.

—Vaya, si ese hombre está viendo esto ahora mismo, debería ir a buscar a la madre de su hijo.

—Sería un completo estúpido si no lo hiciera, sí —rio Eloi.

Yo estaba llorando y sonriendo, una mezcla rara, pero las hormonas por el embarazo me tenían así casi todo el tiempo.

Hablaron de la entrevista que yo le había hecho a Eloi, que había sido publicada esa misma mañana, y dejaba ver la cercanía y esa conexión que había habido entre nosotros desde el principio.

En un momento de la entrevista, Eloi interrumpe al presentador y le dice que, si puede hacer una llamada, a lo que le responde que sí.

Sin más, Eloi saca el móvil del bolsillo del pantalón y marca.

Unos segundos después es mi móvil el que empieza a sonar, con su nombre en la pantalla.

—¿Eloi? —pregunté poniendo la televisión en silencio para que no se acople y escuchar todo en estéreo.

—Hola preciosa, ¿me echabas de menos?

—No —reí, y él también.

—Mentirosa. Oye, ahora que estoy en directo, quiero pedirte perdón delante toda España, y del mundo entero, que esto se ve en canales internacionales también. Siento el circo mediático que se ha formado y que tuvieras que salir de tu casa. Creo que tendré que concederte una entrevista cada año, hasta que me jubile.

—Mejor aún, la exclusiva de tu verdadero romance con la mujer de tu vida, la boda, el nacimiento y posterior bautizo de tu hijo rubio y tu hija morena, son míos.

—Dios, eres una mujer dura de pelar. Claro que, teniendo en cuenta todo lo que hiciste para conseguir una entrevista mía, no es de extrañar.

—Aclara que no me acosté contigo para conseguirla, por favor.

—No, ese no es tu estilo. Tú eres más de ponerte a correr y quedarte sin oxígeno, o colarte en mi hotel.

—Eso me perseguirá el resto de mi vida —resoplé y escuché al público del plató riendo.

—¿Ven? Es una mujer increíble, y me arrepiento de lo que hice a petición de su jefa. Por cierto, preciosa, si no me equivoco, el telefonillo está a punto de sonar —dijo, y así fue.

Miré hacia la puerta de la entrada con el ceño fruncido. Dejé la pizza y las palomitas en la mesa y me levanté para ir a abrir.

—¿Cómo sabías que iban a llamar?

—Bueno, es que te he enviado algo.

—Pero si no sabes dónde estoy.

—Claro que lo sé, preciosa, tengo espías vigilándote.

—Alejandra —murmuré.

—Majísima, por cierto.

—Yo, la mato.

Abrí sin preguntar, estaba convencida de que sería algún repartidor, y me quedé allí esperando.

—¿No llegó aún mi regalo? —preguntó.

—No, este piso está más alto que el mío.

—Dime que hay ascensor, porque el paquete pesa.

—Sí hay, tranquilo.

—Menos mal.

Poco después las puertas del ascensor se abrieron y apareció un chico en vaqueros con un ramo de rosas rojas tapándole la cara.

—Eloi, ¿me has enviado rosas?

—No, las rosas son del que te las lleva.

—¿Y a mí por qué me regalaría rosas un...? —callada me quedé en cuanto vi a Alejo tras las rosas.

—Ah, veo que ya has visto de quién son las rosas. ¿Me lo puedes pasar, preciosa?

No dije nada, simplemente le ofrecí el móvil a Alejo, que sonrió mientras lo cogía.

—Buenas noches, Eloi.

—Buenas noches, Alejo —lo escuché porque él había puesto el manos libres—. De hombre a hombre, acepta un consejo. Cuida a esa mujer, ámala cada día de tu vida si te permite estar en ella, y recuerda, si me entero que le rompes el corazón otra vez, no dudaré en conquistarla yo.

—No tendrás la oportunidad de hacerlo, Rocío es la madre de mi hijo. Cuídate y, gracias por esto.

—No hay de qué. Rocío, ¿me estás escuchando, preciosa?

Asentí, sin poder decir una sola palabra a sabiendas de que no podía verme.

—Sí, te escucha —dijo Alejo.

—Ah, que se ha quedado sin palabras, perfecto, eso es que hemos planeado la sorpresa bien. Ey, preciosa. ¿Me avisarás cuando nazca el bebé? Me encantaría conocerlo.

—Sí, lo haré —contesté con la voz quebrada.

—Bien, ahora, deja que ese hombre sufra un poquito mientras lo perdonas, porque sé que lo vas a perdonar. Lo amas demasiado como para no hacerlo. Cuídate, Rocío, estaremos en contacto.

La llamada se cortó y me quedé mirando a Alejo.

—¿Puedo entrar?

—¿Por qué has venido?

—Porque quería recuperar a la mujer que amo.

—Te acostaste con Elena —murmuré, al tiempo que me giraba y me abrazaba a mí misma, notando un frío horrible de repente.

Escuché la puerta cerrándose y después los pasos de Alejo tras de mí.

—Y no imaginas cuánto lo siento. Esa noche estaba tomando una copa con Mario, ella apareció en el bar, mi primo intentó convencerme de que me fuera con él, pero me quedé con ella. Pensaba que habías estado acostándote con Eloí Santos y...

—Te vengaste —acabé por él.

—Fui un idiota, no debí haberlo hecho —dijo pegado a mi espalda, rodeándome por la cintura con un brazo y posando la mano en mi vientre—. ¿Cómo estás, pequeña?

—Si preguntas por el bebé, lo llevo mejor. El día que ella me envió ese vídeo, creí que me moría.

—Siento no haber estado aquí, de verdad que lo siento —hundió el rostro en mi cuello y me besó—. Te quiero, Rocío, te amo. Y al bebé también, desde el mismo momento en el que escuché a Alejandra decir que era mío. Aunque pensaba que te habías acostado con Eloi, algo me decía que ese bebé era mío.

—Lo es, pero no quiero que te sientas obligado a nada. Puedo criarlo sola.

—Ni hablar —me giró y sostuvo mis mejillas con ambas manos, secándose las lágrimas con los pulgares—. No voy a dejarte sola. Si no me quieres como pareja, lo entenderé, pero no me alejes de vosotros, quiero ser el padre que ese bebé merece.

—No me creíste.

—Y lo siento tanto, pequeña. Si mis padres hubieran estado vivos me habrían dado una buena charla. Me la dio mi tío en su lugar. Él hizo que abriera los ojos. Y cuando Eloi les contó a Alejandra y Mario lo que Elena había planeado, me llené de rabia y la despedí ese mismo día. Ya no trabaja en el periódico, y no volverá a hacerlo.

—No pensé que pudiera odiarme tanto.

—Yo tampoco. Cuando le dije que se acababa lo nuestro porque estaba sintiendo algo por otra persona, nunca le dije que fueras tú, debí imaginarlo cuando comencé a mirarte más en la oficina. Me acabó confesando que nos vio en el aparcamiento la noche en que te bloqueé el paso con mi coche, nos siguió y descubrió que había algo entre nosotros.

—¿Por qué accedió Eloi a esto?

—Lo va a contar en la entrevista, si quieres oírlo...

—No, dímelo, por favor.

—Elena lo amenazó con difundir un vídeo, un montaje al parecer, en el que él y ella, estaban con otra persona. Pero eso no fue capaz de contestar a tus llamadas, y su jefa de prensa estuvo buscando el modo de solucionarlo todo junto con su *mánager*, ayudados por Alejandra y un par de periodistas decentes *freelance* que ella conoce.

—¿Cómo llegamos a esto? —dejé que me abrazara y cerré los ojos, sintiendo ese aroma que me hacía sentir en casa.

—Porque soy un idiota. Pero prometo que no volverá a pasar. ¿Podrás perdonarme?

—Ese vídeo —murmuré mientras negaba—. Cada vez que cierro los ojos te veo follándotela, y a ella sonriendo a la cámara, como si me mirara a los ojos directamente.

—Lo siento mucho, pequeña, me arrepentiré de esa estupidez el resto de mi vida.

—Sé que te voy a perdonar, Alejo, pero... necesito tiempo.

—Lo suponía —volvió a cogerme las mejillas y sonrió. No tardó en inclinarse y posar sus labios en los míos.

Había echado tanto de menos esos besos, tanto, que no quería que se alejara.

Le rodeé el cuello con mis brazos y le di paso en mi boca, gimió mientras nuestras lenguas se reencontraban, y con ese simple beso volví a tantos momentos que habíamos compartido.

ii

Iba a perdonarlo, era el padre de mi bebé y lo quería, lo amaba más de lo que podría haber imaginado.

—Quiero que empecemos de nuevo, Rocío —murmuró con la frente pegada a la mía—. Quiero tener una primera cita contigo.

—Empezar de cero, estando embarazada, eso suena divertido —sonreí.

—Cena conmigo el próximo viernes, nuestra primera cita oficial. Prometo que no te arrepentirás.

—Solo una cena.

—Te recojo en casa, te llevo a cenar, y te dejo de vuelta antes de la una de la madrugada. Prometido.

—Espero que seas bueno cumpliendo tus promesas.

r—Lo soy. Y voy a hacerte una promesa esta noche, Rocío. Estaré siempre para ti, en el modo en el que me dejes estarlo, y para nuestro bebé. Siempre, pequeña, siempre voy a quererte, y a él, o ella, también. Vosotros seréis mi prioridad. Te lo prometo —volvió a besarme y tras un abrazo, fue hacia la puerta y se marchó.

Me quedé sola en el salón llorando, con la mano sobre mi vientre.

Habíamos pasado uno de esos momentos difíciles que pasan las parejas, pero estaba convencida de que, si alguien

podía superarlo, éramos Alejo y yo.

Y lo haríamos, por supuesto, por nuestro bebé lo superaríamos.

podía superarlo, éramos Alejo y yo.

Y lo haríamos, por supuesto, por nuestro bebé lo superaríamos.

Capítulo 34



Tal como había dicho esa mañana en la oficina, Alejo estaba en la calle esperándome a las ocho y media para llevarme a cenar.

A la mañana siguiente de que se presentara en casa de mi hermano, regresé a la mía, sabiendo que la prensa ya no me acosaría, Eloi me llamó para curiosear qué tal había ido el encuentro con Alejo y si le había o le iba a perdonar.

Por supuesto la respuesta fue la misma que para el padre de mi bebé, necesitaba tiempo, puesto que su desconfianza hizo que me dijera palabras tan feas que aún permanecían en mi mente.

Alejo por su parte estuvo toda la semana, muy atento conmigo. Me preguntaba cómo me sentía, si tenía molestias, náuseas, o si necesitaba tomarme unos días más y quedarme en casa.

Pero no lo hice, ya había estado fuera del trabajo demasiado tiempo con todo ese asunto.

Los compañeros me recibieron entre abrazos y felicitaciones, además de algún que otro silbido de sorpresa tras los comentarios de mi relación con el jefe.

Para sorpresa de todos, incluso de la propia Alejandra, la pusieron como jefa del departamento de noticias del corazón hasta que encontraran a alguien adecuado para el puesto, y don Jesús le aseguró que no tenía nada que ver con que fuera la novia de su hijo. Según mi amiga, la palabra novia era un título demasiado grande para el poco tiempo que llevaban, dado que además no habían hablado del tema, a lo que Mario respondió que, si su padre decía que era su novia, es que lo era y punto.

Entre las dos nos repartimos esas noticias del mundo del famoseo que llegaban a la redacción, así como las exclusivas y chivatazos que alguno de sus contactos le daban.

Pero fueron tantas en apenas tres días, que pidió permiso para contar con esos periodistas *freelance* que la habían

ayudado con todo el asunto de Eloi y mío.

Don Jesús estuvo de acuerdo y éramos cuatro personas ya en ese departamento.

El miércoles por la tarde a última hora apareció Elena, venía hecha una furia y me miró con tal desprecio que pensé que diría algo, pero no lo hizo, se limitó a ir al despacho de don Jesús y, tras quince minutos allí, salió volviendo a mirarme con odio.

Alejo apareció a mi lado poco después y me acarició el hombro, se inclinó para besarme la frente y dijo que Elena ya no volvería por allí.

Me eché un vistazo en el espejo y comprobé que estaba todo en orden.

El cabello recogido en una coleta perfecta, el maquillaje sutil, pero destacando el color de mis ojos y realzando mis labios carnosos de un bonito color rosa, y el vestido blanco impecable.

Cogí el bolso y salí para encontrarme con Alejo, quien se encontraba apoyado en su coche, con una mano en el bolsillo del pantalón del traje gris que llevaba, y manteniendo el móvil en su oreja con la otra mano.

En cuanto me vio, sonrió y se despidió de quien fuera que estaba al otro lado.

, —Hola —sonreí.

—Hola. Estás preciosa —me rodeó por la cintura con una mano y se inclinó para besarme.

—¿Me besas en nuestra primera cita? Qué atrevido por tu parte —arqueé la ceja.
s

—Culpable de los cargos, señorita —me hizo un guiño y me eché a reír.

Abrió la puerta del coche para que entrara, tomé asiento y esperé a que se sentara él.
r

Cuando puso el coche en marcha se encendió la radio automáticamente y poco después comenzó a sonar una canción de Antonio José. Miré a Alejo por el rabillo del ojo y vi que parecía nervioso. No tardó en cogerme de la mano y acariciarme la muñeca.

“Sin buscarte me llegaste, yo no he sido, fue el destino. Hoy me sobran ganas para amarte...”

En esa parte de la canción me dio un leve apretón en la mano, y se lo devolví.

Pasé el resto del camino escuchando aquella canción que era un claro mensaje para mí, sonreí mirando por la ventana y llevé nuestras manos a mi vientre.

Alejo lo acarició y cerré los ojos, sintiendo ese momento de unión entre los tres.

Llegamos al restaurante y tras abrimme la puerta, entrelazó nuestras manos y entramos, siguiendo al hombre que nos guio por aquel salón lleno de parejas y familias hasta una mesa junto a los ventanales que daban a la playa.

l,

—¿Tomarán vino? —preguntó una camarera.

—Agua para los dos, por favor —dijo él.

—¿No vas a tomar vino? —Fruncí el ceño.

—No mientras estemos embarazados y comamos o cenemos juntos.

—Oye, que la que está embarazada soy yo —sonreí.

—Me solidarizo contigo. Nada de alcohol —hizo un guiño.

Nos sirvieron una jarra grande de agua con hielo y dejaron la carta. Eché un vistazo y se me hizo la boca agua con varios platos, el hambre desde que sabía que estaba embarazada era algo increíble.

—No me decido —dije al fin con un suspiro.

—¿Y si pedimos varios entrantes para compartir, y el pescado como plato principal?

—Oh, buena idea —dejé la carta en la mesa y que fuese él quien eligiera.

No podía dejar de mirarlo, lo veía tan guapo, diría que incluso más de lo que ya era de por sí. Y le brillaban los ojos de un modo diferente.

Durante la cena charlamos sobre el bebé, se interesó mucho por cómo había pasado aquellos primeros días de náuseas en los que mi hermano, no me dejó sola.

Pero se interesó aún más por cómo viví toda nuestra separación.

—Me hiciste daño con tus palabras —murmuré cuando trajeron mi postre, una deliciosa tarta de queso con frambuesas y nata montada—. Jamás sería capaz de estar con dos hombres para ver con quién sería más rica si me casaba.

—Lo sé, pequeña —me cogió de la mano por encima de la mesa—. Y no sabes lo mucho que me arrepentí de decirte aquello. Cuando salí del despacho fui al coche, y allí me pasé golpeando el volante con furia y rabia hasta que apareció Mario. Quería volver y disculparme, pero entonces me acordaba de que te habías acostado con otro y...

—No me acosté con Eloi —no lo miraba, no podía, y sentía las lágrimas queriendo salir.

—Siento que no habrá vida suficiente para que me perdones. Fui muy injusto contigo, debí dejarte hablar, escucharte, darte el voto de confianza que merecías. Joder, nunca me diste motivos para pensar que fueras como ella, como mi ex.

Las lágrimas caían por mis mejillas sin control, retiré algunas y cuando Alejo lo vio, no tardó en coger su silla y situarla a mi lado.

—Pequeña, no llores por favor, no llores que me matas —me pidió cogiéndome ambas mejillas y retirando esas malditas lágrimas con los pulgares mientras me miraba fijamente a los ojos—. No quiero verte llorar más por mi culpa, si eso vuelve a pasar, te juro que me alejaré, que te dejaré vivir tu vida y rehacerla con quien quieras, si es con Eloi pues con Eloi, si es con otro, con otro entonces. Solo estaré para ser el padre de nuestro bebé, aunque sé que te amaré el resto de mi vida, y si no estoy contigo, no estaré con nadie más. Te amo, pequeña, te amo tanto que, si me faltas, la vida no tendrá sentido.

Me atrajo hacia él y me besó con una mezcla de ternura y pasión que me hizo llorar aún más.

Si aquello no había sido una declaración de amor, no sabía que otras palabras podría emplear una persona para declararse.

—Yo también te amo —murmuré sin apartar la mirada de la suya—. Alejo, quiero que me hagas el amor.

—Y lo haré, pequeña, cada noche te haré el amor.

—Me refiero a esta noche —confesé, y abrió los ojos ante la sorpresa de mis palabras.

—Qué atrevido por tu parte querer tener sexo en nuestra primera cita —dijo y ambos reímos—. Tus deseos son órdenes para mí, preciosa —me volvió a besar y nos levantamos entrelazando las manos.

Llamó al camarero que nos había atendido y no tardó en aparecer para poder pagar nuestra cena y salir de allí para ir a mi casa.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa? —pregunté cuando aparcó.

—Nunca hemos pasado la noche aquí, pensé que querrías.

—Sí, claro, pero, es decir, mi casa es como una habitación de la tuya.

—¿Y? No importa dónde, pequeña, sino con quién estés.

Y así de fácil volví a sentir que mi corazón latía con más fuerza una vez más.

Subimos a mi casa y no tardó en atraerme hacia él para besarme.

Nuestra ropa fue quedando esparcida por el suelo de camino a la habitación, donde Alejo me recostó en la cama, colocándose entre mis piernas.

Me besó y acarició por todo el cuerpo sin dejar un solo rincón sin su contacto, me miraba a los ojos con ese brillo que me decía lo que necesitaba saber, que me amaba.

Deslizó una mano entre mis piernas y cubrió mi sexo excitado, jugó con el clítoris al tiempo que su lengua y sus dientes torturaban lentamente mis pezones, primero uno y después el otro, y cuando sentí que me penetraba con dos dedos, arqueé la espalda con los ojos cerrados mientras gemía y me agarraba con fuerza a las sábanas.

Fue dejando un camino de besos por mi cuerpo, deteniéndose unos segundos en mi vientre para besarlo como si lo venerase, continuó hacia abajo y pasó la lengua por todo mi sexo con una lenta lamida que me hizo estremecer.

Sin dejar de penetrarme, devoró mi sexo hasta que grité presa de un orgasmo que ni siquiera sabía que había estado necesitando tanto.

Apenas estaba en ese último subidón del orgasmo cuando me besó y comenzó a penetrarme.

Una vez dentro de mí, se quedó quieto y nos miramos fijamente a los ojos. Me acarició la mejilla al tiempo que y enredaba los dedos en su cabello, sonreí y lo atraje hacia mí para besarlo.

—Te amo —susurró con la frente pegada a la mía—. Y quiero que algún día seas mi esposa.

Tragué con fuerza sin poder decir una sola palabra, no sabía qué podría decir al respecto.

Alejo sonrió, volvió a besarme y me hizo el amor tal como le había pedido.

Las horas se nos pasaron entre besos, caricias y sexo impregnando las sábanas, hasta que nos sorprendió el amanecer.

Él estaba recostado en la cama mirando al techo, mientras me mantenía abrazada y bien cerca de su costado. Yo tenía los ojos cerrados y me concentraba en los latidos de su corazón sintiendo esa lenta caricia de las yemas de sus dedos en mi espalda.

—Quiero que te mudes conmigo —dijo de pronto, y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Quieres que vaya a vivir a tu casa?

—Sí.

—Pero, ¿no crees que es un poco pronto?

—Pequeña —me miró e hizo que me recostara en la cama, quedándose sobre mí—. Vamos a ser padres, y quiero estar cerca por si necesitas algo, por si te sientes mal y necesitas que te vea un médico. No quiero dejarte sola con esto, voy a involucrarme en todo.

—No sé qué decir.

—Sí, Alejo, el bebé y yo —dijo llevando la mano sobre mi vientre—, nos iremos a vivir contigo. Esa me parece una buena respuesta —sonrió.

—¿De verdad quieres meter a una mujer en tu casa? Ya sabes lo que eso conlleva. Mi cepillo de dientes, maquillaje, cremas en tu cuarto de baño. Por no hablar de las hormonas del embarazo, esas que hacen que un momento esté riendo y al otro, hecha un mar de lágrimas.

—Bienvenidas todas esas cosas a nuestra casa, pequeña.

)

—Es tu casa —le recordé.

—En el momento en el que aceptes, será también tu casa —dijo tajante, mirándome a los ojos y esperando una respuesta.

Solo sonr  .

Solo sonr  .

Epílogo



Cuatro años después...

Los años habían pasado tan rápido que cuando quise darme cuenta, mis hijos estaban cumpliendo tres y un año respectivamente.

Eloi, pues así decidimos llamar a nuestro primer hijo, era el vivo retrato de su padre, y cuando su tío postizo, Eloi, el actor lo veía, decía que sería todo un galán de Hollywood como él, algo que hacía a Alejo suspirar resignado.

Daniela fue otra sorpresa en nuestras vidas, esa que llegó, al igual que su hermano, sin que la esperáramos. Mi pequeña princesa era como un clon mío, según decía mi madre.

Escogimos ese nombre por los padres de Alejo, quienes siempre tuvieron claro que, si tenían un segundo hijo, lo llamarían Daniel, pero al no haberlo podido tener, quise que sus padres fueran honrados de ese modo.

Mis padres estaban encantados con sus tres nietos, puesto que mi hermano Julio, quien finalmente se casó con Ana, tuvo un niño al que llamaron Miguel, como nuestro padre, y quien ya tenía dos años.

Alejo y yo nos casamos cuando Eloi tenía un año, solo unos meses antes de que lo hicieran Alejandra y Mario, quienes también decidieron dar ese gran paso en sus vidas.

De luna de miel me llevó a Chipre, un lugar donde dimos de nuevo rienda suelta al amor en cada rincón de la villa que había alquilado para los dos solos, donde apenas si nos encontrábamos con el personal que acudía para limpiar y cocinar para nosotros.

La vuelta al periódico vino con sorpresas, y es que Alejandra y yo, fuimos nombradas directoras del departamento de noticias del corazón y contratamos a esos dos periodistas *freelance* y a dos chicas recién licenciadas en periodismo a quienes les dimos esa oportunidad que Elena nunca me dio a mí.

Maica y Sofía, acabaron encandilando tanto a Lorenzo y Roberto, que esos dos que siempre dijeron que serían solteros, acabaron pidiéndoles matrimonio y ambas aceptaron.

Andrés por su parte cayó rendido ante la timidez y los sonrojos de Jimena, una de las dos chicas que contratamos, y al igual que nos pasó a Alejo y a mí, tanta pasión les envolvió en apenas unas semanas, que se convirtieron en padres al mismo tiempo que Alejandra y Mario.

Don Jesús, quien finalmente se jubiló cuando tenía previsto, ahora se dedicaba a viajar con mis padres en verano, disfrutando de esos cruceros a los que mis padres tanto se habían aficionado.

—Mami —me giré al escuchar a mi pequeña Daniela, llamándome.

Cuando la vi en la puerta de mi habitación, con su vestido rosa y el lazo en la cabeza a modo de diadema, mientras su padre la sostenía en brazos, se me caía la baba.

Por no hablar de Eloi, que vestía igual que su padre, con un traje azul, camisa blanca y la corbata rosa, a juego con los vestidos de mi hija y mío.

—Pero qué guapa está mi princesita —dije, acercándome para darle un beso en la punta de la nariz, ella dejó escapar una de sus sonrisitas.

—¿Yo estoy guapo, mami? —preguntó Eloi.

—Tú estás guapísimo, cariño, eres todo un príncipe —también lo besé en la nariz.

—¿Qué hay del padre de ambas criaturas? —Alejo arqueó la ceja.

—El padre está arrebatadoramente guapo, atractivo y sexy a rabiar —lo besé en los labios—. Más vale que no te apartes de mí en toda la boda, no sea que una de esas actrices famosas, te eche el ojo y quieran quedarse calvas.

—¿Por qué tengo la sensación de que no es solo un comentario sin importancia? —sonrió.

—Porque no lo es. Ya le dije a Eloi que no se sorprenda si miro mal a sus amigas y compañeras de profesión.

—¿Estás lista? —preguntó cuando me giré.

—Ajá. Cojo el bolso y podemos irnos.

Había llegado el día en el que el famoso soltero de Hollywood daba el gran paso de su vida. Sí, Eloi Santos, se casaba.

Había conocido a la que estaba a punto de convertirse en su esposa durante el rodaje de la película que comenzó tras todo el escándalo en el que nos vimos involucrados los dos por culpa de mi antigua jefa.

Ella, era una de las actrices de reparto que estaba comenzando el ese mundo, cuando se les vio juntos por primera vez muchos medios decían que era una de esas actrices que, por conseguir fama y una buena posición en el mundo del cine, haría cualquier cosa.

Eloi se enfadó con la prensa por aquello y puso demandas a todo el que pudo. El único modo de aclarar, tras casi un año saliendo con ella, que no era tal como decían, fue conceder una entrevista y, ¿quién la hizo? Pues sí, esta_s que habla.

Durante la entrevista viví con ellos de nuevo todo eso que él me iba contando en nuestras llamadas y en sus visitas a Valencia, pues cada vez que tenía oportunidad pasaba una temporada allí con la que decía se había convertido en su familia, esa que era la mía.

Fue entonces cuando me dijo que quería a esa mujer en su vida hasta que tuviera que reunirse con sus padres, no dudó en organizar una bonita y romántica pedida de mano y allí mismo, en Valencia, se prometieron.

El rodaje de una nueva película juntos les hizo retrasar la boda, pero al fin había llegado el momento.

Cuando entré en el hotel donde iba a tener lugar la ceremonia, pregunté por la habitación de Eloi Santos y me dijeron que estaba en la suite de la última planta.

—Enseguida bajo —sonreí besando a mi marido que asintió.

—Iré al jardín con los niños. Mi primo dijo que ya están allí esperándonos. Tu hermano y Ana, también.

—Vale.

Cogí el ascensor y subí a la última planta. En cuanto salí, llamé a la puerta de la suite y Eloi me abrió unos segundos después.

—Rocío, gracias a Dios que llegas —dijo dándome un abrazo tan fuerte, que creí que me rompería una costilla.

—Eloi, déjame respirar.

—Lo siento, lo siento. Es que estoy de los nervios.

—¿El gran Eloi Santos, nervioso a sus cuarenta y cuatro años, antes de su boda? Imposible —reí mientras entraba

—Pues lo estoy, joder —se pasó la mano por el pelo—. Ni siquiera me he podido hacer el nudo de la corbata.

—Anda, ven aquí —sonreí acercándome a él para hacerle el nudo—. La que debería estar nerviosa es ella, no tú.

Las novias siempre tenemos una crisis de ansiedad antes del gran día.

—Pues ella está de lo más tranquila, según su amiga.

—Y tú, necesitas una copa, ¿a qué sí?

O dos, o la botella.

n

—¿Y llegar borracho como una cuba a tu boda? No, señor —negué.

—¿Estoy haciendo lo correcto? Es decir, ella solo tiene treinta años, no sé, tiene toda la vida por delante. Es joven podría casarse con alguien de su edad y...

—Alto ahí, colega —levanté la mano para que se callara—. Nadine te ha elegido a ti, Eloi. ¿Qué, si tiene treinta años? Te eligió a ti en el momento que os mirasteis, tú mismo lo dijiste. Y ella, ya sabes su historia. Un padre abusivo con su madre, un novio violento con ella y que no quería que fuera actriz. Dejó todo atrás, se dedicó a lo que quería y te conoció cuando le dieron ese papel protagonista contigo a los veintiséis años. No busca un padre como muchos dijeron, ni un hombre que la proteja y la cuide, sino un igual. Y ese, Eloi, eres tú. La cuidas, la proteges, sí, pero la tratas como una igual, como alguien a tu altura. Te quiere, y eso es lo que debe importarte, no que seas catorce años mayor que ella. Alejo tiene diez más que yo, ¿y pasa algo? No, absolutamente nada.

—Sois felices, eso lo sé —sonrió—. Al menos me hizo caso.

—Más le vale, lo amenazaste con conquistarme. Pero se te pasó en cuanto esa mujer te miró a los ojos.

—Sentí todo eso que tenía que sentir, te lo juro.

—Y fuiste al borde del precipicio en busca de esa hermosa flor.

—Lo hice, ¿eh? —reímos.

—Esto ya está. Ahora, la chaqueta y bajamos. Que tu madrina está lista para acompañarte.

. —Gracias por aceptar ese puesto, ya que no puede mi madre, pensé que eras la más indicada. Cuatro años, preciosa, cuatro años y te has convertido en mi mejor amiga, en esa hermana que ellos no me pudieron dar —Eloi me abrazó y besó mi cabeza—. Me arrepentí mucho de lo que hice, de lo que te hice, mejor dicho, pero debo admitir que aquella decisión la volvería a tomar, si eso significa tenerte en mi vida. Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti. Ahora vamos, que tienes que esperar a la novia, y no al revés.

Bajamos hacia el jardín donde los invitados estaban ya ocupando sus sillas. Me situé al lado de Eloi mientras miraba a mi familia, los niños se bajaron de sus asientos para venir a saludar al tío Eloi, y él pareció relajarse un poco.

Hasta que apareció Nadine y reaparecieron los nervios.

—Tranquilo, que ya está aquí tu mujer —murmuré frotándole el brazo.

—¿De verdad estoy a punto de casarme? —susurró.

—En realidad, en el momento en el que la miraste y decidiste que la querías en tu vida, te casaste con ella —sonreí y le besé la mejilla.

Cuando Nadine llegó a nuestra altura, sonreí, la saludé con un abrazo y fui a sentarme con los míos.

—Está nervioso, no me lo puedo creer —dijo Alejandra.

—Como un flan, igual que nuestros maridos —reí.

—Ey, que yo no estaba nervioso, hermanita —protestó Julio.

—Amor, tú eras el más nervioso, que temías que te dejara plantado en el altar, como tú me dejaste a mí mucho antes... —comentó Ana y reímos por lo bajo.

—Primo, no hay nada que hacer —dijo Mario—, solo admitir que sí, que estábamos nerviosos el día que nos casamos. Pero a ver, ¿quién no lo estaría con semejantes bellezas a punto de convertirse en nuestras esposas?

—Cielo, te has ganado un revolcón en el cuarto de baño después del convite —dijo Alejandra.

—¿Tanto tengo que esperar? Qué castigo más cruel —Mari volteó los ojos y volvimos a reír.

La ceremonia empezó y fue tan emotiva, se dijeron palabras tan bonitas el uno al otro, que muchas de las invitadas acabaron llorando. Yo, entre ellas.

Alejo me cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó mientras me miraba.

—Volvería a casarme contigo una y mil veces, pequeña —susurró.

—Y yo contigo. Porque si mil veces tuviera que pasar por lo que pasamos para estar hoy aquí, siempre te elegiría a ti.

El amor siempre llega, cuando y donde menos lo esperamos, cierto, pero cuando lo hace con la fuerza de un huracán y sientes que arrasa con todo a casa paso, cuando sientes que esa es la persona por la que vale la pena luchar, simplemente lo haces, luchas y luchas, una y mil veces, hasta alcanzar ese, “felices para siempre” que ambos queréis tener.

—¿Tanto tengo que esperar? Qué castigo más cruel —Mari volteó los ojos y volvimos a reír.

La ceremonia empezó y fue tan emotiva, se dijeron palabras tan bonitas el uno al otro, que muchas de las invitadas acabaron llorando. Yo, entre ellas.

Alejo me cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó mientras me miraba.

—Volvería a casarme contigo una y mil veces, pequeña —susurró.

—Y yo contigo. Porque si mil veces tuviera que pasar por lo que pasamos para estar hoy aquí, siempre te elegiría a ti.

El amor siempre llega, cuando y donde menos lo esperamos, cierto, pero cuando lo hace con la fuerza de un huracán y sientes que arrasa con todo a casa paso, cuando sientes que esa es la persona por la que vale la pena luchar, simplemente lo haces, luchas y luchas, una y mil veces, hasta alcanzar ese, “felices para siempre” que ambos queréis tener.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu